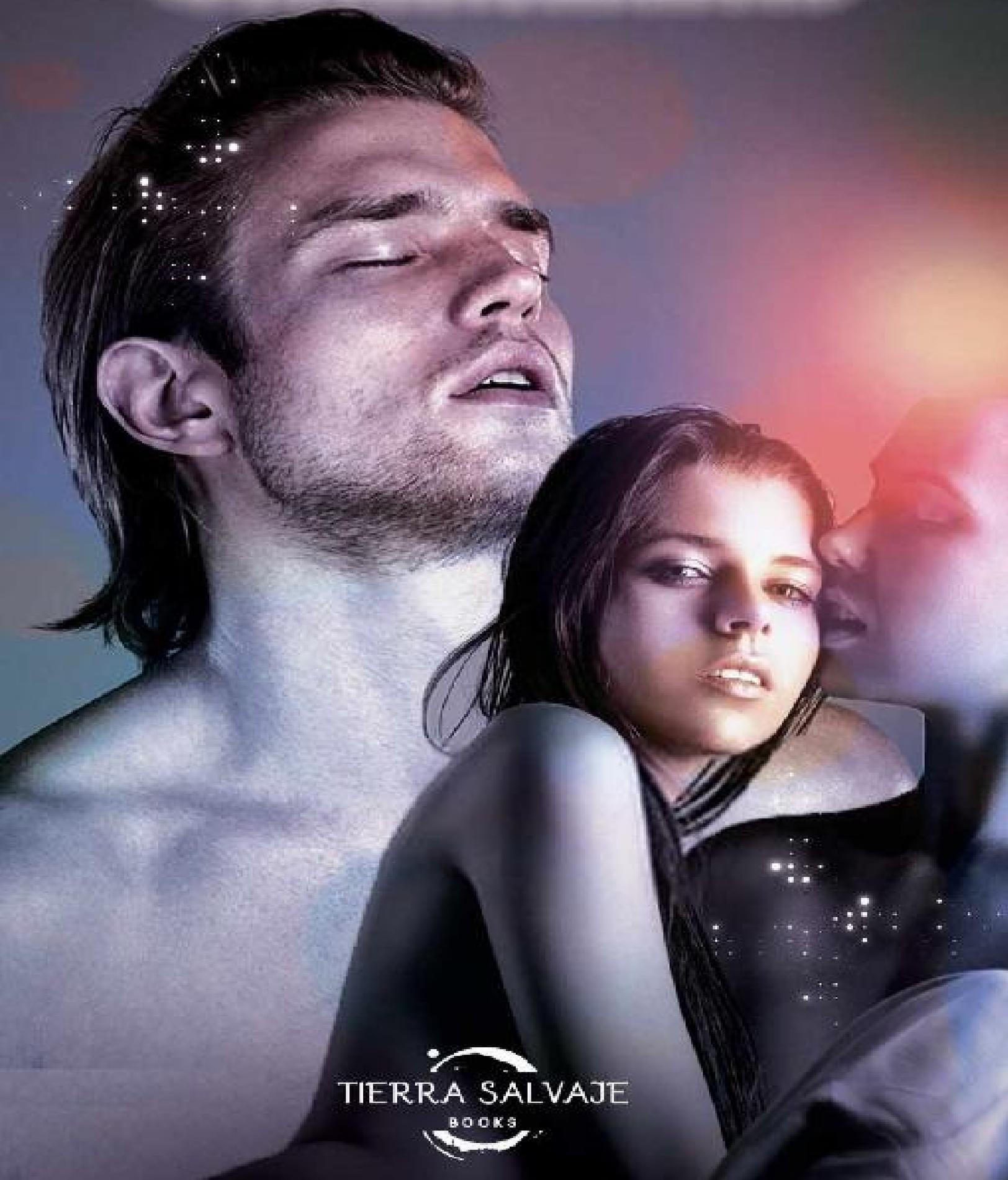


# CONTROLADAS



  
TIERRA SALVAJE  
BOOKS

@Tierra Salvaje

Primera edición: abril de 2020

## **Copyright**

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

CONTROLADAS

Para Ágata no existía duda alguna de que su vida estaba destinada a ser actriz, tarde o temprano. Para ello, había convencido a su familia para tomar clases de arte dramático en una academia durante el verano. Su intención era seguir con esas clases, incluso cuando empezara el curso escolar. Podría llevar ambas cosas adelante pues era buena en los estudios.

Ágata era una pelirroja estilizada, de piel muy blanca y cabellera abundante y larga, siempre bien cepillada. Estaba muy orgullosa de su cuerpo, rebosante de juventud. Piernas largas, cintura estrecha, vientre plano y duro, pechos erguidos y no muy grandes, perfectos, un trasero respingón y un rostro angelical y pecoso. Sin embargo, esas mismas pecas que tanto atraían las miradas de los chicos, la cohibían un tanto. En su opinión, la afeaban, por mucho que comentaran los amigos, pero, por desgracia, eran imposibles de borrar. De lo que sí estaba orgullosa era de sus rasgados ojos verdes, a los cuales acompañaba con unas bien depiladas cejas rojizas. Cuando alzaba una de ellas, en un gesto interesante, una pequeña arruga vertical aparecía en su ceño, confiriéndole un aspecto maduro. Poseía una nariz estrecha, fina y algo respingona, que su padre denominaba de

pura irlandesa, que remataba con una boca pequeña, de labios finos y jugosos.

Alma sabía que su amiga, a pesar de ser inteligente y voluntariosa, era algo ingenua. No había dedicado tiempo alguno a conocer otros chicos ni a relacionarse. Solo estudios y películas. Ahora, abordaba un mundo nuevo y deslumbrante y podía resultar decepcionada. Era cierto que Alma envidiaba a su amiga, pero se decía, a ella misma, que era una envidia sana. Ágata poseía una innata belleza que atraía todas las miradas, pero no se aprovechaba de ella. Alma hubiera querido esa belleza para ella, para disfrutar mucho más de su vida, pero las cosas eran como eran y debía aguantarse. Sonrió de nuevo, al mirar al profesor Warren. Ágata estaba pasando por lo mismo que ella había pasado; se había enamorado de su profesor.

Ágata sintió como su corazón saltaba en el pecho cuando, al final de la clase de interpretación, Frank la llamó. Disimuló su nerviosismo recogiendo sus apuntes.

— Mañana aparecerá en el tablón de anuncios, pero me gusta decir las noticias personalmente —dijo el profesor acercándose a ella.

— ¿De qué habla, profesor Warren?

—De que has conseguido el papel principal en la obra. ¡Enhorabuena!

— ¡Dios! ¿De verdad? —exclamó ella, saltando impulsivamente.

—Sí, así es. Eres una de las mejores alumnas de este curso y no he dudado en dártelo.

—Muchas gracias, profesor Warren, yo...

—Ahora, vamos a trabajar juntos durante muchas horas. No es necesario que me trates con tanto respeto. Llámame Frank.

Ágata ni se enteró de que sus pies la habían llevado ante su casa. Durante todo el camino, su mente dejó volar la imaginación y protagonizó multitud de sueños alocados. Nada más subir a su habitación, llamó a Alma y le comunicó la noticia.

—No, no. No es ese el tono. Muy mal. Repetiremos la escena —dijo Frank, cortando el ensayo.

—Lo siento, pero no me sale de otra forma —se excusó Ágata, un tanto avergonzada.

Llevaban ya tres semanas de ensayos y Ágata fallaba en nimiedades que debería haber asumido ya. Llegó a pensar, en ocasiones, que no estaba preparada, que el papel le venía grande. Frank agitó el guion delante de su rostro y la miró fijamente, algo furioso.

—Se supone que eres una mujer despechada, amargada, llena de odio. No puedes hablarle al causante de tus penas de esa forma, Ágata. ¡No estás pidiendo un sándwich en la cafetería! Debes mascar cada palabra; tu voz debe destilar odio y pasión a la vez. Tus ojos deben apuñalarle. Eso es lo que debes sentir.

—Lo siento.

— ¡Y no digas más “lo siento”! ¡Afirma tu carácter!

Ágata sintió como su garganta se atenazaba; un nudo, formado por la vergüenza, el desencanto y rabia, la impidió decir nada más. Las lágrimas brotaron, incontenibles, y Ágata huyó del escenario. Diez minutos más tarde, Frank llamó a la puerta de uno de los camerinos donde ella se había refugiado.

—Ágata, por favor, ¿puedo hablar contigo? —dijo desde el otro lado de la puerta. Al no tener respuesta, empujó la puerta y entró.

Ágata se encontraba sentada delante del espejo, secándose los ojos y retocando un poco su maquillaje.

—Vengo a excusarme por todo lo que te he dicho. Estaba furioso y no me he podido contener.

Defecto de actor —dijo, encogiéndose de hombros.

La broma no funcionó; ella le miró con ojos atormentados.

—En serio, Ágata. Sé que todo esto es duro, que piensas que no lo podrás conseguir, pero sí puedes. Tienes madera y posibilidades; sólo necesitas... concentrarte.

—No es necesario que me animes. Me he dado cuenta de que no sirvo para esto. No he podido contener las lágrimas en el escenario. Vaya fracaso de actriz —sorbió ella.

—No, no. Estás equivocada. Los actores deben de ser totalmente impresionables, llenos de sentimientos encontrados que les permitirán adecuarse al papel. Eso es bueno, solo que debes pulirlo.

— ¿Y cómo lo hago?

—Verás, tenemos aún tiempo, pero no puedo dedicártelo a ti solamente en el plató. Hay otros estudiantes que me necesitan. Si pudiéramos vernos fuera de clases... No sé, una tarde de sábado, por ejemplo. Podría enseñarte muchas cosas, trucos de la profesión, que te ayudarían a concentrarte en tu personaje.

—Eso sería estupendo —dijo ella, animándose.

— ¿Qué tal si vienes a mi casa este sábado?

—Estupendo.

—Te daré la dirección. Yo mismo te acompañaré a casa cuando acabemos.

Ágata sintió de nuevo su corazón acelerarse. Era lo más parecido a una cita que ella pudiera imaginar.

La casa de Frank era bastante curiosa. Según él, la empezó a construir su bisabuelo y su padre la terminó. Grande y con un amplio jardín trasero, el edificio contenía varios estilos arquitectónicos, debido a los diversos propietarios que colaboraron en su terminación. El timbre resultó ser una graciosa cadenita que activaba un carillón. Frank la saludó y la hizo pasar. Hacía un poco de frío en la calle y la recibió con una taza de chocolate caliente que no se atrevió a rechazar, aunque en casa nunca lo tomaba, pues cuidaba de su silueta.

Frank entró en materia rápidamente y repasaron partes del guion. A medida que pasaban las horas, Ágata se sentía mucho más cómoda y llegaba a bromear constantemente. Se le pasó el tiempo volando y Frank, cual solícito caballero, la acompañó a casa en su coche. Ágata suspiró a

solas en su dormitorio; estaba viviendo algo especial, casi un cuento de hadas.

Durante dos semanas, la chica acudió puntualmente casi a diario. Los dos habían llegado al acuerdo de que debían repasar diariamente. Frank hizo mucho hincapié en que no debía comentar con nadie aquellas clases particulares, porque las había negado a muchos otros alumnos. Aquello convirtió la relación en algo especial para Ágata. Frank la ayudaba a ella, sólo a ella. La hacía sentir que era parcialmente suyo.

—Inspira profundamente; relájate —la aconsejó a la tercera semana.

Los dos estaban de pie en el centro de lo que él llamaba su estudio. Una amplia habitación de madera en el piso bajo, en parte biblioteca, en parte escenario. Ágata se sentía un poco nerviosa, a pesar de la gran confianza que había nacido entre ambos. Estaban repasando la escena final y era bastante difícil. Norma, su personaje, por fin encontraba el amor, después de ser golpeada duramente por los hombres. Era una especie de reconciliación con la vida. Frank interpretaba el rol de Néstor, el grave y profundo Néstor, psicólogo y viudo.

Ágata se situó en posición. El final ocurría en uno de los puentes de París, acodados contra la pétreo barandilla. Para facilitar la escena, la chica se acodó en el pequeño mostrador de nogal del coqueto bar que Frank mantenía en su estudio. Sonrió cuando tuvo que imaginarse que el río Sena corría detrás del mostrador.

—La vida no tiene por qué ser sólo sufrimiento, Norma —dijo Frank, colocándole una mano en el hombro, cariñosamente.

—Entonces, ¿por qué sufro constantemente? ¿Por qué me trata así? —repuso ella.

—No es la vida, Norma, y creo que te has dado cuenta finalmente. Eres tú. Te has encerrado tanto en ti misma que has creado una concha que nada puede traspasar. Has vivido con odio y rabia. Es hora de que te deshagas de ese bagaje, por el bien de tu hijo y por...

—Sigue, Néstor, no calles. ¿Qué ibas a decir? ¿Por nuestro bien?

—Sí.

—¿Qué futuro tendremos? Ambos somos seres incompletos, sin ilusiones.

—Yo sí tengo ilusiones, Norma —susurró Frank, tomándola de la barbilla y mirándola a los ojos.

Ágata confundió por un momento la realidad. ¡Qué hermoso sería que le dijera eso a ella y no a su personaje! Ni siquiera se acordó que debía volver la cabeza para que Néstor no pudiera ver sus lágrimas. Se le quedó contemplando, aletada.

—Tengo ilusiones para los dos y para Ben. No tengo hijos, pero quiero a ese chiquillo como si fuera mío. Deseo pasar el resto de mi vida junto a vosotros y cuidar de una familia —dijo Frank sin dejar de mirarla.

—Fra... Néstor, ¿puede suceder eso? ¿No volverá el pasado para burlarse?

—Cariño, el pasado está muerto. Déjalo enterrado. Confía en mí, confía en el amor...

—Oh, Néstor, abrázame y no me dejes jamás —dijo ella, apoyando su cabeza en el pecho de Frank. Aquello era el fin, el telón debía caer en ese momento.

Sin embargo, Frank hizo algo que no estaba en el guion. Le levantó el rostro con un dedo y se inclinó sobre ella. Ágata contempló aquel movimiento como si lo hiciera a cámara lenta. Ni siquiera se dio cuenta de que abrió sus labios, deseosa. El hombre la besó, dulcemente. Ella cerró los ojos y se dejó abrazar. La lengua de Frank rozó sus labios, atormentándola. Fue un instante mágico, memorable.

— ¡Oh, Dios! ¿Qué estoy haciendo? —se apartó Frank vivamente, dejándola totalmente sorprendida y a punto de caer hacia delante. —Lo siento, me he dejado llevar por el papel. Soy tu profesor; esto está mal.

—No pasa nada, Frank. Ha sido una reacción normal. Yo también he sentido... —intentó calmarle, pero el hombre empezó a pasear por el estudio como una bestia enjaulada.

— ¿A quién intentó engañar? No es el papel, eres tú... Ágata, será mejor que te vayas. Llamaré un taxi y...

— ¿Por qué? ¿Qué hemos hecho de malo? —imploró ella. Su corazón latía muy rápido y sentía escalofríos.

—Lo siento, pero debes marcharte.

—Frank, por favor, no le des tanta importancia. Sólo ha sido un beso.

—No lo entiendes, ¿verdad? —dijo él, girándose hacia ella y tomándola de los brazos, fuertemente. —No eres consciente de tu propia belleza, ¿no es cierto? Me estás volviendo loco; me desconcentro cuando te miro a los ojos. Siento un nudo doloroso en mi pecho y sufro cuando sales por esa puerta. Me estás volviendo loco, Ágata, con tu inocencia, con tu candor, y no puedo negarlo por más tiempo.

Fue el turno para Ágata de sentirse atontada. ¡Frank la quería! ¡La quería de verdad!

—Esto no puede suceder. No debo comprometerme de esta forma —murmuró Frank, soltándola y saliendo del estudio.

Ágata se quedó como en trance. Aquella revelación la cogió desprevenida. Tanto soñar e imaginarse situaciones parecidas no la habían preparado para la realidad. Notó como las lágrimas acudían a sus ojos. Se sintió desesperada. Al cabo de unos minutos, Frank se asomó al estudio.

—He llamado a un taxi. Sobre la mesa del vestíbulo hay dinero. Por favor, acéptalo y márchate ahora. No volveremos a vernos aquí. No puedo dejarme atrapar por esta espiral. Discúlpame, te dejaré a solas.

—No, Frank, no quiero que...

Pero el hombre se marchó. Escuchó crujir las escaleras de madera que conducían al piso superior. El llanto se apoderó de ella enmudeciendo cualquier oportunidad de hablarle. Ágata esperó el taxi fuera de la casa y llegó a su casa sintiéndose la mujer más desgraciada del mundo.

—Frank, necesitamos hablar —le dijo ella, aprovechando que nadie estaba cerca. No tuvo más remedio que abordarle en la clase porque ni siquiera contestaba a sus llamadas telefónicas. Habían pasado tres días desde aquello.

—Sí, sería lo mejor —dijo el hombre, asegurándose que nadie les escuchaba. Los demás estudiantes estaban saliendo de clase. —Ven a la hora del almuerzo al estudio de grabación. Estaré allí pasando unas copias.

La siguiente clase se convirtió en eterna. Ágata no dejaba de pensar en lo que estaba dispuesta a decirle y no sabía cómo hacerlo. Le había dado vueltas en su cabeza durante los tres últimos días y se había decidido finalmente. Dio de lado a Alma con una excusa cuando salieron de clase. No tenía hambre, no podía pensar en comer. Se dirigió al estudio de grabación, sabiendo que estaría vacío. Frank acostumbraba a revisar sus propias copias y lo hacía aprovechando el momento de descanso del personal. Tendrían intimidad para aclarar lo que sucedía entre los dos.

Frank estaba de pie delante de la gran mesa de control y escuchaba atentamente un pasaje cuando ella abrió la puerta. Se miraron sin decirse nada.

—Frank, yo... —empezó a decir Ágata, pero el hombre la cortó con un gesto.

—No hace falta que digas nada. Lo he pensado y lo mejor será que te cambies de clase. Te daré una buena nota y te pasarás con el profesor Clems. Es un buen educador.

—Pero...

—Es lo mejor para los dos. No puedo soportar verte todos los días, sintiendo que me consumo por dentro. Me has llegado muy adentro, Ágata, no me será fácil olvidarte.

—Frank, por favor, déjame hablar —exclamó ella, nerviosa y con el rostro arbolado.

Frank calló y se dejó caer en la silla giratoria del control. Encendió un cigarrillo y aspiró con fuerza.

—Lo que... sientes, también lo siento yo —dijo, inclinando la cabeza. —Te he admirado desde el principio y... me he enamorado de ti. Intenté que no sucediera, pero mi imaginación y mi corazón pudieron más que la lógica. No tenemos por qué separarnos.

—Oh, Dios, no es posible... —jadeó él. —Es lo peor que podía ocurrir. ¿Sabes qué pasará? Finalmente, se enterarán y seremos la comidilla de todos. Eso si tus padres no se me echan encima. Eres demasiado joven, Ágata.

— ¡Frank! Yo te... quiero -- estalló ella en un llanto algo histérico.

—Oh, mi pequeña, mi dulce pelirroja —la consoló Frank, abrazándola. —No llores. Está bien, no nos separaremos. Shhhh... no llores más.

La acunó entre sus brazos, meciéndola y susurrándole palabras de aliento y cariño. Ágata se sintió mujer entre sus brazos, querida y confortada. No quería que la soltara.

—No te preocupes, ya pensaré algo —le dijo cuando se calmó. —Lo importante es que lo mantengamos totalmente en secreto. Debes hacer lo que te diga, en todo momento, y fingir que no ocurre nada. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, dices que soy una buena actriz —contestó ella, sorbiendo por la nariz.

—Así me gusta. Claro que eres una buena actriz. La mejor. Ahora, vuelve a la cafetería y reúnete con tus amigos. Ya nos veremos más adelante.

Frank se sentó sobre su escritorio y sacó una botella de coñac, reserva para las ocasiones especiales, de la cual se sirvió una copa. Estaba prohibido tener alcohol en la academia, pero nadie registraba sus cajones. Alzó la copa y sonrió.

—Por ti, mi bella pelirroja. Has caído en la trampa como una novata. Ni siquiera distingues una buena actuación, así que no llegarás lejos en este mundo —dijo, bebiendo un trago.

Ágata oteó el largo pasillo de la academia, pero no le vio. Hacía ya dos días desde que se habían declarado mutuamente y no le había visto desde entonces. Ansiaba su compañía; la necesitaba,

sobre todo para reafirmar su compromiso, para escucharle decir de nuevo que la quería. Ni siquiera había dormido bien desde entonces y tuvo que obligarse a calmarse ya que sus padres sospechaban que algo ocurría al verla tan agitada. Quería que la abrazara, que la mimara, que la besara tiernamente y le susurrara su amor al oído. Quería hacer todas aquellas ñoñerías que siempre había despreciado en las películas románticas.

No fue capaz de aguantar más de media mañana y salió a buscarle. Finalmente, le encontró preparando la obra entre bambalinas, a solas. Frank la escuchó llegar. Sus zapatos planos rompieron el silencio de la sala de actos.

—Ágata —murmuró él.

—Quería verte —susurró ella, aún más bajo.

Frank miró hacia la puerta y agitó una mano en su dirección.

—Ven, deprisa. No has debido venir, puede entrar cualquiera.

—Necesitaba verte —repitió ella.

La condujo detrás del telón y la abrazó entre dos decorados verticales. Allí estaban a salvo de cualquier mirada.

—Lo siento, no quería regañarte. Me alegro tanto de que hayas venido —le dijo, acariciándole el sedoso cabello rojizo.

—Oh, Frank, ¿por qué no nos vemos en tu casa?

— Hoy no puede ser. Tengo una reunión con el consejo administrativo —le dijo, atrayéndola más contra su pecho. —Eres tan bonita, tan perfecta. He soñado contigo. Tenía muchas ganas de ti...

Con aquellas palabras, Frank derribó cualquier posible barrera y se inclinó sobre ella, besándola tiernamente. No utilizó la lengua en un primer momento, sino que dejó que sólo los labios aspiraran la fresca boca. Ágata gimió y se pegó a su cuerpo todo lo que pudo. Le echó los brazos al cuello y fue ella misma la que introdujo su lengua en la boca del hombre. Frank se dio cuenta de que no era ninguna experta besando y eso le gustó aún más. Él se encargaría de educarla.

Ágata notó la erección del hombre contra su vientre y se turbó un poco, pero no quiso apartarse. Las manos de Frank recorrieron su espalda hasta llegar a sus nalgas, las cuales acarició suavemente a través de la tela de la larga falda. Ella jadeó en su boca. Aquellas manos la enloquecían. Fuertes, cálidas, amorosas.

—Oh, Ágata, no puedo resistirlo más... —susurró Frank, besándola en el cuello.

Una de sus manos abandonó el trasero y ascendió lentamente por el costado de la chica, hasta acariciar uno de los pechos, ocultos bajo el jersey de lana. Ágata sintió como sus pezones se erguían ante la caricia. Nunca la habían tocado de esa manera y lo estaba deseando.

—Frank, Frank... aquí no... —jadeó ella, sin voluntad alguna.

—Sueño con acariciarte, con gozarte, una y otra vez. Cenar y reírnos a la luz de las velas, bañarnos juntos en agua caliente, viajar...

Las palabras la desarmaban, anulaban su mente. La mano que le atormentaba los pechos bajó a lo largo de su vientre y se apoyó contra su pubis, tocando el elástico de las bragas. Sin querer, lanzó su pubis hacia delante, gozosa. Sin dejar de susurrarle palabras de amor, Frank le fue alzando lentamente la falda hasta dejar al descubierto sus bragas. La apoyó contra el cartón piedra del decorado que tenía a la espalda. Ella abrió un poco más las piernas al notar la presión de la mano que se coló por debajo del elástico de las bragas. Frank jugueteó con uno de sus dedos sobre el vello púbico, preguntándose si sería igualmente rojizo. Finalmente, al notar que Ágata estaba dispuesta y abierta para él, hizo descender su mano aún más, acariciando la vulva y el clítoris. La chica se estremeció y cerró los ojos. Sus dedos se enroscaban en el pelo de su nuca, siempre abrazada a su cuello. Se quedó casi colgada de él. La masturbó lentamente, mirándola a la cara, aprovechando que ella no le miraba. Le excitaban aquellos pequeños gestos de su rostro al gozar de la caricia. Observó cómo se humedecía los labios, como entreabría la boca, como respiraba agitadamente. Su cuerpo vibraba con la cadencia de los dedos del hombre.

—Ah, roja mía, goza de mi mano, gózala...

—Frank... ¡Frank! Ya... ya no.... yaaaa... —gimió ella, estremeciéndose totalmente. Sus muslos se cerraron y aprisionaron la mano de su profesor. Él la besó largamente en la boca, acallando sus suspiros.

Cuando Ágata se marchó de allí, su mente aún le daba vueltas. Se sentía eufórica y locamente enamorada. Ahora, deseaba estar más a solas con él, mucho más tiempo.

Frank la vio llegar a través del jardín. Sonrió con una mueca. Ágata estaba despampanante. Seguramente se había arreglado para él. Minifalda, tacones de mujer y, seguramente, alguna blusita que ahora tapaba la cazadora. Removió con la cuchara la taza de chocolate caliente, disolviendo la cápsula de Loto Azul que había vertido en el oscuro líquido. De esa forma, sería más sencillo.

Abrió la puerta y la joven se le lanzó en los brazos, abrazándole y besándole apasionadamente, antes de que pudiera cerrar la puerta.

—Eh, con calma. Déjame que cierre la puerta —le dijo.

— ¡Tenía muchas ganas de verte! —exclamó ella, quitándose la cazadora. Había imaginado bien. Una blusita de seda azulada apareció debajo. —No veía llegar la hora de estar contigo.

“Está colada. Ha llamado doce veces en estos dos días”, se dijo él.

—Tranquila, tenemos toda la tarde para nosotros. Ahora, nos tomaremos un par de chocolates calientes y charlaremos.

—No quiero chocolate, Frank. Me salen granos.

—No te preocupes. Es bajo en calorías. Además, nos servirá para relajarnos.

Se sentaron a la mesa de la cocina, como dos viejos amigos, y sorbieron de sus tazas. Hablaron sobre las clases, sobre el tiempo, pero la mirada de Ágata estaba fija en él y, finalmente, la conversación derivó hacia sus sentimientos.

—Esto es algo muy serio, Ágata. Tengo edad suficiente para ser tu padre. No quiero que esto sea un simple lígve de verano —dijo él, muy serio.

—Ni yo tampoco. Te quiero, Frank. No podría vivir sin ti.

—Eso es aseveración muy fuerte. Eres demasiado joven para decir algo así.

—Es lo que siento.

—Tienes que comprender que no soy ningún adolescente. Ya he pasado por todo eso. Mi relación con una mujer debe ser plena y satisfactoria. Ya no tengo edad para juegos de manos. Quiero un compromiso absoluto, tal y como yo me entrego.

—Lo entiendo —dijo ella, bajando la vista y enrojeciendo. Sabía a lo que Frank se refería. Aunque era virgen, estaba dispuesta a entregarse totalmente, a dejar que le enseñara todo su saber y compartir su cama. No era tonta. —Estoy preparada. He acudido al médico. Sabía que esto pasaría.

“Buena chica. No hubiera querido utilizar condones”.

—Hablabá generalmente, Ágata. No soy un viejo verde que persigue a las niñas. Pero, dejémonos de seriedades y divirtámonos. ¿Sabes?, he pensado en dar una vuelta en el coche esta tarde. Te llevaré a un par de sitios que conozco.

Con alegría, pudo ver la desilusión, por un momento, en el rostro de Ágata. La joven estaba preparada para hacer el amor y no se lo había pedido. Pero Frank no quería correr. Tenía en mente otras ideas mejores a la larga.

Aquella tarde, visitaron un zoo y un museo, cogidos de las manos, como amantes. Ágata se lo pasó muy bien, sobre todo cuando la llevó a cenar a un sitio elegante. Era como revivir una vieja película. Se sentía fogosa y ardiente. Hubiera querido demostrarle su amor haciendo el amor en cualquier lugar, en un portal o en el coche. Durante la cena, llegó a acariciarle la pierna bajo la mesa en un par de ocasiones, pero él la recriminó con la mirada.

Las tardes se sucedieron, los paseos continuaron. Ágata se acostumbró al rito del chocolate y a las reprimidas caricias en lugares públicos. Quería mucho más, pero también se sentía feliz así. Sin embargo, una semana después, el tiempo era tan malo que decidieron quedarse en casa de

Frank. Éste la condujo hasta un coqueto salón y puso música.

—Baila para mí —le pidió, sentándose en el sofá.

Totalmente desinhibida por el Loto Azul que llevaba tomando días, Ágata, con una sonrisa, se contoneó delante de él, lascivamente, subiéndose la falda lentamente, pero sin enseñar nada. Frank sonreía y aplaudía o la animaba según la ocasión. Ágata se sentía flotar; su sangre corría por las venas como si fuese fuego líquido. Su mirada se clavó en la entrepierna del hombre, una y otra vez.

—Acércate, ángel mío —susurró Frank.

Ella se acercó hasta quedar delante de él, de pie entre sus rodillas. Intuyó que lo que había estado esperando, sucedería ahora.

—Eres una diosa, una aparición —dijo Frank, inclinándose hacia delante y colocándole las manos en la parte baja de los muslos que la falda dejaba al descubierto. —Déjame adorarte como un pagano...

Muy lentamente, fue subiendo las manos, introduciéndolas bajo la falda. Sintió el suspiro y el envaramiento de Ágata, pero no se opuso. Pellizcó la vulva con dos de sus dedos, por encima de las bragas. Notó la humedad en la prenda. Ágata estaba dispuesta, siempre lo había estado. Frotó el nudillo de su dedo índice contra la vagina, presionando el clítoris. La joven se abrió de piernas y se inclinó un poco hacia delante, apoyando sus manos sobre los hombros de Frank, aún sentado. Tenía los ojos cerrados y rotaba las caderas lentamente, disfrutando de la caricia.

Frank le bajó muy lentamente las bragas, a lo largo de las piernas. Ágata levantó un pie y luego el otro para que pudiera retirar completamente la prenda íntima. Frank colocó sus manos sobre las nalgas, atrayéndola contra su rostro. Apoyó su nariz y boca sobre su vientre, lamiendo y mordisqueando sobre la falda. Con un gruñido, la joven se levantó la falda hasta que el hombre pudo lamer la piel desnuda. Quería sentir su boca en su sexo, de una vez. El hombre se aplicó a la tarea, deslizando su lengua sobre el clítoris y los labios. Abrió éstos con sus dedos y la penetró con la lengua. Ella retozó, abrumada.

—Oh, Frank, no puedo... más... —gimió.

Él se apartó; no quería que se corriera aún. Le sacó la blusa por la cabeza y la dejó totalmente desnuda. Se puso en pie y la abrazó; se besaron largamente, con sus afanosas manos recorriéndose el cuerpo mutuamente. Frank deslizó una mano sobre los enhiestos pechos, irguiendo los pezones todo lo que pudo. Ágata volvió a gemir. Tomó una mano de la joven y la condujo lentamente hasta su entrepierna. La dejó allí, complacido de que ella explorara manualmente su entrepierna.

—Desabrocha mi pantalón —le dijo al oído.

Ágata le obedeció y le bajó los pantalones hasta quitárselos. Aferró, sin que le dijera nada más, el bulto que crecía bajo los calzoncillos.

—Ven, quiero sentir tu boca en mi —la atrajo hasta acostarla sobre él en el sofá.

— ¿Mi boca?

—Sí, devuélveme la caricia que te he hecho.

Ágata, aún dubitativa, se concentró en la ingle del hombre, sacando el miembro de su encierro. Lo sopesó, manipuló y admiró un momento, antes de acercar sus labios. Después, la pasión se apoderó de su mente y Frank no tuvo que indicarle nada más. Era la primera vez que chupaba una polla, pero, instintivamente, sabía lo que tenía que hacer. A Ágata le encantó el sabor y la textura. Le alucinó volcar todo su ardor en aquel miembro que se alzaba como un dios. Sentir cómo palpitaba dentro de su boca cuando lo engullía o acariciar aquellas bolsas peludas. Frank se retorció con cada caricia y eso la volvía frenética.

—Espera, espera. Quiero hacerte mujer —la apartó Frank, a punto de correrse.

La tumbó en el sofá, con las piernas abiertas, y se colocó entre ellas. Ágata se colgó de su cuello y le besó profundamente. Se mordió un labio cuando sintió aquel émbolo separar sus vírgenes carnes. Finalmente, la tuvo dentro completamente y el dolor menguó, convirtiéndose en una molestia ocasional que pronto desapareció. Bajó sus manos hasta colocarlas sobre las nalgas del hombre, pellizcándolas. Se sentía morir y excitadamente viva a la vez. Ahora comprendía mucho mejor el deseo de todas aquellas mujeres que sufrían por sus hombres. Frank embestía en su interior y Ágata se sintió parte de él, de su vida; le pertenecía. Gritó cuando se corrió y siguió gimiendo cuando el hombre se derramó dentro de ella, una sensación indescriptible, tranquilizadora.

Dormitaron en el sofá casi toda la tarde, estrechamente abrazados y desnudos, acariciándose ocasionalmente y sin decir ni una palabra. No hacía falta.

— ¡Ágata! —la interpeló Alma en el pasillo de la academia. —He visto al profesor Warren en la sala de actos. Me ha preguntado por ti. Por lo visto, te busca para una prueba de maquillaje o algo así.

—Gracias, Alma —dijo Ágata cambiando el rumbo.

—Estás muy ocupada con esa obra, ¿no? Se nota que es muy importante para ti.

—Sí, por el momento, llena mi vida. Debo irme, perdona. Después, nos veremos.

—Desde luego.

Si no hubiera estado tan cegada, se hubiera dado cuenta que Alma sospechaba de algo. Pero solo pensaba en reunirse con su amado. La había llamado. Descendió hasta el sótano desde donde pretendía acceder a las bambalinas sin ser vista. Una voz la llamó desde el almacén de trajes.

—Ágata.

Reconoció ese tono de voz. Estaba lleno de deseo, de urgencia. Su coño se inflamó nada más escucharle.

—Ven aquí. No nos verá nadie.

la abrazó nada más entrar, acariciándole el respingón trasero con ansias.

—No puedo más. Voy a reventar. Tengo la polla llena de leche para ti, mi dulce roja.

Con esas palabras, se desabrochó la bragueta, sacando su polla ya crecida. La instó a que se arrodillara, justo detrás de uno de los grandes baúles que contenía trajes de época. Ágata tomó aquella polla adorada con sus labios, tragando todo lo que pudo. Al mismo tiempo, se llevó una de sus manos bajo la falda. Desde que se veía con Frank, solo utilizaba faldas cortas o amplias. A su profesor no le gustaban los pantalones en las chicas. Además, así era más cómodo a la hora de hacer el amor clandestinamente. Su coño ardía. Se acarició el clítoris con un dedo; ella también estaba deseosa.

—Buena chica, buena chica. Ven, tumbate sobre el baúl. Te la voy a meter por detrás...

Gimiendo por la excitación que la embargaba, Ágata se tumbó de bruces sobre el gran baúl, quedando con la cabeza un tanto baja y las nalgas al aire. Nunca le había dicho el placer que sentía cuando la hablaba así, cuando la trataba como un objeto, pero parecía que Frank lo supiese. Le levantó la falda por detrás y le bajó las bragas. Le acarició el coño a placer, incluso lo lamió fugazmente. Después, puesto en pie e inclinado sobre ella, condujo con una de sus manos la polla hasta el orificio apropiado. La penetró de un golpe, con fuerza. Ágata gritó, pero se aguantó. Sabía que era así como le gustaba a su profesor. Pronto estuvo gozando con los embistes de su hombre. La presión del cuerpo de Frank sobre su espalda la aplastaba contra el baúl, cortándole casi la respiración. Las fuertes manos le apretaban las nalgas con avidez y podía escuchar la respiración afanosa de Frank sobre su nuca.

—Mi pequeña actriz putilla, ¡qué coño tienes, madre mía! ¡Me enloquece, me sorbe entero!

—masculló Frank.

Ágata ya no sabía dónde estaba; el placer la envolvía en olas cada vez más fuertes. Con un estremecimiento, se corrió; siempre lo hacía antes que él.

—Vamos, tómala toda. Trágate-la...

Ágata se deslizó hasta el suelo y reptó hacia su macho, que empuñaba firmemente su polla. Ésta temblaba entre sus dedos, prontas para descargar. No tuvo más que lamerla un par de veces y el semen le salpicó la cara. Aún recordaba la primera vez que lo había hecho y lo feliz que se había sentido Frank. Le dijo que era maravillosa, que hacía lo que una mujer de verdad hacía para su hombre. No le gustaba demasiado tragarse el esperma; sabía salado y algo acre, pero quería contentar a Frank siempre que pudiera. Se lo tragó todo y limpió el pene con la boca.

Poco después, los dos estaban hablando de la obra sobre el escenario, como si no hubiera

ocurrido nada, aunque ella le devoraba con los ojos cuando no miraba nadie.

La obra fue todo un éxito según Frank. La verdad es que el público se puso en pie para aplaudir. Ágata quedó muy convincente en su papel de Norma y sus padres la felicitaron por todo lo que había aprendido en el verano. Tuvo la certeza que podría seguir en la academia cuando empezara el curso del instituto. Aquella noche, en la celebración, no pudo acercarse a Frank más que como alumna y, la verdad, es que deseaba follar con él.

—No te preocupes, Ágata. Mañana lo celebraremos a solas, como se debe —le dijo en una ocasión en que estuvieron solos un minuto.

A la tarde siguiente, hicieron el amor con locura y bebieron champán. Cuando acabaron, Frank trajo un estuche a la cama.

—Es un regalo muy especial para mi mejor actriz —le dijo.

—Oh, ¿qué es? —preguntó ella, incorporándose sobre un codo, desnuda como una Venus.

—Algo que te hará recordar este día siempre y que contribuirá a nuestra felicidad. Ábrelo.

El estuche era rectangular y estrecho. Seguramente, se dijo, contendrían un reloj o una pulsera. Ágata pensó que Frank era muy romántico al regalarle aquello. Abrió el estuche y se quedó mirando el interior, sin comprender en un principio.

— ¿Qué es? —preguntó, desconcertada.

—Es lo que se llama vulgarmente un ensanchador. Es de plata pura —dijo Frank, quitándoselo de las manos.

— ¿Un ensanchador para qué?

—Para tu precioso culito, mi amor. Ha llegado la hora de poseerte por ahí, mi vida.

— ¿Por el culo? ¡Me harás daño! -- exclamó ella, asustada.

—No te preocupes. Para eso es este aparatito —explicó, alzándolo entre sus dedos.

Se trataba de un tubo romo, parecido a un consolador, pero sin forma explícita, de plata. Resplandecía bajo la luz de la lámpara. Tenía una largura de unos quince centímetros y no tenía más de dos o tres de circunferencia. Frank lo desarmó y Ágata comprendió que se componía de varias piezas. Todas de la misma forma, pero con tamaños diferentes.

—Empezaremos con éste —dijo, enseñándoselo. —Es poco más grande que un supositorio. Te lo

insertaré en el recto y lo llevarás durante toda una semana, a todas partes, en todo momento. Así, tu esfínter se dilatará. Dispone de una cadenita para retirarlo en cualquier caso que se engancha al elástico de las bragas. Al cabo de una semana, aumentaré el tamaño hasta que te acostumbres.

—Frank, no quiero hacer eso. No estoy segura...

Frank la miró, con esa expresión molesta que tanto le dolía.

— ¿No harías eso por mí? Piensa en cómo voy a gozarte de esa forma, en la felicidad que nos dará. Si fueras mayor, no tendríamos que utilizar este ensanchador, sino que ya te habrías entregado a mí por tu voluntad.

Ágata no supo qué replicar; siempre se quedaba sin palabras ante sus propuestas.

—Ya verás. No es doloroso. Puede que sea un poco molesto cuando te sientes, pero en cuanto te acostumbres, pasará. Además, me han dicho que puedes llegar a gozar en silencio mientras lo llevas. Déjame que te lo meta...

Ágata no supo negarse y, como un niño con un regalo nuevo, Frank corrió a por una crema al cuarto de baño. La puso de bruce, con una almohada en el pubis para levantarle las nalgas. Embadurnó muy bien el ensanchador, así como el recto, usando su dedo meñique. Al sentir aquel contacto, Ágata se tensó, nerviosa, pero reconoció que era placentero. El ensanchador penetró muy lentamente un par de centímetros y ella se quejó. Frank la consoló hasta introducirle los otros cuatro centímetros que faltaban.

—Probablemente se te saldrá en más de una ocasión. Quiero que me prometas que te lo volverás a introducir. No debes estar ni un momento sin él. ¿Me lo prometes?

—Sí —respondió ella, quejosa.

Le estaba costando trabajo mantenerse sentada en la silla. Ni siquiera escuchaba lo que el profesor estaba explicando.

— ¿Te ocurre algo, Ágata? —le preguntó Alma, a su lado.

—No, sólo estoy un poco nerviosa, eso es todo.

La verdad es que el ensanchador presionaba su recto con fuerza. Aquella misma mañana, Frank le había introducido la tercera y penúltima pieza en el trasero, había comenzado la tercera semana de su especial aprendizaje y, con ella, el curso escolar. Tenía que darle la razón a Frank. Gozaba

en innumerables ocasiones llevando el ensanchador en el culo. Cualquier movimiento un tanto forzado, o simplemente sentarse, la ponía frenética. Cuando se acostaba, debía masturbarse hasta quedar rendida, agobiada por el tremendo calor que sentía en el ano.

La semana pasada, Frank la desvirgó analmente, cuando retiró la primera pieza del ensanchador. Le dolió una barbaridad, pero Frank parecía frenético por hacerlo. Cada tarde, la penetró analmente y, a la tercera ocasión, no sintió apenas dolor y sí placer; un placer indescriptible y nuevo.

“Oh, me he puesto cachonda al recordar”, pensó al notar cómo su coño se humedecía

— ¿Puedo salir un momento? —preguntó al profesor, levantando la mano.

Se dirigió a los lavabos, dispuesta a masturbarse furiosamente antes de regresar. A la hora del almuerzo, acudió al despacho de Frank, quien la hizo pasar, con un beso.

—Me está matando —le dijo ella.

—Te gusta, ¿eh? —sonrió él.

—No puedo concentrarme en nada mientras que lo llevo puesto.

—De eso se trata. Veamos cómo estás.

Ágata solo necesitó una indicación para saber lo que Frank quería. Se acercó al sofá y se quitó la ropa, aún de pie. Después, se arrodilló sobre el mueble y apoyó sus manos sobre el asiento, quedando a cuatro patas, con el trasero alzado. Frank se arrodilló detrás de ella y tiró de la cadenita que colgaba. El ensanchador salió lentamente, produciéndole escalofríos. El hombre lo dejó caer en una palangana preparada para tal efecto, llena con agua, jabón, alcohol y colonia, en donde el instrumento se enjuagaría. Frank dejó caer un buen hilo de saliva en el ano y, a continuación, introdujo su dedo índice completamente.

— ¡Estupendo! Estás muy abierta ya.

—Entonces, ¿no me tengo que poner más ese cacharro?

—Oh, de eso nada. Hay que completar las cuatro fases. Sólo una semana más y se acabó. Tranquila, pequeña. Es por tu propio bien.

Mientras hablaba, la mano de Frank le acariciaba el coño lentamente, incrementando la excitación que la muchacha ya sentía. Ella agitó sus caderas, dispuesta.

—Y ahora, vamos a probar ese negro agujerito —dijo él, bajándose la cremallera.

Ensalivó un poco más el ano y condujo su miembro hasta el esfínter, presionando en él con el glande. Ágata se mordió el labio y se relajó; sabía, por experiencia que, si no se relajaba, el pene

nunca entraría y le haría daño. Lentamente, el miembro fue desapareciendo en su interior, tragado por el recto. El miembro de Frank era algo mayor que el ensanchador y le costó trabajo meter más de media polla, pero lo consiguió. Ágata se sintió totalmente llena, desbordada. Sintió unos deseos inmensos de defecar, pero se aguantó. El dolor empezó a menguar. El ensanchador cumplía con su misión. Jadeó en cuanto Frank empezó a bombear. El glande rozaba las paredes de sus intestinos y eso la enloquecía. Su coño moqueaba literalmente. Tuvo que llevar un par de dedos a su clítoris y masajearlo para procurarse el placer que su cuerpo le pedía.

—Oh, Dios, ¡qué culo! —exclamó Frank, aprisionado por el esfínter.

—Oooh... uuuuh... —jadeó ella, febril.

— ¡No puedo más!

— ¡Eso! ¡Riégame por dentro! ¡Suelta tu leche en mis tripas! —aulló Ágata, corriéndose.

Cayeron hacia delante, Frank sobre ella, desfallecidos.

La próxima semana, te la meteré entera, ya lo verás —le dijo Frank, besándola en la mejilla.

Los meses pasaron, la Navidad estaba cerca. Ágata miró la nieve acumulada en la entrada de su casa a través de la ventana. Pensaba en sus relaciones con Frank y en cómo le gustaría pasar la Noche Vieja con él, pero eso no era posible. Ambos tenían compromisos ineludibles con sus respectivas familias. Pero le echaba de menos. Durante esas blancas vacaciones, no tenía apenas excusas para pasar las tardes con él y no se veían tan frecuentemente. Ágata no era tonta, reconocía que se había convertido en un mero juguete sexual para Frank, pero le quería tanto, dependía tanto de él, que estaba dispuesta a acatarlo todo con tal de seguir juntos.

Ya era toda una experta en penetraciones anales, vaginales, en felaciones y en otras lindezas parecidas. Frank no cesaba de enseñarle cosas nuevas y, la verdad, es que le gustaban, aunque se sintiera, a veces, demasiado utilizada. Ni siquiera le reprochaba no salir ya a pasear, ni que la tratara brutalmente en ocasiones. Cuando Ágata se plantaba en la casa de su amante, llevaba el coño encharcado y sólo pensaba en disfrutar.

Cualquier psicólogo de tres al cuarto, podría haberle dicho, sin dudar un instante, que ese hombre la había acondicionado mentalmente y moralmente para ser su esclava. Sin embargo, en esta ocasión, se había rebelado. La última proposición de Frank la tomó por sorpresa. Unos días

atrás, le insinuó que le encantaría verla jugar con otra mujer y compartirla con ella.

— ¿Has pensado alguna vez en la tremenda sexualidad de las mujeres? Según las encuestas, más del sesenta por ciento de las féminas se declaran bisexuales o han tenido alguna experiencia sáfica en su juventud. ¿Y tú? —esas fueron sus palabras.

Ágata le respondió que no había tenido ninguna relación con otra mujer y que no le interesaban. Sólo le quería a él.

—Bueno, es solo una fantasía común en los hombres, pero, dime la verdad, ¿no has imaginado nunca hacer un trío? ¿Sentir las suaves manos de otra mujer mientras tu amante te colma?

La verdad era que no y así se lo dijo. Poco después, se encontró discutiendo con Frank y éste la cortó de mala manera. La empujó sobre el sofá y se puso en pie, furioso.

— ¡Ya te avisé que no estarías preparada para esta relación! ¡No tengo por qué aguantar el sermón de una adolescente celosa y enamorada! ¡Compórtate como una mujer o bien márchate!

Ágata se marchó, llorando. No pudo dormir en toda la noche, era la primera discusión que mantenían y el miedo de perderle se apoderó de ella. Al día siguiente, le llamó, dolida pero asustada. Le encontró frío y distante en su conversación telefónica. Oh, sí, Frank se excusó por aquellas duras palabras, pero ella supo que no estaba arrepentido. Sin embargo, cuando fue a verle aquella tarde, Frank se comportó de forma exquisita y la sacó a pasear y a merendar, como hacían antes. Pero no cesó en su idea. Cuatro días más tarde, retomó el tema, en su casa.

— ¿Has pensado en lo que te dije? —le preguntó mientras le acariciaba los senos, ambos recostados en el amplio sofá y mirando la televisión.

— ¿Sobre qué?

—Sobre mantener relaciones con otra mujer.

— ¡Frank! Creía que...

—Lo digo en serio, Ágata. Soy mayor que tú y tengo otras aspiraciones, otros gustos. Te quiero, Ágata, no lo dudes, y he disfrutado mucho enseñándote, pero no me llena lo suficiente. Debes estar dispuesta a dar todo lo que tienes dentro de ti, como yo lo hago por ti. Pongo en peligro mi trabajo, mi reputación y todo cuanto me rodea, sólo por estar contigo. ¿Qué me ofreces tú?

Ágata se quedó callada. En eso tenía razón; ella no perdía nada.

—Compréndeme, chiquilla. No es mi intención engañarte; no quiero a otra persona. Solo que me desvivo con la simple idea de verte retozar con otra mujer. Mira, compruébalo tú misma. Solo mencionarlo me ha puesto a cien —le dijo, tomándola de la mano y conduciéndola hasta su entrepierna. El miembro estaba duro y rígido.

—Frank, no sé. Nunca he pensado en ello. No creo que me vayan las mujeres.

— ¿Cómo lo sabes? Tú misma me has dicho que reconoces a una mujer bonita cuando la ves. Eso es que te fijas en ella. Sólo tienes que probarlo. Podemos invitar a quien desees o a una profesional, si quieres. Nos tomaríamos el tiempo necesario antes de dar ese paso. Charlaríamos, nos veríamos varias veces, cenas, cine o lo que sea, hasta tomar confianza. Si no te gusta por entonces, pues lo dejamos. Pero, en esta vida, hay que probarlo todo, pequeña.

— ¿Y si te gusta ella más? —se atrevió finalmente a confesar su miedo.

—Así que era eso, ¿no? —sonrió él. —Chiquilla, he tenido muchas mujeres en mi vida. De hecho, sabes que he estado casado, pero ninguna, y repito ninguna, me ha llenado como tú lo haces. Eres muy especial para mí, sino, no habría estado tonteando contigo todos estos meses, arriesgándome a todo. No te preocupes, no voy a saltar sobre otra chica porque me atraiga más, no soy de esos. Además, haremos una cosa. Sólo me limitaré a mirar si quieres, sin intervenir hasta que tú misma me lo propongas, ¿de acuerdo?

—No sé, no sé. Esto es demasiado gordo para mí.

—Mira, piénsalo bien. Hay tiempo de sobra. Cuando estés segura, me lo dices. No volveremos a hablar del tema hasta entonces, te lo prometo, pero quiero que pienses en ello, ¿me lo prometes?

—Sí.

Y en eso estaba, pensándolo mientras miraba por la ventana de su dormitorio. Al final había llegado a una conclusión. Si se negaba, sabía que le perdería. Si aceptaba, se hundía un poco más en su dominación. En realidad, no llegó a sopesar nunca la balanza. La simple idea de perderle la volvía enferma, físicamente. No tenía elección.

Era la víspera de Noche Buena y nevaba. Ágata consiguió que sus padres la dejaran salir de noche, gracias a una excusa en donde intervino su buena amiga Alma. Les dijo que pasaría la noche en su casa. Alma, por su parte, estaba bastante intrigada con los asuntos de su amiga, a la que no veía ya tanto como antes. Suponía que había encontrado un chico, quizá algo mayor que ella y por eso mismo, no quería decirle nada a sus padres por el momento, pero ella era su amiga y no comprendía por qué no se sinceraba con ella. De todas formas, decidió ayudarla para, más adelante, presionarla y saber de qué iba la cosa.

Cuando el taxi la dejó delante de la casa de Frank, se sorprendió de ver todas las luces de la casa encendidas. Varias guirnaldas de luces adornaban el porche.

—Hola, Ágata. Estás preciosa —le dijo él, abriendo la puerta antes de que ella llegara al porche.

La joven vestía un elegante vestido de noche, largo y oscuro, que resaltaba aún más su pálida piel y el fulgor de sus cabellos. Bajo el chaquetón de piel, que Alma le había prestado, llevaba toda la espalda al descubierto. Bajo el vestido, no llevaba ropa interior alguna pues se notaba debido a lo ceñida que quedaba la prenda.

—Veo que has decorado tu casa.

—Suelo hacerlo todos los años, aunque no creo realmente en la Navidad. Es una costumbre, una tradición. Vamos, pasa, te presentaré a nuestra invitada.

Ágata se tensó al escuchar aquellas palabras. Sabía que ella estaría allí, pero, en ese momento, al tener que verla en persona, estuvo a punto de echarse atrás. Finalmente, inspiró profundamente y entró en la casa. Los dos habían quedado de acuerdo para contratar a una profesional. Una chica limpia, bonita y adecuada, que ninguno de los dos conociera o pudiera encontrarse después. Frank se encargó de todo.

Nada más entrar, en el amplio vestíbulo, la vio. Se trataba de una joven morena, de unos veintidós años quizá. Su cabello era largo y lacio, de un negro muy intenso que no parecía teñido. Seguramente no lo era porque la chica parecía tener mezclas de sangre, quizá una cuarterona. Era bastante atractiva y con un cuerpo que se adivinaba —mejor dicho, se entreveía —bajo la estrecha y corta falda que dejaba todas sus espléndidas piernas al descubierto. Un top ceñido y de fantasía remataba su indumentaria. Sus ojos eran oscuros y rasgados, con las largas pestañas bien arregladas y el contorno pintado de oscuro.

—Ágata, te presento a Jezabel —dijo Frank.

—Hola —respondió la prostituta.

—Encantada —susurró Ágata.

—Antes de que entremos más en materia, quiero advertirte que Jezabel es universitaria y estudia Empresariales. Solo se dedica a esto temporalmente, para reunir dinero para sus estudios. Así que podemos hablar con ella de cualquier tema —dijo Frank. —Y ahora, ¿salimos?

Frank las llevó a cenar a *Indor's*, un exclusivo restaurante del centro de la ciudad. Muchos de los clientes giraron sus cuellos para seguir el paso de aquellas dos despampanantes hembras. Por un momento, Ágata se sintió orgullosa de su porte y, aunque sonara a locura, orgullosa de que Frank llevase del brazo a dos bellezas como ellas. Empezaron a divertirse cuando el camarero dejó caer su bandeja llena de copas al entrever los deliciosos senos de Jezabel desde su posición ventajosa. A pesar de sus dudas, Ágata reconoció que Jezabel era una chica inteligente y divertida.

—No quiero entrometerme en lo que no es asunto mío, pero me pregunto cómo os conocisteis —les dijo Jezabel.

—Bueno, es una historia un tanto peculiar —respondió Frank. —Soy profesor de arte dramático y trabajo en una academia. Ágata era alumna mía y bastante buena. Le di el papel protagonista de una obra y nos quedamos varias veces a solas, cotejando datos y esas cosas. Nos enamoramos sin darnos cuenta.

—Suena romántico, pero ella es un poco joven para ti, ¿no?

—El amor no tiene edad, Jezabel.

—Pero el sexo sí —dijo con una sonrisa encantadora.

—No te preocupes, no tendrás ningún problema con la ley. Es mayor de edad, aunque parece más joven.

— ¿Y tú? ¿Cómo te metiste en este mundo? —preguntó Ágata, negándose a ser ignorada.

—Bueno, fue toda una tribulación. Provengo de un pueblecito de Alicante y estaba más que harta de ver los mismos rostros siempre. Aproveché una beca para venir a esta universidad, aún a costa de enfurecer a mi padre. Pero no soportaba más a aquellos palurdos. Pequé de ingenua y me enrollé con quien no debía. Me hizo perder la beca al bajar mis notas. Claro que Samuel me enseñó todo lo que sé y disfruté durante esos meses, pero me di cuenta de que estaba echando mi vida por alto, así que le dejé. Decidí seguir estudiando y me matriculé por libre. Conseguí un piso y me encontré sin dinero. Los conocidos de Samuel me sacaron del apuro y me indicaron cómo ganar dinero rápidamente. No soy una puta callejera. Escojo a mis clientes y no tengo a nadie que me controle. Cuando Frank solicitó a la agencia una chica de mis características, me reuní con él y me gustó lo que me propuso. De hecho, me resultó intrigante, así que acepté. Ya que nos estamos sincerando, debo decir que no hay ningún compromiso por parte alguna. Si en algún momento de la noche, decido echarme atrás, me marcharé. Yo funciono así.

Jezabel parecía saber lo que quería y aquello le gustó a Ágata. Se sintió más cercana a ella, debido, quizá, a la similitud de sus relaciones.

—Me parece perfecto —respondió Frank. -- ¿Qué os parece si cenamos?

La charla continuó durante la cena, pero sobre temas más intrascendentes. Jezabel les confesó qué tipo de cine le gustaba y cuáles eran sus obras preferidas. Ellos hablaron de su trabajo y estudios. Se contaron anécdotas divertidas y Ágata y Jezabel compitieron por ver quiénes de las dos ponía más nervioso al camarero, insinuándose. En un momento determinado de la cena, Ágata respingó al sentir un pie descalzo ascender por sus piernas, bajo la mesa. Miró a Frank, pero éste estaba ocupado en relatarle a Jezabel cuando Leonardo DiCaprio asistió a sus clases. Jezabel

parecía muy interesada en el tema, pero la miraba a ella de reojo; era su pie el que la tocaba. Tragó saliva, nerviosa, y juntó las rodillas. El pie de Jezabel, al encontrar tal resistencia, se retiró.

—Siempre me he preguntado si es tan difícil interpretar un papel —le preguntó Jezabel directamente a Ágata. Ésta, tomada por sorpresa, no supo qué contestar. —Vamos, vamos, no te quedes ahí aislada. Ven, acércate más a mí, participa en la conversación —le dijo la morena, de forma desenfadada y tirando de su silla hacia ella.

—Sí, vamos, Ágata. Te has quedado muy callada de repente.

Quiso decirle a Frank lo que estaba sucediendo, pero comprendió que era eso lo que él buscaba. No se atrevió a defraudarle y se acercó a Jezabel.

—Bueno, depende el papel que te den. Por ahora, creo que es cierto lo que dicen que un papel cómico es mucho más difícil que uno dramático. No se me da muy bien hacer reír a la gente —dijo, tomando un sorbo de su copa de vino.

—Bueno, yo creo que lo difícil tiene que ser llorar. No puedo derramar unas lágrimas sin motivo, es imposible para mí, y eso que me vendrían muy bien en algunas ocasiones.

—Todo tiene sus trucos —respondió Frank —pero me gano la vida enseñándolos, así que te tendrás que matricular para saberlos.

Los tres se rieron y fue, en ese momento, cuando la mano de Jezabel se posó sobre el muslo de Ágata. A pesar de sus palabras, Frank se lanzó a explicar algunos de esos trucos que utilizan los actores. Jezabel seguía, muy atenta, sus explicaciones. Pero, bajo la mesa, su mano acariciaba apasionadamente el esbelto muslo de la pelirroja. Ágata bajó sus manos y las posó sobre la mano de la morena, impidiendo el avance. Ésta la miró de reojo y la sonrió. Ágata supo qué quería decirle, sin palabras. Retiró las manos y las colocó sobre la mesa, sin saber qué hacer con ellas.

Notó como la mano de Jezabel hurgaba entre su vestido, buscando la apertura de la falda, aquella raja que dejaba al descubierto buena parte de sus piernas. Finalmente, la encontró. Sus dedos se deslizaron sobre la pierna, ahora solo las medias la separaban del tacto de la piel, pero no pareció importarle. Con una lentitud desesperante, aquellos dedos subieron entre los muslos, obligando a Ágata a separar las piernas, no tanto para disimular como por su propio placer. Esa caricia la estaba poniendo nerviosa y no sabía si era excitación o temor lo que sentía. Los pants cubrían su sexo, pues no llevaba bragas. Notó como la mano se detenía un momento, quizá sorprendida de encontrarla desnuda, pero siguió inmediatamente su avance. De esa forma era mejor, no existían apenas obstáculos. Acarició el pubis y deslizó un dedo sobre la vulva cubierta.

Ágata se estremeció involuntariamente y se abrió más, lanzando sus caderas hacia delante. Ahora

sabía, estaba segura, de que era verdadera excitación lo que sentía. Quería que Jezabel la tocara y eso era lo que Frank también quería. La contempló de reojo, observando aquellos golosos labios que sonreían a su hombre mientras la acariciaba a ella. Era hermosa y la deseaba; no sabía cómo actuar con una mujer, pero la deseaba. El dedo de Jezabel siguió frotándola, cada vez con más presión, haciéndola vibrar. En un instante, tuvo que cerrar los ojos, incapaz de aguantar el placer. Estuvo tentada de bajar sus manos y apretar aún más el dedo contra su clítoris, pero se contuvo. Se dejó ir y gozó lentamente, en silencio. Sus piernas se cerraron, avisando a Jezabel que se había corrido. Ésta retiró la mano y siguió charlando. Tomó su copa de vino y movió el líquido con un dedo para después, llevárselo a la boca y chuparlo. Un acto inocente, pero Ágata se dio cuenta de que el dedo que se había llevado a la boca no era aquel que había mojado en vino, sino con el que la había acariciado. Estaba catando sus humores y, al parecer, le gustaron. Jezabel la miró y sonrió; se entendieron de nuevo.

— ¿Pedimos el postre? —preguntó unos minutos después Frank.

Los tres entraron en la casa, abrazados y riéndose. Frank encendió la luz y tiró las llaves sobre la mesita del recibidor.

—No creo que ese chaval olvide esta noche en la vida —dijo aun riéndose. —Eres una buena actriz, Jezabel. Tu imitación del anuncio Levi's ha sido muy buena.

— ¡No podía creer que estuvieras haciéndolo de verdad! —exclamó Ágata. —Deberías haberle visto la cara cuando te bajaste los tirantes y le enseñaste los pechos.

—Se la vi, le estaba mirando. “¿Puedes inflármelos un poco? Están algo alicaídos”. ¿Quién sería el que inventó esa frase? Me parece algo estúpida.

—Lo que creo es que hemos bebido demasiado vino —dijo Frank. “Mezclado con un poco de Loto Azul, por supuesto”, pensó para sí. -- ¿Qué tal si lo rebajamos con un poco de champán?

—Me parece perfecto —respondió Jezabel.

—Está bien, voy a por una botella a la cocina y por las copas. Ágata, pon un poco de música, por favor.

La pelirroja encendió el equipo y empezó a sonar el último CD de Elton John, lento, empalagoso y romántico. Las dos chicas se sentaron en el sofá.

—Me lo he pasado estupendamente esta noche —dijo Jezabel.

—Sí, yo también —no quería mirarla por el momento. Estaban a solas y temía la situación.

—Creo que tú lo has pasado mejor que ninguno, ¿no?

—Bueno...

La llegada de Frank, con la botella y las copas, las interrumpió.

—Brindemos por una nueva amistad —dijo, descorchando la botella y llenando las copas.

— ¡Por una nueva amistad! —corearon los tres cuando tuvieron los vidrios en la mano.

—Oh, me encanta esta canción. Es una de mis preferidas —exclamó Jezabel, soltando su copa sobre la baja mesa. —Me gustaría bailarla —dijo mirando a Frank.

—Oh, no cuentes conmigo. Tengo los pies planos para eso. Por eso mismo, no triunfé en Broadway. Nunca he sabido bailar.

—Vaya, ¡qué fastidio! —rezongó Jezabel, colocando sus brazos en jarra. —Pero no pienso quedarme sin bailar esta noche. ¿Qué tal si lo hacemos tú y yo? —preguntó volviéndose hacia Ágata.

— ¿Yo?

—Sí, así como aprenden a bailar las chicas, con una amiga. Vamos, no me dirás que nunca lo has hecho, ¿no?

—Bueno, sí, pero...

—Pues, no se hable más. Arriba —dijo, tirando de ella.

Frank sonrió y se arrellanó mejor en su sillón, contemplando a las dos chicas abrazarse. Ágata parecía un poco forzada y tensa, pero asumió su papel de chica en el baile. Jezabel la llevaba. Su polla se alzó al verlas abrazadas, sobre todo cuando la morena bajó sus manos hasta posarlas en lo más bajo de la espalda de Ágata, con toda confianza. Giraban lentamente, al ritmo de la música.

—Vamos, relájate. Apoya tu cabeza en mi hombro —le dijo Jezabel.

Ágata, como siempre, obedeció. Se recostó contra el cuerpo de la morena, subiendo más sus brazos y colgándose de su cuello. Cerró los ojos y se abandonó. Notó como las manos de Jezabel se introducían por la amplia apertura del traje de noche, a su espalda. Las sintió descender por sus nalgas, introducirse bajo el elástico de los pantys y sobar a placer sus cachetes. La verdad es que lo estaba deseando. Estaba de nuevo cachonda, muy cachonda. Jezabel estuvo mucho tiempo acariciando su trasero, tanto que la canción acabó y empezó otra. Entonces, se inclinó hacia delante y mordisqueó la oreja de Ágata suavemente y, a continuación, descendió por su cuello, deslizando su cálida lengua por él. Ágata se estremeció toda entera y se pegó aún más, enterrando su rostro en el hombro de la morena. Las manos de Jezabel abandonaron sus glúteos y subieron

hasta apoderarse, fugazmente, de sus senos. La morena, con una sonrisa, notó los pezones endurecidos bajo la tela. Siguió besando el cuello y acariciando todo el cuerpo de Ágata. Ésta empezó a jadear y a moverse lánguidamente, frotándose. Había llegado el momento de pasar a mayores.

Jezabel echó su rostro hacia atrás y levantó el de Ágata. La miró a los ojos, contemplando sus atractivos rasgos, luego, lentamente, volvió a inclinarse, buscando aquellos labios. Ágata abrió los suyos, dispuesta a recibirlos. Cualquier duda desapareció de su mente. No existía el asco, nunca había existido, ahora lo sabía. Atrapó con sus labios aquella lengua movediza y ronroneó en la boca de Jezabel. El beso se hizo aún más profundo. Ágata se atrevió a bajar sus manos de la nuca de la morena y acariciar toda su espalda hasta llegar a las nalgas, que apretó con compulsión. Eran prietas y redondas, perfectas. Encendida por un deseo que nunca creyó sentir, bajó más aún una de sus manos, acariciando el moreno muslo. Jezabel también llevaba medias, pero de color natural.

—Oh, vamos, ya no puedo más. Cómeme el coño. Llevo toda la noche deseándolo... —le dijo Jezabel apartándose y conduciéndola hasta el sofá de nuevo.

Jezabel se sentó, abierta de piernas, y se remangó la falda, revelando que sus medias no eran pantys, sino auténticas medias con ligero. Se apartó las bragas con un dedo, enseñando un pubis totalmente rasurado y un sexo oscuro y apetitoso. Ágata impulsada por la mano de Jezabel y por su propia curiosidad, cayó de rodillas entre sus piernas. Sus ojos no se apartaban de aquel sexo; la atraía poderosamente.

—Cómetelo ya, no puedo más...

Ágata se inclinó sobre la entrepierna de la morena y aplicó su lengua donde más placer sentía ella, sobre el clítoris. Jezabel botó sobre el sofá y aferró la cabeza de Ágata con las dos manos, frotándose contra ella.

—Sí, así. Méteme la... lengua adentro... —susurró.

Frank se frotó las manos mentalmente. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Ágata no había puesto ninguna pega y parecía solícita y deseosa. Disfrutó, con los ojos bien abiertos, de la escena. Jezabel era toda una hembra.

—Uuuuhh... uunm... aaaah...aaaa... —se corrió Jezabel, retorciéndose. Entre sus piernas, Ágata se quedó jadeante, saboreando la miel de su nueva amiga. Era deliciosa.

—Lo has hecho muy bien para ser tu primera vez —le dijo Jezabel acariciándole la cara y metiéndole un dedo en la boca, que succionó con placer. —Ahora, te toca a ti. Ven, que te quite

toda esa ropa.

Ambas se pusieron en pie y Jezabel la fue desnudando.

—Oh, Dios, ¡qué hermosa eres! —se quedó la morena impresionada al ver el cuerpo desnudo.

Jezabel la tumbó en el sofá y se acurrucó entre sus piernas. También ella se había desnudado. Le abrió las piernas y paseó una mano por su entrepierna, entreteniéndose con los rizos pelirrojos de su pubis.

—Eres preciosa —murmuró y se inclinó sobre el coño, devorándolo.

Ágata estuvo a punto de aullar. Gozaba mucho cuando Frank se lo hacía, pero no era apenas comparable a la sensación que la recorría en ese momento. Los labios de Jezabel eran suaves y calientes; sabía cómo y dónde lamer. Se contorsionó y acarició, a la misma vez, la larga cabellera oscura. Jezabel se apartó un momento y la miró, aupándose.

—Ágata... necesito una polla ahora mismo en mi coño. La necesito. ¿Dejarás que Frank me la meta, por favor? —la estaba suplicando y era cierto; no era ninguna comedia.

Ágata no pudo contestar, no tenía voz, pero asintió. No le importaba en ese momento. Jezabel era parte de ella. La morena alzó su grupa y miró a Frank con toda intención, antes de seguir con su lamida. El hombre se levantó del sillón y se desnudó. Después, con la polla tesa se acercó a la puta. Le dolían los huevos de lo excitado que estaba. Tanteó el coño con la mano, comprobando lo lubricado que estaba y, cuando intentó penetrarla, Jezabel se retiró.

—Un momento, un momento, esto hay que hacerlo bien —dijo tomando su bolso del suelo. De él, sacó un spray de diotoxin con el cual roció la polla de Frank. Eso se la puso aún más dura. Era la primera vez que veía el producto, pero había escuchado hablar de él. Cien por cien eficaz contra cualquier enfermedad contagiosa y venérea. Antes de meterla, se dijo que tendría que agenciarse un aerosol de ese tipo.

Jezabel suspiró al sentir la penetración. Cerró los ojos y dejó de lamer el coño de Ágata para atender su propio placer. Eran contadas las ocasiones en que perdía la cabeza con un cliente y se dijo que debía ser a causa de aquella joven que la excitaba tanto. En ese momento, lo hubiera hecho gratis. No tenía forma alguna de saber que la habían drogado con el Loto Azul. Estuvo a punto de gozar de nuevo y no quiso hacerlo tan rápido. Se contorsionó, obligando a Frank a sacársela.

—Ahora le toca a ella, no quiero acapararte —dijo con una sonrisa.

—Pon el culo, Ágata. A ti por el culo —gruñó Frank, molesto por no poder seguir follando con Jezabel.

La prostituta se quedó impresionada al ver cómo la joven se daba la vuelta y sin más preparación, le metía el cipote por el trasero. Ni ella misma podía hacer eso. Sin duda estaba bien educada.

—Por favor, Jezabel... ven —murmuró Ágata, inundada por el calor de la polla. —Quiero lamerte de nuevo...

La puta se sentó en el sofá, la espalda apoyada contra el brazo del mueble y las piernas abiertas. De esta forma, Ágata le comió el coño divinamente, haciéndola gozar de una manera sublime, que no recordaba haber sentido nunca. Ágata se derrumbó sobre su vientre al correrse, pero Frank no parecía dar muestras de fatiga.

—Límpiamela, quiero follarme a Jezabel de nuevo —le dijo a su amante.

De nuevo, Jezabel quedó atónita cuando la joven le lamió la polla, tragándose sus propios excrementos. En ese momento, se apenó un poco por ella. No tenía edad para hacer todas esas cosas. estuvo a punto de impedirle a Frank que la penetrara, pero necesitaba aquel dinero. Frank la tomó en la posición del misionero, mientras que Ágata, recuperándose, le acariciaba la espalda y los testículos desde atrás.

—Es guapa, ¿verdad? —le susurró Ágata al oído mientras bombeaba en su interior. —Quiero que te la folles, que la hagas gozar como me haces gozar a mí. Lo desea y lo merece.

Frank, enardecido por aquellas palabras, gruñó y culeó salvajemente, orquestando otro orgasmo para Jezabel.

— ¡Ahora, las dos! ¡Chupadme la polla las dos! ¡Quiero correrme sobre vuestras caras! —aulló Frank, saliéndose de Jezabel.

Las dos chicas se pusieron a cuatro patas y se pelearon por tomar la polla con la boca. Densos borbotones surgieron y salpicaron sus bocas y narices mientras Frank les tiraba fuertemente del pelo.

—Oh, Dios, ¿qué locura! —susurró Ágata mientras Jezabel le lamía el semen de la cara. Frank se había derrumbado a su lado, en el sofá.

—Tienes razón. Es una locura muy excitante —respondió Jezabel. Ágata le devolvió la limpieza, riéndose.

— ¿Te quedarás a dormir? —le preguntó la pelirroja.

—Si no os importa. Es demasiado tarde para regresar

—Hay habitaciones de sobra —replicó Frank, encendiendo un cigarrillo.

—Vamos, te enseñaré tu habitación —le dijo Ágata, poniéndose en pie y cogiéndola de la mano, ambas aún desnudas. -- ¿Vienes, Frank?

—Ahora no, voy a quedarme un ratito aquí —dijo, expulsando el humo hacia el techo.

Las contempló correr desnudas escaleras arriba, riéndose. Sabía lo que iban a hacer a continuación, pero él no podía más. Quizá se había pasado con la droga. Bueno, de todas formas, quedaba noche por delante.

— ¿Te arrepientes de haberlo hecho? —le preguntó Jezabel, abrazando por detrás a Ágata y besándole la espalda. Las dos estaban bajo el chorro caliente de la ducha.

—No. En un principio, creí que sería algo traumático, pero no lo ha sido. Me gustas mucho, Jezabel.

—Y tú a mí, cariño.

—No, lo digo de verdad.

—Y yo. Podemos ser buenas amigas y vernos en horas no laborables, ya sabes.

— ¿De verdad? —se giró Ágata, abrazándola.

—De verdad. Te daré mi dirección. Vivo sola. Y no estoy hablando como una profesional. Sólo te pongo una condición.

— ¿Cuál?

—Que vengas sola y que no le digas nada a Frank.

— ¿Por qué?

—Solo te quiero a ti, no a él. Con él, son negocios. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Entonces, bésame.

Las dos jugaron un rato con las lenguas hasta que Jezabel cerró el grifo y se secaron mutuamente.

-- Ahora, veamos si esa cama es tan confortable para los tres. Quiero comerte el coño toda la noche... —le dijo Jezabel tirando de ella.

La Navidad pasó, la primavera llegó. Ágata se sentía algo deprimida mientras caminaba hasta la casa de Frank. En estos meses, su relación con Jezabel había fructificado de veras. Acudía un par de veces en semana al piso de la morena y se amaban toda la tarde. En esos momentos, no se acordaba de Frank para nada. Sin embargo, más tarde, su culpabilidad y su dependencia la atormentaban hasta que volvía a ver a Jezabel.

Jezabel era algo especial para ella. La morena asumió perfectamente el rol dominante y la hacía vibrar. Salían de compras juntas y se comportaban como buenas amigas, cuando, en realidad, eran más bien marido y mujer. Jezabel consiguió un vibrador especial en un sex-shop con el cual le encantaba penetrarla. La poseía como si fuese un hombre y Ágata enloquecía con ello.

Frank no la besó cuando abrió la puerta. Estaba preparando un poco de té en la cocina. Se limitó a saludarla, un tanto fríamente, y ella supo que algo pasaba. Él se giró y la miró, atentamente.

—Tenemos que hablar —le dijo. —Siéntate.

Ágata lo hizo en una de las sillas y apoyó las manos sobre la mesa de madera.

—¿Qué sucede, Frank?

—Sé lo tuyo con Jezabel.

—Oh, Dios mío... —susurró ella.

—Lo sé desde hace tiempo. Comprendo que tienes edad para estar con otra gente, para descubrir cosas nuevas. Por eso mismo, no te he dicho nada antes. Pensé que volverías a ser la misma, pero no ha sido así.

—Lo siento, Frank, yo no quería... —las lágrimas brotaron, incontenibles.

—No quiero disculpas. Te has comportado de un modo completamente egoísta, Ágata. Me has traicionado, engañado. Yo la compartí contigo y sólo la he visto cuando tú estabas delante. En eso quedamos, te lo prometí, ¿no? Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—No lo sé. Me siento muy bien con ella. Es como una amiga.

—Tienes otras amigas y no te acuestas con ellas. ¿Por qué tiene que ser diferente?

Lo que más le dolía es que Frank no le gritaba; se mantenía frío y firme. Supo que estaba a punto de perderle y el llanto arreció.

—Perdóname, Frank. Sucedió así, sin más. No la volveré a ver más.

—Vete, no quiero seguir hablando por ahora —dijo él, marchándose de la cocina.

Tardó mucho tiempo en regresar a casa. No quería que sus padres la vieran en ese estado. Finalmente, consiguió serenarse y regresó, pero se negó a cenar y se encerró en su habitación. Se excusó con sus padres achacándole su estado al periodo. Se dejó caer en la cama y siguió llorando. Después, un poco más calmada, estuvo tentada de llamar a Jezabel y contárselo todo, pero se reprimió. Ya había hecho suficientes tonterías. Primero debía ver en que quedaba todo con Frank. La simple idea de ser repudiada por su hombre le causó un malestar físico que la postró en la cama al día siguiente. Estaba en medio de una depresión.

Al tercer día, llamó a Frank.

—Ven, tenemos que hablar —le dijo lacónicamente. Así que ella acudió, preparada para lo peor.

Se sentaron como dos desconocidos, de nuevo en la cocina, frente a un té moruno.

—Le he dado muchas vueltas al asunto y sólo he llegado a una conclusión —dijo él.

— ¿Cuál? Estoy dispuesta a redimirme.

—He perdido la confianza en ti y debes hacer que la recupere. Es como un castigo, ¿lo comprendes?

—Sí.

— ¿Estás dispuesta para escucharme?

—Sí, haré lo que sea.

—No me entrometeré en tu relación con Jezabel. La comprendo. Puedes seguir viéndola, pero, a cambio, te pediré una cosa.

—Dilo ya.

—Como tu falta ha sido agenciarte una mujer para ti sola, sin compartirla, ahora quiero que me consigas una mujer para mí, para mí solo. Después, podremos compartirla si quieres.

— ¿Eso es todo? Puedo buscar a otra que no sea Jezabel. Sólo lo hemos hecho con ella, pero me acostumbraré y...

—No quiero una profesional. Tiene que ser una chica normal, una amiga tuya, la que yo elija.

—Pero... —se asombró Ágata. -- ¿Cómo puedo yo...?

—Esa es la condición. Si no puedes cumplirla, lo mejor será que desaparezcas de mi vida.

Ágata se quedó callada, la cabeza inclinada. Frank tenía razón a su manera, toda la culpa era

suya.

—Está bien. ¿Quién es la chica?

—Que conste que no es nada personal, pero tengo que escoger a alguien especial, alguien a quien quieres y respetas para que el castigo sea eficaz. Quiero que sea tu amiga Alma.

— ¿Alma? Dios santo, Alma... No puedo hacerlo. No quiero hacerla daño.

—Es ella o nadie. Tú tienes la culpa y debes pagar.

—Pero, ¿cómo voy a convencerla de que se entregue?

—Creo que ya sabes cómo tienes que hacerlo, pero, de todas formas, puedo darte un par de consejos. Por lo que sé, tu amiga no sale con ningún chico y se preocupa mucho por ti. Tú misma me lo has dicho. La he observado en ocasiones, cuando estáis en la academia. Te come con los ojos; está enamorada de ti.

— ¡No puede ser! ¡Alma no es...!

—Como prefieras. Era solo un consejo. No nos veremos más hasta que la traigas aquí y me la entregues. Después, todo volverá a la normalidad.

—No puedes hacerme eso, Frank. No puedo estar sin ti —gimió ella.

—Haberlo pensado antes. Podrías haberme dicho tu lío con Jezabel y yo lo hubiera aceptado, incluso podría haberte aconsejado. Pero preferiste engañarme. Esas son mis condiciones, Ágata.

Ágata se sintió abandonada en el momento en que salió de la casa de Frank. Por el momento, había perdido a su amante y no podía confiarle su problema a Jezabel; no lo entendería y podía perderla a ella también. Mientras caminaba hasta la parada de bus, pensó en su amiga Alma. Nunca la había atraído; bueno, ninguna chica lo había hecho hasta que conoció a Jezabel e, incluso después, no solía fijarse en ellas, pero tenía que reconocer que su amiga era bonita. Alma era morena y llevaba el pelo cortado en melenita, sobre la nuca. De vez en cuando, se pintaba el pelo con tonos rojizos. Se preguntó si Frank tenía razón y Alma lo hacía para parecerse a ella. Era un poco más baja que Ágata e igualmente estilizada. Poseía una nariz respingona y unos ojos almendrados muy dulces. Era muy morena de piel, por eso mismo, en primaria, algunos chicos se habían reído de ellas, llamándolas Blancanieves y Tizón. Su rostro era ovalado y destacaban sus labios carnosos. Poseía poco pecho, pero su trasero era respingón y muy atractivo, con unas largas piernas que ponía de manifiesto usando siempre tejanos.

El consejo de Frank seguía dándole vueltas en la cabeza. Recordó diversas ocasiones que, en aquellos momentos, le parecieron banales e inocentes pero que, al mirarlos bajo otro prisma, cambiaban de significado. Si era cierto, tenía una posibilidad de convencerla, utilizando sus sentimientos. Eso la hizo sentirse mal. Iba a engañar a su mejor amiga por un hombre, a utilizarla como un trozo de carne. No sabía si sería capaz.

Alma suspiró cuando Ágata salió de la habitación para traer algo para merendar. Cada vez le era más difícil mantenerse cerca de ella. Creía que con estos meses de separación la había olvidado, pero sólo había hecho falta tres días para darse cuenta que la seguía deseando. Alma nunca se lo había dicho, ni a ella ni a nadie, como todas sus amigas, había mantenido algunas relaciones con chicos, justo las suficientes para perder su virginidad y comprender lo qué era un hombre, pero nunca se sintió segura con ellos. Observaba a sus amigas en las duchas, soñaba con ellas y se masturbaba pensando en ellas. No pudo darle más vueltas; era lesbiana. Desde que asumió su sexualidad, se tranquilizó, aunque Ágata le gustaba más y más a medida que pasaban los días.

Ahora, Ágata había vuelto a ella. Aunque no se había sincerado con Alma, ésta estaba segura de que había roto su relación con quien fuera que estuviera saliendo y necesitaba una amiga. Le estaba dando su apoyo incondicional. Durante esos tres días, habían reanudado su amistad. Fueron al cine, al zoo, a una fiesta y, ahora, pasaba el fin de semana en casa de Ágata. Quizá fuera el momento que Ágata aprovecharía para contarle todo.

Pero Alma no las tenía todas consigo. Ágata había cambiado, había madurado. Ya no se comportaba como una adolescente, sino como una mujer. Su forma de hablar, sus gestos, su manera de andar, todo ponía de manifiesto una sensualidad recién descubierta con la que se sentía a gusto y, por ello, Alma estaba nerviosa. Antes, Ágata era una amiga hermosa a la que admirar, a la que imitar, con quien poder charlar de todos los temas; ahora, la contemplaba, la espiaba y se excitaba. Su corazón latía a todo ritmo y la boca se le secaba. Ágata estaba mucho más bella bajo esa faceta. ¿Cuántas veces se había masturbado, desnudándola en su mente, besándola con su imaginación?

Ágata abrió la puerta y entró, portando una bandeja con unos sándwiches y unos refrescos. Se había cambiado de ropa y traía el pelo húmedo.

—Siento haberte dejado sola, pero he aprovechado para ducharme y cederte el cuarto de baño para después. Ya me he puesto cómoda. Debes hacer lo mismo. Esta noche, mis padres salen, así que estaremos solas para ver la tele y hablar de lo que queramos.

—Perfecto —respondió Alma, palmoteando como una chiquilla. Su explosión de alegría no era más que una tapadera para disimular su asombro cuando vio aparecer a Ágata.

Se había cambiado de ropa, colocándose una más cómoda, de estar por casa, pero no por eso menos atrevida. Sólo llevaba puesta una amplia camisola azul, quizá de su padre, cuyas mangas llevaba remangadas por encima de los codos. La camisa no le llegaba más abajo de las caderas, por lo que cualquier movimiento dejaba ver sus braguitas rosas y caladas. Llevaba los botones desabrochados hasta muy abajo, dejando asomar parte de su vientre plano y pálido, formando un gran escote que revelaba que no llevaba sujetador. Ágata debió darse cuenta de su mirada y se disculpó por el atuendo.

—Es que tenemos el termostato de la calefacción estropeado. No podemos regularla ni quitarla hasta que no venga el técnico —dijo. —Deberías ponerte tú también cómoda, pronto hará calor aquí.

—No importa. De todas formas, estás en tu casa.

Ágata colocó la bandeja sobre la mesa de estudio y se agachó para recoger varios folios que se cayeron. No se acuclilló, sino que se inclinó totalmente sobre sus piernas, de tal forma que la camisa se subió mucho, dejando ver sus nalgas cubiertas por las braguitas. Alma tragó saliva, si no la conociera tan bien, pensaría que la estaba provocando. Estaba bellísima.

Merendaron y, al mismo tiempo, charlaron de muchos temas que llevaban atrasados. Estudios, chicos, chismes y trapos, los cuatro temas más importantes para unas adolescentes. Se rieron bastante y Ágata se revolcó sobre su cama, enseñando sus largas piernas desnudas y su pelvis, sin darle importancia. Alma, que seguía sentada a la mesa, no dejaba de mirarla con disimulo. Nunca la había visto tan desinhibida. Algo le pasaba y quería saberlo. Poco a poco, se serenó y, finalmente, bajaron a ver la tele un rato. Alma, conociendo los gustos de su amiga, escogió una vieja película, en blanco y negro, que trataba de un romance con mal final. A media película, se dio cuenta de que su amiga estaba llorando en silencio.

— ¿Qué te ocurre? —le preguntó.

—No... es nada. Esta película me pone triste.

—Y por eso estás llorando a moco tendido. Ágata, va siendo hora de que me cuentes lo que te pasa. No soy tonta —dijo seriamente Alma, apagando la tele con el mando a distancia.

—No... no es nada.

—Vamos, vamos, soy yo, Alma. No puedes engañarme. ¿En qué lío te has metido?

—Oh, Alma —rompió a llorar Ágata, sin freno.

Alma dejó que se calmara un poco y escuchó en silencio.

—Conocí a un hombre, un hombre mayor que yo. Era muy interesante, atractivo y cariñoso. Al principio, solo éramos amigos, buenos amigos. Me ayudó... bastante y, me enamoré como una tonta.

— ¿Está casado?

—No, divorciado —explicó Ágata, enjugándose las lágrimas. —Tampoco tiene hijos. Prácticamente, hemos vivido juntos estos meses. Sólo volvía a casa para dormir. Era tan cariñoso, tan bueno. Me ha enseñado muchas cosas, ya sabes, en la cama. Y, ahora, no...

Alma contempló como la barbilla de su amiga hacía un mohín. Estaba a punto de echarse de nuevo a llorar.

—... no quiere verme más. Oh, Alma, me siento tan desgraciada... —sollozó Ágata, abrazándose al cuello de su amiga.

—Vamos, vamos, desahógate. Eso es. Lloro todo lo que quieras —dijo conmovida.

—Gracias a Dios que estás aquí. Necesito aferrarme a alguien en estos momentos —su voz sonó extraña al tener su rostro enterrado en el pecho de Alma.

La esbelta morena la acunó en el sofá, susurrándole palabras de consuelo, de cariño. Sin embargo, tenerla así entre sus brazos, tan indefensa, la excitaba, pero no quería separarla. Tratando de que se calmase, acarició su espalda y sus cabellos rojizos. Ágata se acurrucó contra ella y colocó una de sus piernas desnudas sobre su regazo. Alma se mojó los labios y bajó lentamente una de sus manos, temblorosa. Era más fuerte que ella. Colocó la palma de su mano sobre el muslo de Ágata y la acarició suavemente, como si la consolase, pero no era una caricia de consuelo. Tuvo que reprimirse para no profundizar más. Ágata levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—No sabría qué hacer si no estuvieras aquí, Alma. Gracias, eres una buena amiga —dijo sorbiendo. Acto seguido, la besó en la mejilla.

—Venga ya. Tú harías lo mismo por mí —dijo Alma, quitándole importancia.

—No, no. Eres una santa. Has aguantado todo, incluso seguiste a mi lado cuando yo te abandoné sin explicarte nada. Eres mi mejor amiga.

Con estas palabras, Ágata se incorporó un poco más y empezó a besar repetidamente las mejillas de Alma. Ésta se sintió incómoda, nerviosa. Aquellos besos la enervaban de tal manera que no supo que pasó después, sólo que se encontró besando a Ágata en la boca, apasionadamente. Reaccionó cuando se dio cuenta de que la pelirroja no respondía a su caricia bucal; se había

quedado muy quieta, con los ojos abiertos. Alma, jadeando, se apartó y desvió la vista.

— ¿Qué... qué has hecho? —musitó Ágata.

—Lo siento. Ha sido un impulso. No se volverá a repetir, descuida —respondió Alma, sin mirarla y levantándose.

—Me has besado en la boca. Con la lengua —tartamudeó Ágata, aún sentada y tocándose los labios.

—Será mejor que me vaya; es tarde.

— ¡Santo Dios! ¿Eres... eres lesbiana, Alma?

Alma salió corriendo; aquellas palabras sonaban tan horribles en boca de Ágata que no pudo soportarlo. La dejó en casa, sola y confusa, y corrió hasta su casa. Estuvo toda la noche llorando y tachándose de estúpida.

Alma intentó esconderse cuando vio a Ágata en el pasillo del instituto, el lunes por la mañana. No había contestado a las llamadas de teléfono de Ágata; no se atrevía a mirarla siquiera. Pero era demasiado tarde, la pelirroja la había visto y la llamó. Su semblante era serio y su voz demasiado grave cuando le dijo que tenían que hablar. Alma asintió con la cabeza y murmuró que lo harían más tarde, cuando acabaran las clases.

—Espérame en el patio. Hablaremos al ir para casa —la citó Ágata.

En la clase, Alma se sentó lejos de ella, aún a sabiendas que los demás murmurarían pues llevaban sentándose juntas desde el primer curso. Pero Alma no se sentía con fuerzas para soportar las miradas de reproche de su amiga. Durante el fin de semana, Alma se había tachado de idiota redomada por no haberle dicho a Ágata lo que sentía mucho antes. Todo aquello no hubiera pasado nunca.

Como un alma en pena, Alma esperó cabizbaja a que Ágata se reuniera con ella en el patio. La pelirroja se colocó a su lado y no la tocó.

—Vamos al parque. Hablaremos allí a solas —le dijo y Alma asintió.

El parque estaba vacío a aquellas horas; era un pequeño parque infantil con una arboleda que sombreaba algunos bancos. Se instalaron en uno y Ágata le preguntó:

— ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Tuve miedo. No es algo que se vocee a los cuatro vientos —respondió Alma, sin mirarla.

—Me tomaste por sorpresa. Te aprovechaste de mi indefensión, de mi confianza —la recriminó.

—Sí y me odio por ello; no sabes cuánto me odio, Ágata. No supe reprimirme.

— ¿Desde cuándo sientes así?

— ¿El qué? ¿Qué me gustan las mujeres o bien que me gustas tú?

—Las dos cosas.

—Hace un par de años, cuando rompí con Richard. No me sentía a gusto con ningún chico, ni siquiera me atraían. Es más, creo que salí con él por los demás. Fue entonces cuando empecé a mirar a las mujeres. Al principio, me asusté, pero asumí la evidencia. Me fijé en ti desde el principio, pero nunca me atreví a decirte nada; temía perderte.

Ágata asintió, como si la comprendiera.

—Alma, estoy enfadada contigo sólo por no habérmelo dicho. Lo que pasó en mi casa es una tontería. Me cogiste desprevenida y me asusté. Eso es todo.

—Lo comprenderé perfectamente si no quieres volver a verme.

— ¡No seas tonta! No he dicho nada de eso. Ahora mismo, nos sentimos las dos muy mal, una por un motivo y la otra por otro, pero ambas sufrimos y eso nos une aún más —dijo Ágata poniendo su mano sobre la de su amiga.

— ¿Significa que me perdonas?

—Claro, tonta —dijo sonriendo Ágata. —Sigues siendo mi mejor amiga, aunque un tanto especial ahora.

—No volveré a tocarte, lo prometo —dijo Alma, apartando su mano de la de su amiga.

—Alma, cállate y déjame hablar. Durante este fin de semana, lo he pensado mucho. Me he sentido furiosa y engañada, traicionada y abatida, pero también he sentido pena por ti. Comprendo perfectamente por lo que estás pasando, porque yo también lo he vivido. He intentado comprenderte, sentir lo que sientes al verme, y te he visto desde otra perspectiva muy diferente...

—Ágata tragó saliva y retorció sus manos. Por un momento, no supo qué decir y Alma se dio cuenta de ello. —Lo que intento decirte es... que... ¡Dios, qué difícil es esto!

Alma contuvo el aliento.

—Lo que trato de decirte es que... si tú quieres...

— ¿Qué?

—Si querías enseñarme lo que siente una mujer... con otra —ahora fue el turno de Ágata de

agachar la cabeza y musitar.

— ¡Oh, mierda! ¿No te estás burlando de mí? ¿Estás segura?

—Sí, creo que sí. Eres hermosa y me gustas. Además, nos conocemos de toda la vida. Por mucho que lo niego, desde aquella tarde, te veo de otra manera. Me gustaría mucho contentarte y tener una experiencia nueva. Es algo sobre lo que he fantaseado en ocasiones. Creo que todas las chicas lo hacen, en un momento o en otro.

—No quiero que sea por lástima —musitó Alma.

—No lo es, te lo juro. Es que... estoy intrigada, ¿sabes? —Ágata, entonces, la miró y, subiendo una de sus manos, la acarició el rostro, suavemente.

—Oh, Ágata, no sabes qué feliz me haces...

—Sí, pero esto debe quedar entre nosotras. Nadie debe enterarse. Además, tenemos que planificar el momento.

—Sí, claro. ¿Qué tal en mi casa este fin de semana? Mis padres se van al apartamento de la playa y mi hermano nunca para en casa cuando no están.

—Estará bien. Mientras tanto, será mejor que no nos veamos.

— ¿Por qué? —se desilusionó Alma.

—Porque, de esa forma, sabremos con seguridad cuales son nuestros sentimientos. Debo estar segura, ¿me comprendes?

—No, pero se hará como dices.

—No te pongas así. Para que veas que voy en serio, róbame otro beso.

Alma fue de nuevo cogida por sorpresa. Miró a su alrededor; no vio a nadie. Ágata mantenía los ojos cerrados y el rostro ladeado, esperando la caricia. Alma se inclinó sobre ella y besó los sensuales labios que la enloquecían. Esta vez, Ágata respondió a la caricia y lamió fugazmente los labios de Alma. Se separaron rápidamente. Alma sintió su corazón galopar, excitado. Caminaron hasta casa cogidas de las manos y sin decir ni una palabra.

Ágata, al igual que Alma, estaba deseando que llegara el fin de semana, aunque por un motivo diferente. La morena soñaba por las noches con aquella cita. Por fin, iba a tener a su amada entre

los brazos. En cuanto a Ágata, estaba un paso más cerca de volver con Frank. Las cosas estaban saliendo muy bien. No las había planeado paso a paso, pero era la intención que portaba: provocar a su amiga en el caso de que fuera cierta su condición homosexual. Frank no se equivocó, nunca lo hacía. Para él estaba claro y ella se aprovechaba de su consejo. La verdad es que tampoco fingía con Alma. Era cierto que la veía de otra manera. Se había revestido de una sexualidad que antes nunca fue capaz de ver en ella. Su romance con Jezabel, que aún se mantenía, la ayudaba a comprenderla mejor. Decidió fingir ignorancia en el tema sáfico; sería encantador que Alma llevase las riendas, tal y como a ella le gustaba. De otra cosa que estaba orgullosa, era de su actuación ante Alma. Asumió su papel de mujer herida con facilidad; la verdad, era que la herida era demasiado reciente y se desahogó en aquel momento. Pero cuando fingió molestarse y todo aquello, estaba actuando, y, en su opinión, merecía un Oscar.

Cuando Alma le abrió la puerta quedó bastante claro para Ágata que era el turno de la morena para intentar seducirla. Vestía una cortísima falda y una camiseta recortada justo por debajo de los senos, de color malva. Alma nunca llevaba faldas, ni cortas ni largas. Verla así impresionó a Ágata más de lo que suponía. Las bronceadas y esbeltas piernas de Alma atrajeron su mirada y se lamió los labios, excitada.

—Vamos, pasa —le dijo la morena, cogiéndola de la mano.

— ¿Seguro que tu hermano no vendrá?

—Seguro. Nada más irse mis padres, metió algo de ropa en un bolso y se largó. Creo que dijo algo de un piso alquilado o algo así. Apuesto lo que quieras a que estará de fiesta todo el fin de semana.

—Entonces, tenemos la casa para nosotras solas —se rio Ágata.

— ¿Has tenido algún problema con tus padres?

—No, que va. Nunca ponen pegas cuando vengo a tu casa. Llamaran por teléfono para ver cómo estamos, eso es todo.

—Todo el fin de semana para nosotras —le dio un suave codazo Alma.

—Sí, eso mismo.

— ¿Qué te apetece hacer? —le preguntó Alma, abrazándola por la cintura y pegándose a ella. Ágata aún no había soltado el pequeño bolso que llevaba en bandolera y que contenía un par de mudas.

—Bueno, no sé. Tú eres la experta en esto.

—Es que así, en frío... ¿Qué tal si vemos la tele un rato?

—Bueno. ¿Tienes alguna película interesante? No quisiera tragarme el tostón de todas las tardes.

—Buscaré en el cuarto de mi hermano, a lo mejor tiene una de esas de miedo.

— ¡Estupendo —se rio Ágata!

Las dos subieron las escaleras, cogidas de la mano. Ágata dejó su bolso en la habitación de Alma mientras que ésta rebuscaba en el cuarto de su hermano, entre las diferentes películas que tenía allí.

— ¡Eh, Ágata! ¡Mira lo que he encontrado! —la llamó Alma desde la otra habitación.

— ¿Qué es? —le preguntó la pelirroja acudiendo.

—Historia de dos putas. Hospital sexual. El internado. Fiesta depravada... Hay un buen puñado —dijo Alma sosteniendo un lote de películas de vídeo.

— ¿Porno?

—Ajá. Mi hermanito está bien surtido.

—Me gustaría ver una. Nunca lo he hecho.

—Yo tampoco. Escogeré una.

Alma escogió la del Internado. Las fotografías de la contraportada revelaban actrices jóvenes y hermosas y un par de escenas de lesbianismo. A lo mejor, ayudaba a calentar el ambiente, se dijo. Bajaron hasta la sala y cerraron las persianas.

— ¿Quieres palomitas? —preguntó Alma antes de sentarse en el sofá.

—Alma, esta película no es propia para eso. Además, no hace ni una hora que he almorzado. No, gracias. ¿Cuál has escogido?

—El internado.

—Muy apropiado —sonrió. Las dos se sentaron y Alma accionó el vídeo con el mando a distancia.

La película empezaba con tres amigas, jóvenes y hermosas; dos morenas y una rubia. Daban una fiesta en la casa de una de ellas. Cinco chicos esculturales estaban invitados. Empezaron a jugar al strip poker y pronto se celebró una buena orgía. Las chicas mamaban pollas alternaban con los chicos. La mayoría de las veces tenían a dos tíos por cada una.

—Hay que reconocer que esos tíos están buenos —susurró Ágata.

— ¡Psé!

— ¿De verdad que no te pone una buena polla?

— Bueno, no es que me sea indiferente, pero prefiero mirarlas a ellas. La rubia esa está muy bien. Fíjate qué tetas.

— No están mal, pero parecen operadas. Oye, Alma, ¿has mirado mucha a las chicas en el cole?

— No es algo de lo que me guste hablar, Ágata.

— Venga, tía, siento curiosidad.

— Sí, de vez en cuando miraba a una chica en particular, sobre todo en el vestuario o en las duchas. Durante una temporada, Cristina Fauller me ponía cachonda con esas inmensas tetas. Pero siempre te he admirado a ti; mientras estabas delante, todas las demás desaparecían.

— Vaya, eso es muy agradable —se sonrojó Ágata.

En ese momento, la orgía de la televisión acabó de mala manera. Los padres de una de las chicas regresaron antes de lo debido a casa y las pillaron in fraganti. Se armó una buena escena. Como castigo, mandaron a su hija, la rubia, a un internado.

— Tiene nombre de putilla: Tandy —dijo Ágata, de nuevo interesada en la película.

El internado era un tanto especial. La directora, una opulenta mujer de unos treinta años, castigaba, en ese momento, a una de las internas. El escenario parecía una celda de la Santa Inquisición. Una habitación colmada de aparatos de tortura. La chica, una morenita de pelo corto y ojos cándidos, estaba atada a un potro de madera, de bruces. Su falda aparecía levantada y las bragas bajadas. La directora la azotaba con un pequeño látigo, mientras que otra profesora le introducía a la chica un consolador en el coño. La morena chillaba, pero su expresión era de placer.

— Un poco fuerte, ¿no? —musitó Ágata.

— Sí, parece una cinta sadomaso.

La directora dejó de azotarla para colocarse a la cabecera del potro y remangarse la falda, haciendo que la joven le comiera el coño.

— Eso ya me gusta más —se rio Alma.

El castigo acabó y la rubia protagonista ingresó en el internado. Su compañera de habitación era una linda oriental, menuda y divertida. Aquella noche, la rubia escuchó como su compañera se masturbaba sin freno, ni vergüenza y ella la imitó. Alma miró a su amiga de reojo mientras sucedía la escena. Ágata no quitaba ojo de aquellos dedos que acariciaban las vulvas.

— Alma, ¿en qué piensas cuando te masturbas? —preguntó Ágata, tomando a su amiga por

sorpresa.

—Bueno, yo...

— ¿En mí?

—Sí, sobre todo. Aunque hay veces que imagino otras chicas.

— ¿Cómo me ves? Dime la verdad, por favor.

—Suelo imaginarte desnuda, ya sabes. Tumbada en la cama y esperándome...

—Es extraño saber que te ven así. No sé si estoy dolida o excitada.

—Ágata...

— ¿Qué?

—No preguntes más —dijo Alma, abrazándola y besándola en la boca.

El beso fue largo y profundo. Cuando se separaron, la escena en el televisor había cambiado y la rubia estaba lamiendo el coño de la oriental. Se quedaron abrazadas y muy juntas, sin decir nada y mirando la pantalla. La escena era buena y nada desagradable. Mantenía el ritmo y fluidez; las chicas no realizaban obscenidades, sino que se amaban lánguidamente. Alma tomó la mano de Ágata y, lentamente, la colocó sobre su muslo moreno y desnudo. La dejó allí, sin presionarla. Al poco, Ágata empezó a acariciar la piel, sin atreverse a explorar más. Alma tuvo que cogerla de la muñeca y tirar de ella para que la mano ascendiera por debajo de su corta falda. A partir de ahí, no tuvo que dirigir a Ágata. Esta había decidido que ya era el momento de dejar de hacerse la tonta; estaba excitada y quería probar a su amiga. Acarició la vulva por encima de las bragas; Alma se abrió de piernas y cerró los ojos, apoyando su frente en el hombro de su amiga. Se sentía en el cielo, ¿cuántas veces había imaginado esta escena? Ágata consiguió introducir sus dedos bajo la prenda y se apoderó del coño de su amiga. Lo notó totalmente empapado y se alegró. Su dedo índice presionó sobre el clítoris, insistentemente. Alma gimió y se recostó sobre el sofá

—No puedo más, Ágata... O te detienes y me dejas hacer a mí, o me lo haces de una vez.

— ¿Hacerte el qué?

—Lamerme el coño, ¿quieres?

—No sé hacerlo.

—Sí sabes. Verás qué fácil. Ven...

Con delicadeza, colocó su mano en la nuca de su amiga y la atrajo hacia ella, entre sus piernas. Se alzó la falda y Ágata le quitó totalmente las bragas. Alma se abrió de piernas, mostrando su sexo oscuro y velludo. Ágata, con afectada timidez, lamió la cara interna de un muslo, a la altura

de la entrepierna, pero su amiga la obligó a ir directamente al asunto. Lamió el coño de Alma y se asombró de que fuera tan distinta a Jezabel, distinta e igualmente maravillosa.

—Oh, sí, así, ya... ya... estoy casi lista... Ágataaa... —murmuró al correrse.

—Vaya. Esto no está nada mal —dijo Ágata, incorporándose y quitándose un pelo de la boca. --  
¿Y ahora qué?

—Espera un poco a que me recupere. Te devolveré esta caricia centuplicada.

Aquella tarde lo hicieron de nuevo, esta vez más calmadas, cuando se ducharon juntas, las dos desnudas. Retozaron bajo el chorro de agua, lamiéndose mutuamente e insertando sus dedos. Después, se vistieron y salieron a comer algo. Alma se asombró cuando Ágata, aprovechando que nadie la veía, le sobó las nalgas en la cola del McDonald. Cuando regresaron a casa, se fueron directamente al dormitorio de los padres de Alma y estuvieron gran parte de la noche amándose. Alma le confesó que no era virgen pero que sólo lo había hecho una vez.

Al día siguiente, sábado, Alma le trajo el desayuno en la cama y volvieron a yacer juntas después. En esa ocasión, Ágata bajó a la cocina y usó un plátano grande que introdujo en la vagina de su amiga a modo de consolador. Alma estaba muy contenta porque Ágata se aclimató muy bien a la situación. De hecho, la mayoría de las veces, era la pelirroja la que le metía mano y la incitaba, aunque después la dejaba hacer. Las chicas se unieron aún más, felices.

Cuando los padres de Alma regresaron, se pusieron tristes al tener que despedirse. Durante tres días habían vivido como pareja y ahora debían separarse.

Ágata se dijo que el momento había llegado. Alma dependía cada día más de ella. Habían pasado dos semanas desde que vivieron aquel fin de semana en casa de la morena. Ahora, Ágata la manejaba a su antojo, dejando que siempre llevara las riendas a la hora de hacer el amor, pero manipulándola. La incitaba en clase a la menor ocasión y habían llegado a hacer el amor en los lavabos y en un pequeño trastero. Alma parecía estar madura para no negarle nada a su amiga.

—Alma... —le dijo mientras se dejaba abrazar y ambas caían sobre la cama de Ágata. Estaban en su habitación, con la excusa de estudiar.

— ¿Sí?

—Lo he pensado mucho...

— ¿Qué has pensado? —preguntó Alma sin dejar de besarla y acariciarla.

—Me gustaría que probaras con un hombre.

— ¿Por qué? Ya lo he probado —Alma se retiró, extrañada.

—Has probado con un chico. Estoy hablando de un hombre; alguien con experiencia. Sería ideal para nuestra relación. Así podrías comparar, no sé. Yo lo hago a cada momento y comprendo que son dos cosas distintas.

— ¿Cómo de distintas? —Alma parecía ofendida.

—No te lo tomes así —dijo Ágata, sentándose ella a su vez y cogiéndola de la mano. —Me lo paso muy bien contigo y, ya ves, lo hacemos a cada instante, pero sé que un hombre te puede dar algo de lo que nosotras no disponemos. Me gustaría que lo probaras. Tú misma me has dicho que una polla no te deja indiferente.

—No es la polla, lo que no me gusta, sino el hombre. No puedo con su rudeza, con su machismo. Si la polla viniera por separado, te aseguro que tendría unas pocas en casa.

—Eso es porque no has conocido a un hombre cabal y maduro. Te aseguro que no es lo mismo.

— ¿Y dónde encuentro a ese ejemplar? —ironizó Alma.

—Alma, no puedo engañarte; no tengo derecho a hacerlo. Anteayer me llamó y nos vimos.

— ¿Quién? —se estremeció Alma.

—Él.

— ¡No jodas! ¿Habéis hecho las paces?

—Algo así. Lo siento, tenía que habértelo dicho, pero aún estaba demasiado confusa. No puede vivir sin mí, me lo ha dicho. Estos meses han sido un suplicio para los dos. Gracias a Dios que te he tenido a ti.

— ¿Y cómo sabes que no te volverá a hacer daño?

—Me ha dejado poner todas las condiciones que he querido. Estaba muy arrepentido, Alma, créetelo.

— ¿Y es por eso que me insinúas que debo buscarme un tío? ¿Por qué te vas a marchar con él?

—No, no sería capaz de una cosa así. Os quiero a los dos y me debato entre ese amor. ¡Lo estoy pasando fatal!

—Nunca te he puesto condiciones, Ágata. Lo entenderé si vuelves con él —le dijo la morena,

acariciándole la mejilla.

—No, no quiero dejarte, ni a él tampoco. Es a lo que le he dado tantas vueltas. Quiero compartiros.

— ¡Estás loca!

—Puede, pero ayer, cuando la solución me vino a la cabeza, me puse tan cachonda con imaginármelo que me tuve que masturbar. Quiero que folles con él, a solas, Alma, que lo conozcas, que él llegue a amarte también. Sería ideal. Después, los tres disfrutaríamos juntos.

—Tú no estás bien de la cabeza, Ágata. Aunque yo aceptara, ¿qué diría él?

—Es lo que quería contarte. Ya lo he hablado con él. Le he contado lo nuestro y vi la excitación en sus ojos cuando le hablaba de nuestro amor.

— ¿Cómo has sido capaz? ¡No tenías ningún derecho a contárselo!

—Lo sé, pero pensé que era lo mejor, sincerarme. Él está dispuesto a conocerte y revelarte su identidad. ¿Harías lo mismo? ¿Lo harías por mí, por nuestro amor?

—No sin saber quién es.

Ágata inclinó la cabeza. Esa era la parte dura, la parte en la que no actuaba. Por un momento, no se atrevió a decirlo, pero, finalmente, murmuró su nombre.

—El profesor Warren.

— ¿Qué?

—Frank Warren, nuestro profesor de arte dramático.

Alma se puso en pie, alelada, y la miró.

—Así que te saliste con la tuya; te entregaste a él, ¿no?

—Sí.

—Pero ese hombre tiene edad para ser tu padre.

—Es un hombre atractivo y maduro. Tiene mucha experiencia; es lo que intento decirte. No es un niño que va a lo suyo, ni es una aventura de un fin de semana; sabe comprometerse.

Alma se giró, sin decir nada más, y avanzó hasta la ventana. Estaba sopesando la situación y sus sentimientos. Warren era un hombre atractivo, ella misma lo reconocía, hasta encantador. Por otra parte, no quería perder a Ágata ahora que la había conseguido.

—Está bien. Aceptaré un solo encuentro con él. Si no me agrada, lo olvidamos. Pero quiero la garantía que no saldrá ni una sola palabra de su boca sobre nuestra relación.

—Alma, recuerda que él también está en tus manos. Sabes que salimos juntos. Podrías acabar con su carrera. Está bien; un encuentro.

— ¿Vendrás?

—No, es demasiado pronto.

Frank lo tenía todo preparado. Ágata le llamó por teléfono el día después, diciéndole que todo estaba solucionado. Alma consentía en entregarse a él, pero debía ser muy persuasivo y romántico. Él comprendió su juego cuando le contó los detalles.

—Te echo de menos, Frank —le dijo ella.

—Pronto podrás volver. Tu castigo está a punto de concluir. Yo también te he echado de menos, pequeña. —en cierto modo, era verdad. Frank echaba de menos la total aceptación de Ágata, aunque, en esos meses, había deambulado de una amante a otra, como antes de conocer a Ágata.

Sin embargo, se había acostumbrado a la carne joven y las mujeres adultas no le ponían como ella. Se mantuvo en sus trece, sabiendo que la dependencia de la chica era total y que le conseguiría otras chicas. Tenía muchos planes para su amante, planes muy divertidos.

Colocó las velas sobre la mesa del comedor. Alma vendría pronto para cenar y debía exhibir todo su talento con ella. La comida estaba preparada y bien sazonada con Loto Azul, no quería que se echara atrás en el último momento.

El timbre de la puerta sonó. Con una sonrisa, se arregló la corbata y fue a abrir.

—Hola, Alma —le dijo a la chica, que esperaba algo nerviosa en el rellano.

—Hola, profesor Warren.

—Frank, por favor.

La hizo pasar dentro, contemplándola. Alma se había esmerado en su físico. Llevaba una falda plisada y corta, de una tonalidad azul turquesa, que revoloteaba alrededor de sus torneados muslos a cada movimiento. Una camisa blanca, bajo la cual se marcaban los pezones libres de sujetador, y una rebeca roja completaban la indumentaria.

—Si hubiera sabido que sería tan formal, me habría puesto un vestido de noche —dijo ella, señalando la corbata y el traje de él.

—No te preocupes, estás muy bien, acorde a tu edad —contestó Frank mientras le servía una copa de vino tinto en donde había disuelto un poco de Loto Azul.

—Tienes una bonita casa.

—Sí, perteneció a mi familia —le dijo, entregándole la copa. —Supongo que te habrás asombrado cuando Ágata te contó nuestra relación, ¿no?

—Un poco, pero después me pareció lógica. Bebía los vientos por ti en la academia.

—Créeme si te digo que no busqué esta relación, pero aconteció y no pude resistirme. La quiero mucho, ¿sabes? Y estaría dispuesto a hacer lo que fuese para retenerla a mi lado.

— ¿También esto? No creo que sea un sacrificio.

—No lo es, Alma. Eres una chica muy hermosa, pero nunca te hubiera abordado si Ágata no me lo hubiera impuesto.

—Creía que era una fantasía muy masculina eso de tener a dos chicas en la cama —dijo ella, sorbiendo su vino.

—Tienes razón —sonrió él. —Pero agotadora.

—Tengo curiosidad por saber qué te dijo exactamente. No ha querido contármelo.

—Bueno, cuando nos vimos la supliqué que siguiéramos. Me contestó que no le hacía ninguna falta, que su vida estaba plena y que había dado un giro tan brusco que no la comprendería. Le dije que aceptaría cualquier cosa con tal de que vernos de nuevo y ella repitió que no lo entendería. La desafié a explicármelo. Le costó un poco, pero, finalmente, me contó vuestra relación. Me quedé con la boca abierta, sin saber qué decir. A cada palabra que decía, mis esperanzas se esfumaban. Notaba el amor que había entre vosotras.

Frank notó como Alma se sonrojaba. Su cuento iba bien, muy bien.

—Finalmente, la supliqué de nuevo, diciéndole que me convertiría en su esclavo si quería, que

sólo estaría allí como plato secundario, para cuando necesitara un hombre y que no intervendría nunca en vuestra relación. Creo que eso la ablandó un poco y lo pensó mejor. Fue entonces cuando puso sus condiciones. Si era capaz de complacerte como hombre y como compañero, no solo volvería a mí, sino que lo compartiríamos todo entre los tres.

— ¿Cómo distéis por sentado que yo aceptaría esa situación?

—Yo no lo podía saber, te conozco solamente de vista, pero Ágata estaba muy segura de lo que decía y de cómo actuarías, ¿me equivoco?

—Aún no lo sé.

—Pero estás aquí, ¿no?

—Le prometí a Ágata un solo encuentro. Si no funcionaba, adiós. No soy una feminista aferrada, ni me desagradan tanto los hombres cómo para rechazarlos. Sin embargo, me gusta mucho más la suavidad y ternura de una mujer. No soporto la agresividad masculina, eso es todo. Ágata me prometió que no eras así, que eras un hombre experimentado.

—Y estoy dispuesto a demostrártelo. ¿Cenamos ya?

Alma quedó impresionada por el ambiente que Frank había creado en el comedor. Los platos eran exquisitos y el vino ayudaba mucho. Sus modales también eran exquisitos y sus temas de conversación interesantes. Frank puso en juego todo su saber cómo actor y, finalmente, ayudado por el Loto Azul, lo consiguió.

—Ha sido una cena exquisita, Frank —dijo Alma, tragando su última cucharada de postre. Se sentía algo atolondrada y con calor. Supuso que sería el vino. Sus palabras ahora brotaban sin nerviosismo y una fuerte confianza brotó entre los dos. Ágata parecía tener razón, Frank no era como los demás hombres.

—Me gustaría seguir charlando un poco más. ¿Pasamos a mi estudio y te tomas algo? No sé, una Coca o algo así. Yo tomaré un buen coñac.

—Está bien. No tengo que volver a casa hasta las once; aún soy menor —dijo ella encogiéndose los hombros y riéndose. Frank la secundó en la broma.

—Quiero que comprendas que, aunque estás aquí, no tienes por qué sentirte obligada a... ya sabes —le dijo el profesor mientras servía coñac para él y un poco de licor de frutas para ella.

—Sólo prometí un encuentro, Frank, no que me acostaría contigo. Si lo hago, es porque quiero.

— ¿Si lo haces?

—Aún no lo sé —se rio tontamente la morena.

Frank se sentó en el mullido sillón de lectura y ella lo hizo frente a él, en el otro sillón compañero. Saborearon sus licores y se miraron.

—Es extraño. Nunca me he sentado a hablar así con una mujer. Bueno, con una mujer de tu edad, quiero decir. Me siento un tanto... cohibido.

—Entonces, ¿qué hacéis cuando estáis juntos?

—Salimos a pasear. Nos encanta ir al zoo, al cine, ver viejas películas de mi colección, actuar un poco. No sé. Me hace sentir mucho más joven y divertido. Me siento capaz de hacer locuras.

— ¿Y no habláis?

—Sí, pero lo solemos hacer en la cama o en la cocina, frente a una buena taza de chocolate. Es algo como un matrimonio, ¿sabes?

—Sí, me es conocido.

—Me encanta verla deambular con esas atrevidas falditas por toda la casa, a ratos, muy seria y adulta, a veces, traviesa y juguetona. Suele sentarse en mis rodillas cuando estoy leyendo o trabajando y hacerme cosquillas hasta hacerme abandonar lo que estoy haciendo. ¿Qué hace cuando está contigo?

—Bueno, me resulta muy raro hablar de eso contigo. Amamos a la misma persona y no siento celos en este momento. Ágata es mi mejor amiga y se ha convertido también en mi amante. Lo es todo en una sola persona. ¿Qué puedo decir que no hayas dicho ya? La conoces como yo. Me encanta cuando me incita en clase o en la calle, al meter su mano bajo mi falda o tocarme un seno atrevidamente. Me encanta ir de la mano con ella. Todo el mundo piensa que somos amigas, pero sus dedos me acarician la muñeca al mismo tiempo, como una promesa de lo que vendrá más tarde.

—Oh, Dios. Esa es nuestra Ágata. La extraña tanto —dijo Frank, con las lágrimas a punto de rodar. -- ¿Puedes hacerme un favor, Alma?

—Bueno.

— ¿Te importaría sentarte en mis rodillas, como lo hacía ella, mientras seguimos hablando? Es muy impersonal para mí y doloroso.

Alma se sorprendió de su propia reacción. Sentía pena por Frank y estaba más que dispuesta a sentarse en sus rodillas; es más, estaba deseando hacerlo. Si decir nada, se levantó y avanzó hasta él. Se sentó de lado sobre las piernas de Frank.

—Gracias. Siempre me ha hablado muy bien de ti, Alma. Te sorprendería saber cuánto te estima y te quiere. Sentí muchos celos cuando me contó vuestra relación. Me dio detalles turbadores, cómo

os besabais, cómo os acariciabais, cómo olía tu pelo —dijo inclinándose sobre ella y oliendo la nuca de Alma.

Ésta se estremeció levemente.

—Creí que quería hacerme daño contándome todo eso, pero, finalmente comprendí que sólo era lo que sentía por ti. No había maldad en sus palabras y te envidié aún más. Sin embargo, mi pene pensaba otra cosa. Sin duda os imaginaba en una de vuestras habitaciones, rodando sobre la cama, desnudas y felices. Me asombré cuando, a pesar de mi frustración, mi polla se irguió en vuestro honor.

Aquellas palabras susurradas a media voz, en su oído, hicieron palpar el corazón de Alma. La mano de Frank se posó sobre su rodilla; la palma estaba muy caliente.

—Ahora, vuelvo a sentir lo mismo y estás a mi lado. Yo...

—Frank...

—¿Sí, Alma?

—Cállate y bésame —gimió Alma, abriéndose de piernas y cerrando los ojos. Frank pegó sus labios a los de ella.

La mano del hombre profundizó entre las piernas de la chica, al igual que hizo su lengua en la boca de ella. Alcanzó con los dedos la entrepierna oculta por las bragas y palpó la tela empapada ya. Se dijo que tenía que estar muy cachonda desde hacía unos minutos. Acarició lentamente la cara interna de los muslos y la vulva, sin introducir un solo dedo bajo la prenda, enloqueciéndola. Era consciente que debía estar acostumbrada a la suavidad de otros dedos, así que nada de brusquedades. Mientras tanto, Alma le aflojaba la corbata y le abría la camisa, deslizando sus manos por el firme pecho del hombre. Sus caderas se movían bajo la caricia de Frank y aspiraba el sabor a coñac en su boca. Deseosa de un contacto más íntimo, se apartó ella misma las bragas, dejando sitio para la mano del hombre. Frank acarició el clítoris con suavidad para después introducir su dedo meñique en la vagina, insinuándolo más bien.

—Quiero verla... —susurró ella, apartándose un poco y bajando sus manos hasta el pantalón.

Desabrochó la bragueta e introdujo su mano, sacando el miembro desafiante y poderoso. La acarició voluptuosamente y con algo de curiosidad.

—Esta es la culpable de todo —dijo, frotando un dedo sobre el glande.

—Oh, sí, Alma... hazme lo que quieras...

La chica se dejó caer de rodillas y aferró mejor el miembro. Aunque no lo había hecho nunca, sabía qué se esperaba de ella. La probó con la lengua y no le desagradó en absoluto. La introdujo

en su boca, haciendo presión con los labios y formando un tope con la lengua. Lentamente, cogió el ritmo, gozando con el poder que le daba ver al hombre retorcerse a su mandato.

—No más... detente... para... —gimió Frank y ella se detuvo.

Los dos jadeaban. Frank se inclinó sobre ella y la ayudó a ponerse en pie.

—Ven sobre mí, te haré lo mismo —le dijo.

Alma colocó sus pies sobre el sillón, uno a cada lado del cuerpo de Frank, y así su pelvis quedó sobre el rostro del hombre. Éste le levantó la falda y le quitó las bragas, tirándolas al suelo. Aplicó su lengua al aromático coño y Alma creyó derretirse. Ágata tenía razón, Frank era todo un experto, suave y potente a la vez. Tuvo que apoyarse en el respaldo para no caer de rodillas; todo su cuerpo temblaba, próximo al orgasmo. Ella tampoco quiso correrse y se lo hizo saber. Frank la desnudó por completo, devorándola con la mirada. Ella le quitó los pantalones y la camisa. A pesar de su edad, el hombre se mantenía en forma. Se arrodilló sobre Frank, abrazándole por la nuca y hundiendo su lengua en la masculina boca. La polla rozaba su pubis y ella se frotó un poco más, ansiosa. Nunca había sentido tal deseo por un hombre ni por una mujer. Esa noche estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para apagar el fuego que ardía en sus entrañas. Sintió cómo Frank manipulaba en sus bajos, ayudando a la polla a encontrar el camino correcto. Alma se quejó, aquello no era un plátano, sino carne dura y gruesa, pero, finalmente, consiguió tragar la mayoría en su coño. Enardecida por la sensación, saltó sobre su regazo, incapaz ya de besarle. Mantenía los ojos cerrados y se lamía constantemente los labios. Frank, por su parte, la miraba fijamente, disfrutando de lo que veía, y acariciaba los menudos pechos cuyos pezones amenazaban con despegar de tientos que estaban.

—Oooh... ¡qué... gorda la... tienes!

— ¡Y qué estrecha eres, cariño!

—Uuuuuhh... me viene ya... ¡Me vieneeee! —exclamó ella, echando la cabeza hacia atrás.

En ese momento, Frank no pudo resistir más y sacó rápidamente su miembro, derramándose sobre el agitado pubis de la morena.

—Oh, Dios, qué bueno —jadeó él.

Permanecieron estrechamente abrazados, aún jadeantes y sudorosos.

—Ha sido magnífico —resopló ella.

—Sí, sublime. Sólo son las diez, ¿crees que aguantarás otro?

— ¡No me digas! ¡Eres insaciable! —se rio Alma.

—Sí, probemos otra postura.

Frank se levantó y se masajeó la polla, aún erecta por la pequeña porción de Loto Azul que se había tomado, la justa para saber qué hacía. Colocó a Alma de rodillas sobre el sillón, las manos en el respaldo y el trasero alzado. Masajeó aquellos glúteos, preparándose para embestir el coño por detrás.

“Tengo que convencerla de utilizar el ensanchador. Ese culo tiene que ser mío”, se dijo.

Ágata no cabía en sí de alegría. El encuentro había salido de maravilla; Alma parecía encantada con Frank. Ni siquiera se planteó la cuestión de los celos. Había cumplido su castigo y podía volver con él. Corrió los últimos metros que la separaban de la casa de Frank y llamó a la puerta con insistencia. Se echó en sus brazos en cuanto abrió, llenándole de besos el rostro.

—Amor mío, amor mío —susurraba.

—Ah, cuánto te he echado de menos, pequeña zorra. Ahora todo está olvidado —contestó él abrazándola contra la puerta, ya cerrada. —Huelo ese coño tuyo en sueños.

— ¿Qué sentiste anoche, cuando la follabas? ¿Te gustó? ¿Te complació?

—Sí, sí, pero no tanto como tú... Quiero follarte aquí, de pie, ahora...

—Sí, sí, estás dispuesto —dijo ella, cogiéndole el pene a través del pantalón, una polla endurecida.

Frank le dio la vuelta, colocándola de cara a la puerta, y le abrió las piernas, subiéndole la falda y rasgándole las bragas. Se desabrochó los pantalones y guio, sin más preámbulos, la polla hasta su estuche. Ágata gimió al ser traspasada. La había echado de menos. Frank bombeó, enloquecido, y ella jadeaba con la mejilla apoyada contra la madera y sus manos abiertas, aguantando el peso.

—Me la follé dos veces mientras pensaba en ti. Se volvió loca, esa putilla. No había probado una polla como la mía jamás. Hice una magnífica actuación que la conmovió. Le hablé de ti y de mí, de cómo follábamos como locos. Se abrió de piernas cuando se lo dije —le dijo él al oído.

—Sí, Alma... es así...

—Quiero follármela otra vez. Quiero compartirla contigo, que coma de nuestras manos, que sea nuestra esclava, ¿me ayudarás?

—Sí, sí... —dijo ella a punto de correrse.

— ¿Al cine? ¿Los tres? —preguntó Alma.

—Sí, Frank me ha llamado. Tiene entradas para la primicia. Quiere que vayamos los tres. Después, iremos a cenar y nos traerá de vuelta a tiempo —batió palmas Ágata.

—No sé. Me sentiré un tanto violenta.

—Vamos, no seas tonta. Después de todo, has follado con él.

—Está bien.

— ¡Perfecto!

Se encontraron con Frank en los aparcamientos del cine. Besó a Ágata en los labios, fugazmente, y se inclinó sobre Alma. Ésta le dejó que la besara en la mejilla, como buenos amigos.

—Nos vamos a divertir esta noche. ¡Me encanta las pelis de monstruos! —exclamó Frank, colocando sus manos en los hombros de las chicas y empujándolas hacia la rampa.

La sala del cine estaba repleta de gente y tuvieron que sentarse bastante cerca de la pantalla. Compraron palomitas y refrescos. La gente iba bien vestida para el estreno de la película, aprovechando el fin de semana. El verano estaba cerca y los vestidos eran livianos. Frank se sentó en medio de las dos chicas, bromeando y robándoles las palomitas. La película empezó y la sala quedó a oscuras. Como toda buena película de monstruos que se preciase, las escenas eran oscuras y tétricas y la sala apenas se iluminaba con los reflejos de la pantalla. Frank pasó uno de sus brazos por los hombros de Ágata, dejando descansar su mano sobre uno de los senos, que pellizcó y sobó a placer. Intentó hacer lo mismo con Alma, pero la morena se tensó y tuvo que apartar la mano. Era demasiado pronto. Ágata se dio cuenta y se giró en el asiento, quedando de perfil, apoyada sobre una cadera. Llevó su mano todo lo lejos que pudo, posándola sobre una pierna de Alma. La morena solía llevar faldas desde su relación con Ágata. Ésta la notó tensarse y juntar las piernas, pero no se amilanó. Empujó su mano con más fuerza, insertándola entre los muslos.

—Ábrelas —le susurró y Alma, a pesar de que Frank la miraba, obedeció.

Los dedos de Ágata jugaron sobre sus bragas, incitándola. Poco después, meneaba las caderas, enardecida. Ágata había introducido dos dedos bajo las bragas y le acariciaba el clítoris. Mientras tanto, Frank lo había intentado de nuevo con su brazo y, ahora, la morena no se opuso. Le acarició ambos pechos mientras su amante se dedicaba a la entrepierna. Ágata retiró su mano cuando intuyó que su amiga estaba a punto de correrse. Entonces, desabrochó la bragueta de Frank

y le sacó el pene. Volvió a estirazar el brazo y se apoderó de una de las manos de Alma, llevándola hasta el regazo del hombre y colocándola sobre el erguido miembro. Alma no retiró la mano, sino que empuñó la polla y se peleó con la mano de Ágata por su posesión. Sin embargo, no giró ni un solo instante la cabeza, la vista fija en la pantalla.

Ágata se abrió de piernas, sin soltar la polla de Frank, cuando notó como la mano de éste subía por sus muslos hasta apoderarse de su coño. En el otro asiento, Alma la imitó. De esta manera, Frank las masturbó a las dos mientras que le pajeaban a él. Cuando salieron del cine, los tres sonreían y Frank caminó con ellas, aferrándolas de la cintura. Se sentía Dios en ese momento.

Encuentros de este tipo se repitieron a lo largo de tres semanas. No importaba el lugar donde se encontraban, siempre había una buena ocasión para meterse mano. Alma le hizo una felación a Frank en el metro mientras Ágata vigilaba que no llegara nadie. Frank se folló a Ágata en el teatro mientras Alma les servía de pantalla y se masturbaba ella misma, al mirarles de reojo. Frank penetró a Alma en el túnel del amor de la feria mientras Ágata le masajeaba los testículos para que se corriera rápidamente, antes de salir por el otro extremo. Ágata y Alma se amaron en los lavabos de un restaurante mientras Frank pedía los postres y le llevaron los humores de sus coños recogidos en una copa para que los catase. Todo eran travesuras con las que se reían y se excitaban muchísimo, pero aún no lo habían hecho en serio, los tres en una cama, en la intimidad, y llegó el día.

Las chicas se excusaron ante sus padres, diciéndoles que una dormía en la casa de la otra y viceversa. Fueron hasta la casa de Frank, que las esperaba impaciente. No podía creer su triunfo. Las chicas se llevaban de maravilla entre ellas y acataban sus caprichos. Ni siquiera cenaron, a pesar de que la mesa estaba puesta. Las chicas sentaron a Frank en uno de los sillones y se arrodillaron entre sus piernas, lamiéndole el endurecido miembro por turnos y besándose ellas mismas apasionadamente. Entre risas y caricias, subieron al piso superior, en donde se desnudaron presurosamente. La gran cama fue testigo de todo el desenfreno, pues Frank había preparado una buena dosis de Loto Azul para cada uno. Se corrió la primera vez al contemplar como Ágata devoraba todo el coño a su amiga. El semen se derramó sin tocarse siquiera la polla, pero ésta siguió tan dura como estaba. Las penetró dos veces a cada una y sodomizó a Ágata. Alma se tumbó a su lado para ver muy de cerca como la polla entraba en el culo de su amiga. Finalmente, cayeron rendidos y se durmieron.

Al día siguiente, Ágata introdujo el ensanchador en el culo de Alma, las dos a solas en casa de la primera.

—Tienes que llevarlo cuatro semanas y te sentirás otra —le dijo.

—Me da miedo, pero me gustaría probar —le contestó Alma.

—Necesito ese ascenso. Lo llevo esperando toda mi vida. Quiero ser director de la academia —dijo Frank mientras cenaba con Ágata, a solas, en casa. Alma tenía compromiso con su propia familia; en otras palabras, no podía salir cada noche sin una buena excusa.

— ¿Y qué problema hay?

—Dimitri Pasco se opone a mi nombramiento y rompe el consenso.

— ¿Por qué?

—Apoya a uno de sus antiguos alumnos, un petimetre de Londres que ha participado en algunas obras en Picadilly. Pero, cambiemos de tema, ¿cómo lo lleva Alma con el ensanchador?

—Bastante bien. Le he puesto la segunda pieza y me caben dos dedos con holgura. Parece disfrutar mucho.

—Es toda una viciosilla. Tengo ganas de sodomizarla.

—Tendrás que esperar. No quiero que la dañes. Ayer la sorprendí masturbándose en clase de francés. Dice que el idioma la pone cachonda, pero creo que es el ensanchador. Goza como una loca.

Frank se rio, pero su semblante parecía preocupado.

— ¿Tan malo es? —preguntó ella, dándose cuenta de ello.

—Pienso que sí, querida. Si no consigo ese puesto, tendré que marcharme.

— ¿Por qué?

—No te lo quería decir para no preocuparte, pero va a haber un recorte de presupuesto. Quieren anular mis clases. Tendré que solicitar plaza en otra ciudad, quizás fuera del país...

— ¡Eso no puede ser verdad! ¡No puedes marcharte! —exclamó ella, asustada.

—Tendré que hacerlo; debo trabajar.

— ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

— ¿Qué puede hacer una estudiante?

—No lo sé. Quizá si hablo con Pasco...

—Tendrías que hacer algo más que hablar.

— ¿A qué te refieres?

—Pasco es famoso por sus amantes. Le encantan las chicas, las jovencitas, pero nadie dice nada porque tiene buenas conexiones. Se le van los ojos detrás de las chicas en clase y en los pasillos. Incluso le he visto fijarse en ti en más de una ocasión. Solo una cosa así puede hacerle cambiar de opinión, pero no puedo pedirte eso. Mañana mandaré solicitudes a otras academias y...

—Lo haré.

— ¿Qué has dicho?

—Lo haré —dijo con determinación. —Me lo follaré por ti, si quieres. Le haré cambiar de opinión.

—Ágata, no quiero que...

—Si es la única forma de que te quedes, lo haré.

Ágata tomó aire y pasó las manos por la estrecha minifalda, alisándola. Después, se lanzó al maremagno del pasillo y levantó una mano.

— ¡Señor Pasco! ¡Profesor Pasco! —llamó.

El aludido se dio la vuelta y la miró. Pasco daba clases de teoría teatral y técnicas de ambientación a los cursos superiores. No tenía aspecto de actor y parecía más bien un gorila. Bajo, peludo, ancho y fuerte. Debía de tener cerca de los cincuenta años, pero no había ni una sola cana en su pelo oscuro y ensortijado. La miró de arriba abajo cuando se le acercó.

— ¿Sí?

—Tengo que hablarle de un asunto privado, señor Pasco.

— ¿No puede esperar? Es la hora del desayuno.

—No le entretendré demasiado.

—Está bien, señorita...

—Ágata.

—Ágata. Muy bien. Podemos ir a mi despacho.

Ágata tragó saliva al caminar a su lado. Aquel hombre le daba asco, pero era necesario hacer lo que estaba dispuesta a hacer; por el bien de Frank y de ellas.

—Siéntese —le dijo el hombre señalándole la silla ante su escritorio. Él tomó asiento detrás. --  
¿De qué se trata?

—Señor Pasco, me envía Frank Warren... —dijo Ágata, soltando el aire que mantenía en su interior y enrojeciendo.

—Ah, entiendo. Es usted una especie de regalo, ¿no? —la sonrisa que brotó en el rostro del hombre era totalmente depravada.

—Algo así.

—Entonces, será mejor que venga aquí y se siente en la mesa. Está demasiado lejos para mi gusto —le dijo, golpeando con dos dedos su lado del escritorio.

Ágata se levantó y, subiéndose la falda para que no le impidiera el movimiento, se sentó en el borde de la mesa. Tragó nuevamente saliva y se obligó a relajarse.

—Ábrete de piernas, corazón —le dijo el hombre, tuteándola. —Veamos ese dulce coñito.

Ágata le obedeció y se abrió de piernas, mostrando sus bragas. Las apartó a un lado. El hombre se acercó mucho, resoplando sobre sus muslos.

—Ah, también es pelirrojo. Lo suponía —musitó al introducir un dedo. —Sí, muy suave y tierno.

El dedo de Pasco se cebó sobre el clítoris. Ágata sintió su coño reseco y las arcadas estuvieron a punto de dominarla. Se controló lo mejor que pudo y cerró los ojos, imaginándose que era Frank quien la tocaba. Sintió el chirrido de las ruedas de la silla al acercarse más a la mesa. Al segundo, la lengua del profesor se aplicó a su coño, ensalivando suavemente. Un estremecimiento le recorrió la espalda. Se estaba excitando cuando no lo creía posible. Apoyó sus manos atrás, sobre la mesa y se abrió aún más. Sus caderas rotaron, siguiendo el ritmo que le imponía la lengua masculina.

—Tienes un aroma muy peculiar —le dijo. —Me gusta. Ven, es hora de que me colmes.

Ágata abrió los ojos y le miró. Pasco estaba retrepado en su silla, con las piernas abiertas y sobándose la entrepierna, por encima del pantalón. La chica se bajó de la mesa y se arrodilló en el suelo, entre las piernas de Pasco. Desabrochó la bragueta e introdujo sus dedos. Se impresionó cuando sacó el miembro. No era excesivamente largo, pero sí muy grueso, surcado por gruesas venas azules. Una polla monstruosa.

—Te ha asustado, ¿verdad? A muchas le sucede lo mismo. Venga, chúpamela.

Ágata se la llevó a la boca y lamió su glande. Tuvo que abrir su boca al máximo para poder abarcarla. Casi se asfixió con ella dentro. El hombre gruñó y culeó dentro de su boca, follándola. Pasco no aguantó demasiado. La retiró con un movimiento y se puso en pie. La ayudó a subirse a la mesa y echarse allí, las rodillas en alto, los tirantes bajados. Con una mirada lujuriosa, le acarició los pezones mientras dejaba que su gruesa polla golpeará la entrepierna. Ágata estaba asustada, pero, al mismo tiempo, muy excitada. No sabía si podría dar cabida a ese miembro. Lo supo enseguida. Pasco la penetró con fuerza y ella gimió. Tuvo que moverse bajo las embestidas para adecuar su coño al pistón de carne. Pasco le metió un dedo en la boca y la obligó a abrirla. Dejó caer un buen hilo de baba dentro y le escupió en la cara. Ágata se retorció, asqueada, pero la fuerza del hombre era descomunal. La mantenía clavada sobre la mesa. Pasco restregó el escupitajo por todo el rostro de la chica al mismo tiempo que incrementaba sus embistes. Ágata lamió aquellos gruesos dedos húmedos, sintiéndose desfallecer por el placer. Nadie la había follado de aquella manera. No fue capaz de articular más que unos gemidos cuando el fuerte orgasmo la traspasó. El hombre, sin embargo, no había terminado aún; se salió de ella y la tiró al suelo, sobre la alfombra, de bruces. Se echó encima de ella, acariciándole las nalgas con la polla.

—Por el culo no, por favor... —suplicó ella.

—No te preocupes, sé que no te cabe. Sólo quiero follarte otra vez, por detrás.

Aplastada contra el suelo, Ágata soportó el peso y el aliento del hombre sobre su nuca, las piernas bien abiertas y la mejilla pegada contra el pelo polvoriento de la alfombra.

—Aaah, putilla, ¡qué bien te mueves y qué estrecha eres! —le susurró.

—Oooh, sigue, sigue... ¡por Dios, no pare! —consiguió articular ella.

—Me voy a correr... dentro de ti. Lo sabes, ¿no? Espero que... tomes algo...

—Hazlo, hazlo...

Pasco la empaló completamente al tensar los riñones en el momento de eyacular. Ágata gimió, dolorida, pero al borde de otro orgasmo al mismo tiempo. Se corrió cuando sintió el semen resbalarle por el muslo.

— ¿Apoyará usted al profesor Warren? —no pudo dejarle de preguntarle mientras arreglaba su ropa.

—Ya hablaré personalmente con él, no te preocupes. Ahora, debes marcharte. Llego tarde a mi clase.

Frank levantó la cabeza al ver entrar a Dimitri Pasco en su despacho. Le sonrió y se levantó de la silla. El griego le tendió la mano y se la estrecharon.

—Fenómeno ese regalo tuyo; me ha gustado mucho. Siempre has tenido buen gusto en mujeres. Quedamos en paz, desde luego, pero no te acostumbres a pagarme las deudas del póquer de esa manera, aún sigo prefiriendo los billetes de curso legal.

—Lo siento, Dimitri. Era una buena suma de dinero y no disponía de ella. Espero que hayas disfrutado.

—No lo dudes. Hasta luego.

Frank se quedó pensativo. Ágata y Alma podían serle de mucha utilidad en un futuro; sólo debía mantenerlas contentas y engañadas.

Frank abrazó a Ágata cuando la vio llegar a su casa. La llevó hasta el sofá y la sentó allí, sin dejar de abrazarla.

— ¿Cómo estás? —le preguntó.

—Bien, aunque un poco cansada.

—He estado a punto de correr detrás tuya para impedirlo, pero soy un cobarde en el fondo.

—Quería hacerlo, Frank. Me resultó desagradable, pero lo hice. Haría lo que fuese por ti.

—Gracias, amor mío. Al final de las clases tuve la contestación. Una lástima. No he conseguido el puesto, pero tampoco mi oponente de Londres. Bersens sigue con el puesto. Se lo ha pensado mejor y no se marcha. Pero tu esfuerzo ha servido para algo. Pasco me ha apoyado

incondicionalmente cuando le he dicho a la junta rectora que mis clases son necesarias. No me despiden; sigo al frente —mintió él, con toda facilidad.

— ¡Es una magnífica noticia! —exclamó ella, besándole.

—Sí, lo vamos a celebrar a lo grande. Llamaremos a Alma y le desvirgaré ese culito apretado.

Ágata se rio con aquellas palabras, pero, en el fondo, se sentía algo culpable por haberse corrido dos veces con Pasco. No se lo diría nunca a Frank.

Alma llamó a la puerta del despacho de Frank y entró. No sabía lo que quería, pero la había mandado llamar al acabar su clase de dicción. El profesor estaba repasando unos papeles y se levantó sonriente cuando la vio.

—Ah, Alma, querida. Pasa y ponte cómoda.

— ¿Qué pasa, Frank? —preguntó ella, sentándose.

—Tengo algunas noticias para ti. Pero, antes de nada, ¿qué tal tu trasero? Ágata me ha dicho que has acabado con las cuatro semanas del ensanchador.

—Deberías saberlo mejor que nadie en el mundo. Tú mismo me desvirgaste la semana pasada.

—Sí, es cierto. Era necesario. Lo siento, te hice daño —le dijo, colocándose a su lado y paseándole un dedo sobre los labios.

—No pasa nada, me gustó. Creí volverme loca de gusto en estas semanas, con ese aparato en el culo.

— ¿Sí? ¿Te gustaría hacerlo ahora, mi vida? —su mano se deslizó por las desnudas piernas de la morena, haciendo diabluras.

—Frank, Frank, tengo una clase enseguida...

—Puedo darte un pase. Me tienes loco, chiquilla. Quiero follarte de nuevo por el culo —dijo besándola repetidas veces. —Mira, compruébalo tú misma —le dijo, cogiéndole la mano y llevándola hasta su aprisionada polla.

—Oh, Frank...

Alma se atareó en sacársela y meneársela. Finalmente, se la llevó a la boca, haciéndole una

mamada a fondo, tal y como había aprendido. Frank la puso en pie y la apoyó, inclinada, contra la mesa. Le levantó la falda y se arrodilló detrás de ella, lamiéndole el trasero, ensalivándolo a consciencia. Alma movía sus caderas, deseosa de sentir de nuevo aquella polla en su culo. No tuvo que esperar demasiado. Con tiento y lentitud, Frank se la coló dentro, haciendo que Alma aplastara su torso sobre la mesa, tirando al suelo varios papeles y un juego de lápices.

—Ooh, Frank, me quema... tócame el coño... estoy a punto... de correrme... —gimoteó Alma, sacudiendo todo su cuerpo.

—No, aún no —le dijo él, levantándola y cogiéndole los senos desde detrás. —Tengo que contarte algo importante.

—Entonces, ve más... despacio...

El hombre la hizo caso y se frenó. Le colocó la boca en el oído y empezó a hablar.

—Hoy ha venido una persona buscando nuevos talentos. Produce una obra en el Transium, una de esas obras modernas y delirantes que gustan tanto. Quería alguien nuevo, buscaba talentos. Uno de sus personajes coincidía con tu perfil.

—Oh, Frank...

—Te recomendé de inmediato y quedó contenta con tu foto. Sin embargo, quería alguien del último curso. Al final, conseguí que te hiciera una entrevista informal, en su casa, para conocerte mejor. ¿Te interesa?

—Sí, Frank, sigue...

— ¿Follando o hablando?

—Las dos... cosas...

—Ya no es el momento —dijo incrementando su ritmo.

Alma se llevó una de sus manos al coño, acariciando su vulva y clítoris mientras el hombre bombeaba en su recto. Ella tampoco podía más; estaba a punto de correrse. Consiguió esperarse hasta que Frank se derramó en su interior, entonces, se dejó ir, gimiendo y estremeciéndose.

Sentada en el váter del pequeño cuarto de baño del despacho, se limpió bien el trasero y limpió, de paso, la polla de su amante. Frank siguió con el tema.

—Alma, ya sabes cómo es el mundo del espectáculo. Nadie te da una oportunidad sin algo a cambio. Seguramente, querrá acostarse contigo. Vi sus ojos cuando miraba tu foto. Debes estar completamente segura de que quieres hacerlo, sino, te arrepentirás después. No quiero que te hagan daño. Sé cómo son esas cosas.

—Pero, Frank, yo no quiero acostarme con otro hombre.

—Ni yo, tonta. Me sentiría celoso. No es un hombre, es una mujer, y muy hermosa, por cierto.

Alma se quedó atónita.

— ¿Una mujer?

—Sí. Sé que te gustan y que no te sentirías violenta en ese caso. Por eso pensé en ti inmediatamente. Quiere verte, mañana noche, en su casa, para cenar.

— ¿Cenar?

—Sí, a las ocho. Tengo su dirección apuntada. Es una persona importante y te podría ayudar mucho, aunque no consigas ese papel. ¿Te interesa? —le volvió a preguntar.

—Sí, creo que sí. Es una buena oportunidad. Además, tienes razón. No me sentiré violenta con una mujer. Pero quiero pedirte un favor, Frank.

—Dime.

—No le digas nada a Ágata de esto.

—Descuida. Será nuestro secreto —le dijo, besándola para despedirla.

—Gracias, Frank.

Alma contempló el lujoso edificio cuando se bajó del taxi. Esa mujer vivía en el ático y debía costar una fortuna. El portero la dejó pasar después de comprobar por el teléfono interior que la señora la esperaba. El ascensor la subió sin un ruido. La señora Denisson la esperaba en la puerta. Alma no se sintió defraudada. Frank tenía razón, era hermosa. Aparentaba unos cuarenta años, muy bien llevados. Su figura era espléndida aún y poseía una hermosa mata de pelo, teñido de rubio.

— ¿Alma, ¿no? —le preguntó.

—Sí, señora Denisson.

—Por favor, vamos a cenar juntas. Llámame Andrea.

—Claro, Andrea.

Alma admiró el ático cuando entró. Espacioso, con grandes ventanales y muebles caros y bien distribuidos. En medio de la amplia estancia que servía de salón y comedor, se encontraba una mesa redonda dispuesta con la cena.

—Eres mucho más bonita en persona. Esa foto no te hacía justicia —le dijo la mujer mientras escanciaba un poco de vino en unas copas. Se inclinó sobre el estéreo y puso algo de música suave.

—Gracias.

Se sentaron a la mesa, una frente a la otra. Alma recordó lo que Frank le había dicho antes de venir, “No saques el tema a relucir. No es una cena de negocios. No la presiones, es muy quisquillosa. Síguele el juego”. Andrea sirvió ensalada con pastas y más vino. Hablaron de sus estudios y de sus gustos. Andrea le contó algunas anécdotas de su propia juventud, de cuando trabajaba de modelo. Ambas se rieron. Se sirvieron el segundo plato, una exquisitez a base de carne con crema dulce.

—Posees una buena estructura facial. Eso me gusta —le dijo Andrea, al servirle el postre. Estaba a su lado y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos. —Define tu carácter. ¿Te has planteado hacer algo como modelo? No sé, quizá televisión o pasarela.

—No, nunca. Siempre he pensado en ser actriz.

—Ya veo.

Se tomaron el postre y Andrea se levantó para sentarse en un mullido sofá. Alargó una mano y tomó un cigarrillo de una caja plateada y lo encendió con un gesto lánguido. Se sirvió una copa del mueble cercano.

—Ven, aquí a mi lado. Seguiremos charlando, Alma.

La joven obedeció y se sentó a su lado, algo tímida. Esa mujer la impresionaba y no sabía cómo actuar. En un principio, creyó que por ser mujer estaría más cómoda, pero la verdad no era esa. Andrea la atraía con su hermosura y su experiencia, pero también le daba miedo meter la pata, así que esperó acontecimientos.

—Tienes una piel increíble —la volvió a acariciar el rostro con sus dedos. -- ¿Es natural este color?

—Sí. Tengo alguna mezcla de sangre por mis antepasados.

—Envidio tu juventud. Cuando se es joven, se piensa que todo es banal, que se puede conquistar el mundo con solo pretenderlo. Los años te enseñan que no es así —susurró Andrea al mismo tiempo que le acariciaba la rodilla que su falda dejaba al descubierto.

—Parece que usted ha conseguido llegar lejos, Andrea —musitó Alma nerviosa. La mujer se inclinaba cada vez más sobre ella.

—He luchado mucho para conseguir lo que poseo. Me gusta luchar, pero no en este momento. Voy

a besarte, Alma, quiero gozarte, y no pienso luchar para conseguirte, ¿lo entiendes?

Alma no pudo contestar, sólo asentir. Los labios de Andrea se pegaron a los suyos; su lengua se convirtió en una voraz serpiente que buscaba robarle el aliento. La cálida mano que mantenía sobre la rodilla de la chica, se movió lentamente, buscando un tesoro oculto bajo la falda. Alma notó su propia pasión cuando se abrió de piernas inconscientemente; lo deseaba tanto como Andrea. Mientras se besaban apasionadamente, Andrea fue subiendo la falda hasta dejar al descubierto sus bragas. Introdujo su mano bajo ellas y le acarició impudicamente, haciendo gemir a la chica.

—Ah, qué sexo tan virginal —musitó Andrea, apartándose y mirando hacia abajo. —Voy a besarlo, voy a adorarlo, pequeña...

Se inclinó hasta quedar con la cabeza entre los muslos de Alma, que se abrió aún más de piernas, colocando uno de sus talones contra sus nalgas. Andrea le bajó las bragas y las dejó en el suelo. Aplicó su lengua al coñito, con dulzura, con sabiduría. Alma cerró los ojos y colocó una mano sobre la cabeza de la mujer. Se agitó y gimió, enardecida por la lamida. Andrea, sin variar su posición, le cogió una mano y la llevó hasta su propio sexo, a través de una apertura que su larga falda escondía. No llevaba bragas. Alma hundió sus dedos en aquel coño profundo y experimentado, notando como se humedecía tremendamente.

—Ven, vamos al dormitorio. Estaremos más cómodas —le dijo Andrea, tomándola de la mano.

Frank, sentado en la cocina de su casa, miró el cheque entre sus manos. Cinco mil dólares. Una pequeña fortuna. Sabía que aquellas chiquillas podían serle de utilidad cuando fue a ver a Andrea con la foto de Alma. Conocía a Andrea desde hace años, desde que usó a varias de sus estudiantes para un pase de modelos, del cual se embolsó los beneficios, claro estaba. Andrea no era ninguna productora, sino la dueña de una cadena de tiendas de moda exclusiva. Pero eso, Alma no lo sabría nunca. Podía estar dándole largas todo el tiempo que hiciera falta. Andrea se pirraba por las menores, hermosas y dúctiles. Alma lo era y, además, lesbiana. Todo encajaba.

Los tres se hallaban desnudos sobre la cama. Acababan de hacer el amor. Frank encendió un cigarrillo y expulsó el humo hacia el techo.

—He decidido ser vuestro representante —dijo de sopetón.

—¿A qué te refieres? —inquirió Ágata.

—Ya sabéis que sois unas chicas con futuro, de lo mejor de la academia. Tengo una reunión mañana por la tarde con unos productores japoneses que están dispuestos a invertir en una obra nueva.

— ¿Qué obra? —preguntó Alma.

— “Por techo el cielo”, de Ivanoski. Hace tiempo que tengo un proyecto para hacerla en una sala comercial y no en la academia, pero para eso necesito dinero.

— ¡Woah, Ivanoski! No nos habías dicho nada.

—Bueno, lo he intentado tantas veces sin resultado que no me gusta hablar de ello. Pero ahora, tengo una buena oportunidad. Pero estos japoneses son muy puntillosos; no arriesgarán su dinero sin estar seguros o, por lo menos, contentos. Por eso mismo, quiero pedirlos que me acompañéis a la reunión.

— ¿Nosotras? ¿Para qué? —se extrañó Alma.

—Porque sois las protagonistas, porque si no —dijo, cogiéndolas por sorpresa.

— ¡Estupendo! —exclamó Ágata, besándole.

—Sí, pero, ¿qué vamos a hacer en esa reunión nosotras? —preguntó Alma.

—Sois mis socias. Así que os llevaréis parte en esto. Quiero que esos japoneses os vean bien, que se enamoren de vosotras, de vuestro talento. ¿Me ayudaréis?

—Claro que sí, cariño —contestó Ágata sin dudarlo.

—Bueno —dijo Alma. -- ¿Y qué haremos?

—Nada, sólo dejar que os miren y ser muy amables, pero que muy amables —dejó la frase en suspenso mientras miraba a Alma. Ésta le comprendió y le dolió. Frank se estaba cobrando el favor que le debía.

Su asunto con la Denisson ya duraba un mes, una noche por semana, y aún no había tenido noticias. Pero ahora, Frank implicaba a Ágata. Estuvo a punto de saltar, pero se lo pensó mejor. También sería un triunfo para ellas si conseguían el dinero. Valía la pena aguantar a unos japoneses y se aseguraría que Ágata lo comprendiera.

Frank entró solo en la sala de reuniones. Las chicas se quedaron en la sala de espera, vigiladas por la atenta mirada de una nipona que hacía de secretaria. Las chicas alucinaban con todo lo que veían. Frank las había llevado a Numasi Inc., una de las grandes corporaciones japonesas del país

y le habían hecho pasar enseguida. Ágata estaba un tanto nerviosa. Alma había hablado con ella muy seriamente aquella noche, explicándole lo que seguramente deberían hacer con los japoneses. Finalmente, comprendió su punto de vista y acordaron no decirle nada del asunto a Frank. Éste podía sospechar a lo que las estaba enfrentando, pero lo hacía con buen corazón.

—Bueno, chicas, es vuestro turno. Me han dicho que quieren que les recitéis algo. Suerte, os esperaré en el hall —dijo Frank, saliendo de la sala.

La sala de reuniones era amplísima, con una descomunal mesa oval en el centro, rodeada de confortables sillones. Todo el mobiliario era de corte modernista y el suelo estaba enmoquetado. Cuatro orientales estaban sentados a la mesa y se inclinaron cuando entraron.

—Por favor, ocupad estas sillas —les dijo uno de ellos en un perfecto inglés.

Les entregó unas cuantas páginas sueltas y volvió a inclinarse.

—Quisiéramos que nos leyeran esto, por favor. Utilizad un tono agresivo y realista. Primero una de ustedes, después la otra.

Ágata reprimió una carcajada cuando leyó sus folios. Era una larga lista de insultos y obscenidades.

—Pero esto es... —intentó decir.

—Por favor, empezad —la atajó un nipón. Los cuatro habían vuelto sus sillones hacia ellas y las observaban, atentos.

—Bueno, allá va —dijo Alma y empezó a leer. —Desgraciado hijo de una perra amarilla, tu padre era un alcohólico que se bebía los orines de las camareras para suplicarles una copa. No mereces más...

—Por favor, nos han dicho que sois actrices. Demostradlo. Tenéis que sentir lo que decís.

Alma carraspeó y tomó aire.

— ¡No mereces más que lo que tienes, rata de alcantarilla! —exclamó con desprecio. —Tu esposa se humilla a mis pies cuando te vas a trabajar, lamiendo mis tacones que antes he restregado sobre una mierda de perro. Se baja las bragas a un chasquido de mis dedos y me ofrece sus dones de mujer con toda impunidad. Cuando me corro, llama a tu hijita para que limpie la lefa de mi vagina con su lengua y, después, le ordeno que le coma el coño a su madre. Utilizo a tu hijo para contentar a mis amantes, que se apasionan con un efebo como él...

Alma se quedó muda cuando contempló cómo los japoneses abrían sus braguetas y extraían sus penes ya endurecidos.

—Prosigue —ordenó uno. Ella lo hizo, alternando su mirada entre los papeles y los nipones que se estaban masturbando mientras la escuchaban.

Ágata se remojó los labios, aturdida y confusa.

—Su semen salpica las paredes de tu casa y escribo tu estúpido nombre mojando mi dedo en él. Eres la personificación de la deshonra, de la estupidez. Todo lo que posees, lo ha conseguido tu esposa a golpes de coño y, ahora, tus hijas la ayudan en su tarea.

Los hombres seguían masturbándose lentamente, como si no tuvieran ninguna prisa, gozando con las obscenidades y la voz de Alma. Ésta acabó pronto su lista y Ágata siguió con la suya.

—Ahora es el momento de gozar de preciosas chicas occidentales —dijo uno de ellos, señalando con el dedo delante de ellos, sin dejar de acariciar su pene.

Ágata y Alma se miraron. Todas aquellas obscenidades y contemplar la masturbación de los hombres, las habían enardecido. Se levantaron de las sillas y se acercaron a ellos. Ágata se arrodilló entre dos de ellos y Alma la imitó. Cogieron con ambas manos aquellas pollas, alternando sus labios con el movimiento cadencioso de sus manos. Los nipones sonreían, extasiados. Se levantaron de sus sillones al cabo de unos minutos y las desnudaron. Entonces, sobre la moqueta, Ágata y Alma fueron poseídas una y otra vez por aquellos pequeños hombres de ridículos miembros pero que parecían disponer de una energía descomunal. Fueron embestidas por todas partes, en todas las posturas; tragaron sus pollas con la boca, una y otra vez; fueron sodomizadas por los cuatro, uno detrás de otro, hasta que rendidas y colmadas, acabaron regadas por el esperma de los cuatro.

Cuando bajaron para reunirse con Frank, estaban duchadas y algo más frescas.

— ¿Qué ha pasado allí dentro? ¿Qué os han dicho? —preguntó Frank.

—Nos hicieron un par de pruebas y ya está. No nos dijeron nada más.

—Parecéis agotadas.

-- Fueron unas duras pruebas —dijo Ágata, con una sonrisa de complicidad hacia su amiga.

Durante todo el verano, Frank nadó en dinero a costa de sus chicas. Con diversas excusas sobre sus carreras, las entregó al mejor postor de sus ricos conocidos. Cada vez tenía más contactos; unos les recomendaban a otros, hasta que, finalmente, conoció a Henry.

Henry Dafoe era un poderoso hombre de negocios, especializado en inversiones. Se había casado por tercera vez, con una mujer mucho más joven que él, a la que exhibía como un trofeo. Frank le conoció en una fiesta a la que acudió con sus dos amantes, una fiesta a la que fue invitado por uno de sus clientes y que sirvió para dar nuevas y falsas esperanzas a las chicas. Frank quedó prendado inmediatamente de Desirée, la esposa de Henry.

Desirée era una deslumbrante hembra, alta y rubia. Llevaba el pelo cortado a lo *garçon*, y sus grandes ojos azules le hechizaban. Era una mujer joven, que rondaba los veinticinco años, pero que disponía de un enorme glamour y, sin duda, de una experiencia increíble. Así lo demostraba con sus gestos y movimientos lánguidos, con su engolada voz que parecía arrastrarse por los rincones de la mente. Su figura era perfecta y sinuosa; vestía con elegancia y dejaba imaginar que era una fiera en la cama. Era tan diferente a sus amantes que Frank se quedó colgado. Aprovechó cualquier ocasión para verla, para hablarle. Intentó deslumbrarla con sus dotes de actor, con su apariencia y experiencia. Le envió flores y la citó, pero Desirée nunca contestó a sus insinuaciones.

Sin embargo, quien si respondió a todas esas invitaciones fue su marido. Henry parecía saber cuánto ocurría y se presentó en el despacho de Frank, por sorpresa. Al principio, Frank se asustó. Henry era un hombre poderoso y un enemigo que no deseaba, pero pronto se tranquilizó.

—Quiero dejar las cosas bien claras, señor Warren —le dijo Henry Dafoe, sentándose delante de su escritorio. —Mi mujer me ha contado todo y debo halagarle su buen gusto, pero, como comprenderá, Desirée me pertenece, en cuerpo y alma. Piénselo bien, en cuerpo y alma, y no es un farol.

—No sé a qué se refiere.

—Es la tercera vez que me caso, mi querido profesor. Las dos primeras fueron un fracaso, aunque me procuré descendencia, por supuesto. Ésta vez, decidí buscar lo que necesitaba y así encontré a Desirée. Me costó bastante, claro está. Las mujeres como ella no abundan, pero lo conseguí. Me gasté una fortuna en educarla, en embellecerla más allá de toda medida y me vendió su alma y su cuerpo por ello.

—¿Es usted el demonio? —sonrió Frank, un poco más confiado.

—Puede que sí. Hay mucha gente que me compara con el diablo, sobre todo mis enemigos. Pero volviendo a nuestro tema en común, señor Warren, nunca conseguirá que Desirée le haga caso, a pesar de su evidente apostura.

Con algo de desdén, Frank se comparó con el magnate. No existía comparación. Henry sólo disponía de dinero y de poder, pero, físicamente, no era nada agraciado. Un hombre mayor, de

unos cincuenta y cinco o sesenta años, con mucha manicura y cabello teñido alrededor de su calva. De estatura baja, Henry se asemejaba a un estibador de puerto. En su juventud, tuvo que ser un hombre muy fornido, pero ahora, los músculos se habían atrofiado, reemplazados por grasa. No era que estuviera demasiado gordo, pero se le veía lerdo y pesado, con un vientre abultado bajo su traje de Calvin Klein. Ostentaba un ridículo y recortado bigotito sobre su labio superior y lucía una doble papada que brillaba cuando sudaba. Sus ojos eran pequeños, mezquinos y astutos, de una tonalidad clara e imprecisa. Sin embargo, sonreía mucho, mostrando su aún fuerte dentadura, sana y blanca. No, no había comparación con la apostura de Frank.

—Entonces, ¿para qué ha venido si está tan seguro de ella? —preguntó Frank.

—Ah, veo que es usted astuto, señor Warren. Desirée no es más que un escaparate para mí, se lo aseguro. Mis gustos en mujeres van por otro lado, pero me gusta rodearme de belleza. Desirée luce mucho en las páginas de la sociedad. Créame cuando le digo que apenas la he tocado. Oh, sí, de vez en cuando me apetece cobrarle lo que me ha costado, pero muy de tarde en tarde. Así que me ocupo de satisfacerla cuando tengo la ocasión.

—¿Quiere usted decir que escoge sus amantes?

—Por supuesto. Lo mismo que haría con una perra con un buen pedigrí. Ahora bien, siempre procuro sacar un beneficio de sus amantes. No doy nada a cambio de nada.

—¿Me cobraría?

—No, aún no me ha comprendido, así que iré al grano. Tengo entendido que tiene a su disposición dos chicas jóvenes, ¿no es cierto? Y que comercia con ellas.

—¿Cómo lo sabe?

—Oh, soy un hombre muy bien informado. También sé que esas chicas lo hacen por amor, no por dinero. Las mantiene engañadas.

—¿Eso no puede demostrarlo!

—Ni me interesa, no se preocupe. Verá, me gustan las chicas jóvenes, adolescentes, y no quiero ningún escándalo. Le propongo un trato, usted me cede a sus chicas y yo le cedo la mía.

—¿Desirée como moneda de cambio?

—Sí, no se imagina los padres que me han entregado a sus hijas a cambio de poder acostarse con ella. Es perfecta para eso.

—Dios, es cierto que es el diablo.

—Me gusta pensarlo a veces. ¿Qué me dice usted?

—Sí, supongo que sí. Se las enviaré y...

—No, quizá no me he explicado lo suficiente. No deseo un canje, sino un intercambio momentáneo, in situ. Desirée no sale nunca sin mí. Quiero que usted vaya allí, con sus chicas, y las intercambiemos. Incluso puede que hagamos una cama redonda si lo prefiere. Es algo que enardece mucho a mi esposa.

—Será algo difícil. No lo he intentado nunca con ellas.

—Piénselo y llámeme. Aquí tiene mi número de teléfono. Le recomiendo que se abstenga de seguir persiguiendo a Desirée. Esta es la única forma que tiene de conseguirla.

—Entiendo.

—Chicas, la oportunidad de nuestras vidas se nos ha presentado —dijo Frank, mientras almorzaban en un McDonald's, a la salida del zoo. —Henry Dafoe, el multimillonario promotor de Hollywood, ha leído mi escenificación de “Por techo el cielo” y le ha encantado. No sé cómo lo ha hecho, pero ha conseguido la copia que les dejé a los japoneses. Está dispuesto a invertir mucho dinero en una película, ya no hablamos de una obra, sino de toda una película de Hollywood, pero hay un problema.

— ¿Cuál? —preguntó Alma.

—Junto con la copia, también consiguió vuestras fichas personales.

—Y nos quiere a nosotras, ¿verdad? —adivinó Ágata.

—Sí, eso me temo. Es vuestro turno de decidir. No quiero influenciar en vosotras, pero se trata de

mucho dinero y de una oportunidad única. Sé que habéis hecho todo lo posible con otros promotores, pero éste es el bueno, ya lo veréis.

—Frank, sabes que lo hemos hecho antes. Te ayudaremos.

—Bueno, ese no es el problema mayor. Quiere organizar una fiesta muy privada, en la finca que posee, y quiere que yo esté allí, con vosotras. Puede que la cosa se desmadre y deba acostarme con su... esposa —Frank lo dijo como si le disgustase.

—Bueno, querido, es hora de que también te pringues —le dijo Alma, devorando su hamburguesa.

—Bueno, quizá sí. Tenéis razón, no lo había pensado de esa forma —interiormente, Frank se alegró de que la cosa saliera tan bien. Las chicas estaban acostumbradas a ceder sus cuerpos a cambio de una oportunidad y ésta era una más para ellas, aunque para él fuera algo personal.

—Necesitaremos organizar una excusa para nuestros padres —dijo Ágata.

—Sí, no están muy contentos últimamente con tanta salida y entrada —repuso Alma.

Frank detuvo el coche frente a la imponente verja. Desde allí, podían ver la mansión al fondo, rodeada de árboles y jardines; era todo un palacio.

— ¡Vaya caserón! —exclamó Ágata.

La verja se abrió y siguió conduciendo hasta detenerse ante la enorme mansión. Una doncella salió a recibirles y le condujo al interior. Admiraron el lujo y el gusto del millonario. Henry y su esposa, Desirée, les esperaban en un amplio recibidor, decorado con buenas obras de arte.

—Ah, aquí están mis invitados —dijo, saliéndoles al paso.

—Señor Dafoe —le saludó Frank. —Les presento a mis alumnas, Ágata y Alma.

—Un placer, señoritas, un verdadero placer —les dijo, dándoles la mano. —Mi esposa Desirée.

Tanto Alma como Ágata admiraron a la preciosa mujer que inclinó la cabeza ante ellas, pero no dijo ni una palabra. Más que una esposa, parecía otra obra de arte expuesta. Era perfecta, ni una mácula en su rostro o una desproporción en su cuerpo, puesto de manifiesto por el elegante y estrecho traje chaqueta que vestía. Ágata se giró hacia Frank, pensando que no sería ningún disgusto para él acostarse con esa belleza, y lo pescó devorando a la esposa del millonario con

los ojos. Sintió un pellizco en la boca del estómago. Los celos y una justa cólera se apoderaron de ella. Tanto ella como su amiga habían tenido que lidiar con vejestorios y sátiros para que sus carreras y la de Frank tuviesen una oportunidad y, ahora, a las primeras de cambio en que debía actuar con ellas, Frank babeaba por aquella mujer. No era justo, nada justo.

—Espero que hayan traído alguna ropa, les he invitado a todo el fin de semana —dijo Henry.

—Sí, traemos lo necesario en el coche —contestó Frank.

—¿Algún problema para vosotras, jovencitas? ¿Vuestros padres, acaso?

—No, ninguno —sonrió Alma.

—Bien, entonces pasemos al comedor. El almuerzo ya está servido. Charlaremos mientras comemos.

La comida resultó exquisita y la conversación esperanzadora. Henry parecía saber muy bien lo que quería, no como los otros promotores que habían tenido que soportar. Les hizo bastantes preguntas sobre sus estudios, sobre sus familias y cómo repartían su tiempo. Les pidió referencias y un extenso currículo. Sin embargo, Ágata prestaba solo la mitad de su atención. La otra mitad la dedicaba a observar a Frank que no cesaba de intentar entablar conversación con Desirée, sin éxito. La mujer masticaba en silencio, con unas maneras exquisitas y elegantes. Le miraba cuando le hablaba, sonreía si venía al caso y seguía comiendo. No contestó ni una sola vez. Ágata, a pesar de su furia, se preguntó si sería muda. Le parecía increíble el descaro de Frank. No tenía más ojos que para Desirée, ni siquiera prestaba atención a lo que decía Henry.

—Querida, ¿cuál es nuestro porcentaje en los estudios Valmont?

—Posees un 32% de las acciones libres y dos votos en el consejo de dirección.

—Eso es. Nunca me acuerdo. ¿Qué sería sin ti y tu maravilloso cerebro?

Era la primera vez que Desirée hablaba y su voz sonó de una forma sensual y aterciopelada, muy bien modulada.

—Creo que querías decirle algo al guionista, ¿no es así? —le sonrió Henry a su esposa.

—Existen varios errores de escenificación en la copia que obra en mi poder. Sobre todo, a partir de la cuarta escena, páginas cuarenta y ocho a la setenta y dos. Asimismo, varios diálogos se repiten confusamente y se apartan de la obra original, generando ramificaciones que quedan inconexas a lo largo de la obra. Sería necesario pulir un poco más todo eso antes de empezar a escribir el guion cinematográfico —dijo, mirando directamente a Frank.

Incluso con el embeleso que le aturdía, Frank comprendió que aquella diosa no era sólo un cuerpo y un rostro bonito, poseía un astuto cerebro bajo sus cabellos.

—Poseo un doctorado en Literatura contemporánea, señor Warren —respondió a la muda pregunta --, además de algunos masters.

Acabaron de almorzar y tomaron café en el recibidor.

—Lo mejor será dejar al señor Warren repasando esos fallos con mi esposa. Mientras tanto, me encantaría enseñar la finca a estas dos jovencitas y conocernos un poco más, ya que trabajaremos juntos muy pronto —dijo Henry. — ¿Prefieren un paseo a caballo o bien en vehículo?

—En vehículo, señor Dafoe. No sabemos montar —contestó Alma.

—Oh, por supuesto, pero, llámame Henry, por favor.

El millonario las invitó a seguirle y se marcharon detrás de él.

—Me has dejado boquiabierto con tu experiencia —se volvió Frank hacia la esposa de Henry en cuanto salieron de la habitación.

—Suele pasar, señor Warren.

—Oh, podemos dejarnos de formulismos. Me gusta que me llamen Frank, incluso mis alumnos me llaman así.

—Sí, creo que es usted muy popular entre las alumnas de cierta edad.

—Bueno, no suelo buscar aventuras en clase, pero no puedo hacer nada con esas chiquillas. Algunas veces, me gustaría ser más viejo, más sabio...

—No es usted muy modesto, que digamos.

—No, contigo nunca. Soy totalmente sincero —un hilo de sudor resbaló desde las sienes del hombre. Su labio superior estaba perlado también. Frank sentía un fuerte calor en todo su cuerpo y sus ojos la devoraban. Nunca se había sentido así, tan lujurioso y agresivo. Se pasó una mano por la frente.

— ¿Se siente bien, Frank? —le preguntó ella.

—Sí, solo tengo un poco de calor. Desirée —susurró, levantándose de su sillón y sentándose a su lado, en el sofá. —No puedes saber lo que siento por ti desde que te vi en aquella fiesta. No dejo de pensar en ti, en tu confinamiento. Me gustaría llevarte conmigo, escondernos del mundo...

—Creo que va demasiado deprisa, Frank —rió ella, escabulléndose de la mano de Frank, que intentaba coger la suya. —No estoy prisionera aquí, sino por propia voluntad. No me interesa la mundanidad que existe fuera de estas paredes. Los hombres como usted me dan pena; estáis demasiado apegados a vuestro orgullo, a vuestra pasión, como para descubrir la realidad de la vida.

—Pero... tu marido es...

— ¿Viejo? ¿Feo? ¿Gordo? —dijo ella, enarcando las cejas. -- ¿Tiene eso algo de malo? ¿Hay alguna ley que lo prohíba? Me gusta mi marido tal y como es. Lo acepté entonces, y lo sigo haciendo. Estoy acostumbrada a generar pasiones en los hombres, desde muy joven, y siempre los he mantenido a raya. Está usted aquí porque mi marido desea gozar de esas dos jovencitas. Me entregaré a usted solo porque Henry me lo ha pedido, como parte del trato. La verdad, no me desagrade físicamente, pero sí moralmente. Por eso mismo, debo decirle que nuestra relación será pura y llanamente física. Después de eso, no deseo volver a verle. Para su información, el calor y la pasión que debe sentir en ese momento es causada por una fuerte dosis de Loto Azul que se le ha servido en el café, solo para asegurarme de su potencia, claro está.

— ¿Me habéis... drogado? —tartamudeó Frank, perplejo por todo lo que acababa de escuchar.

—Sí, a usted y a sus chicas. Aproveche la ocasión, se ha convertido en un semental.

— ¡Mala puta! —exclamó Frank, lanzando sus manos hacia delante para aferrarla de los pelos, pero, con sorpresa, se encontró con que su cuerpo no reaccionaba bien. La mujer frenó su golpe con mucha facilidad.

—No creo que esté acostumbrado a esta variante de Loto Azul. Nos es suministrada directamente por una organización llamada La Granja tiene la virtud de potenciar la libido agresivamente, pero mantiene el cuerpo en un estado de relajación muy profunda. No es usted enemigo para mí en este momento. Ahora, le dejaré un momento para que la droga se apodere totalmente de usted y, entonces, me buscara por esta casa; me buscara para hacerme el amor, ese será su único deseo. Me gusta jugar al escondite, Frank, pero, cuidado, existen muchas trampas en el camino. Veremos si es capaz de encontrarme y llegar hasta mí entero.

Desirée se levantó del sofá con una dulce sonrisa y se marchó. Frank quiso ponerse de pie y perseguirla, pero el brusco movimiento le mareó y cayó sentado de nuevo. Estuvo unos segundos inspirando para calmarse y se volvió a levantar, despacio. Podía moverse con lentitud, como si estuviera borracho, pero su polla, en el interior de su pantalón, amenazaba con romper la tela.

Henry bajó con las chicas hasta el garaje, en donde se guardaban varios coches, entre otros, un Rolls, una limosina, un deportivo rojo, dos Continentales y otras lindezas por el estilo. Sin embargo, en esa ocasión, el hombre abrió la puerta de una camioneta pickup, con faros en la barra exterior antivuelco.

—Es el vehículo idóneo para rodar por el campo —les dijo.

Sólo había un asiento, pero amplio y mullido, así que las chicas se subieron al lado de Henry, que arrancó y salió del garaje. La finca parecía enorme cuando subieron a un altozano. Contenía dos lagos pequeños, una arboleda extensa, casi un bosque, y varios campos de césped, unos de golf y otros de equitación. Henry condujo hacia los lagos.

—Están completamente acondicionados —les dijo. —Son artificiales. Me costaron una fortuna, pero me gustan así, sin sorpresas. No quiero nadar y clavarme en el fango o que algo que desconozco me roce las piernas. El agua está reciclada y se puede bucear a la perfección. Mañana, si queréis, podéis bañaros. Dispongo de todo el equipo.

—Impresionante —dijo Alma.

Les mostró las caballerizas, los hoyos de golf más disparatados y una granja en miniatura de la que estaba muy orgulloso. A medida que transcurría la tarde, Ágata y Alma se sentían más confiadas y relajadas. Caminaban cogidas de las manos y, en diversas ocasiones, Ágata le tocaba el culo a su amiga. Se sentían calientes y alegres y no sabían por qué. Alma se dijo que, si quisiera, podría flotar en el aire. Se reían cuando Henry las tomaba de la cintura para enseñarles algo nuevo, o paseaba su mano sobre los muslos de la que se sentaba a su lado. Todo parecía casual, amistoso y sensual. Las chicas no habían ingerido la cantidad que se le había suministrado a Frank, sino menos de la mitad; por eso mismo, sus sensaciones eran vividas, pero no perdían el control.

—Bien, ahora os voy a mostrar mi sitio preferido, el lugar donde me escondo del mundo. Poca gente lo ha visto, así que me gustaría que lo respetaseis.

—Por supuesto, Henry.

El hombre condujo hasta el bosque y se internó entre los árboles, manejando el coche rápidamente, lo que asustó un poco a las chicas. Se notaba que estaba acostumbrado a alejarse del sendero que cruzaba la arboleda. Llegaron ante un claro, con una pequeña cascada en medio, que formaba un estanque susurrante. En un extremo del claro, una cabaña de madera se alzaba y las chicas se quedaron extasiadas al contemplarla.

—Parece sacada de un cuento de hadas —musitó Ágata.

—Así es —dijo él. —La hice construir especialmente, según mis propios diseños.

La estructura era típicamente alemana, de la Selva Negra, con ventanas estrechas y de medio punto, vigas exteriores y tejado cónico. No tenía más que la planta baja y estaba rodeada por una valla de madera, pintada en blanco. Un pozo artesanal se encontraba a un lado, dentro de la valla y un cobertizo al otro.

—Sus hijos deben pasárselo muy bien aquí —dijo Alma.

—Mis hijos no conocen esta parte. Además, son ya mayores y ninguno vive conmigo. Sin embargo, de vez en cuando, suelo traer algunos chicos por aquí y, la verdad, se sienten muy ilusionados. Seguidme, la visitaremos por dentro.

El hombre se paró delante de la puerta, después de cruzar la valla, y, galantemente, le hizo un gesto para que abrieran la puerta y entraran primero. Ágata giró el picaporte de latón y entró. El interior estaba en penumbras. Sólo algún rayo de luz entraba por las estrechas ventanas. Un hogar de leña se situaba en un extremo, con la chimenea recubierta de piedra. El fuego crepitaba bajo la gran marmita. Ágata y Alma se quedaron quietas cuando apercibieron la figura encorvada y sentada delante del fuego.

—Hola —carraspeó Alma.

La mujer no se movió ni contestó. Vestía de negro, con ropas muy ajadas y de basto paño. Un pañuelo oscuro le cubría la cabeza, aunque largas guedejas blancas le caían hasta la espalda por los lados. Parecía ensimismada en el fuego y en lo que estaba cocinando. Las chicas esperaron a que Henry entrase, sin saber qué hacer, cuando la anciana giró su cuerpo, mostrando un rostro completamente arrugado y feísimo. Abrió la boca desdentada y habló con una voz quebrada y siniestra.

—Ah, una joven y tierna visita para la bruja del bosque.

Las chicas se estremecieron y escucharon la risa de Henry detrás.

—No os preocupéis. Sólo es la vieja Erie. Es un autómatas construido en Japón. Impresiona, ¿verdad?

— ¡Vaya que sí!

La mujer se volvió de nuevo hacia el fuego y se quedó inmóvil.

—Se activa al abrir la puerta, al mismo tiempo que se enciende el fuego cuando se pisa una célula al pasar por la valla. Más de un chico ha salido corriendo, no lo dudéis. ¿Queréis un refresco? Dispongo de todas las comodidades aquí —dijo, tirando el cajón de un viejo y ajado mueble que contenía platos de barro y metal. El panel cedió por completo, revelando que se trataba de la camuflada puerta de un frigorífico.

—Bestial —dijo Ágata, riéndose.

—Televisión, vídeo, Hifi, calefacción, climatizador... —dijo mostrándoles los aparatos debidamente camuflados.

—Es como una casa de muñecas —dijo Alma.

—Exactamente. Es mi casa de muñecas, tú lo has dicho. Y ahora, os mostraré la parte secreta, mi

santuario.

Henry salió de la cabaña y se dirigió al cobertizo, seguido por las chicas. Entraron en él. Estaba lleno de heno y de trastos viejos. Un carro con una rueda rota yacía en mitad. Henry tocó una parte de la viga central y descubrió un hueco en el que se ocultaba un pequeño panel con dígitos. Tecleó una numeración y el carro se alzó, dejando aparecer una rampa.

— ¡Esto es mejor que una película de James Bond! —exclamó Ágata.

—Seguidme.

La rampa era estrecha e iluminada por un solo foco. Descendía unos diez metros bajo la superficie y se detenía, recuperando la horizontalidad, delante de una puerta baja y de aspecto robusto. Un nuevo panel de dígitos se encontraba a la vista, a un lado de la puerta. Henry volvió a marcar y empujó la puerta. Encendió la luz y las chicas pudieron ver una amplia habitación amueblada de forma sencilla. Un gran armario de cuatro puertas, una cama de matrimonio, un gran escritorio con un ordenador y una gran pantalla de televisión. Al fondo, una puerta permanecía cerrada.

—Suelo venir aquí a pensar, a relajarme o cuando tengo ganas de jugar.

— ¿Jugar? ¿A qué?

Les hizo un gesto para que le siguieran y abrió la puerta del fondo. Cuando penetraron en la siguiente estancia, se quedaron alucinadas. Se encontraron en el interior de un templo, de alto techo e iluminación tétrica. Braseros que se encendieron automáticamente, antorchas que les siguieron de la misma forma, y muchos aparatos dispersos, aparatos extraños que llamaron la atención de las muchachas. En el centro de la estancia, como si la presidiera, se alzaba una gran rueda de tortura, con ataduras por todas partes. Más allá, un potro, acolchado e inclinado, estaba cubierto de sangre seca. En un rincón, una Doncella de Núremberg las miraba sin vida. Una silla inquisitorial, de hierro, estaba apoyada contra la pared. Una gran rueda de madera y clavos de hierro presidía el centro de la sala. Otros muchos aparatos, sin sentido para las jóvenes, se hallaban en la sala.

— ¡Es una sala de torturas! —exclamó Alma.

—Sí, pero acondicionada para el placer. No soy un sádico, sólo un poco perverso, me gusta representar escenas. La sangre es falsa por supuesto —dijo Henry, mirando en la dirección que lo hacía Ágata. —Aquí nadie sufre daño, puede que un poco de molestia, pero nada más. Nada corta, ni pincha, golpea o estiraza.

— ¿Qué hay detrás de esa puerta? —preguntó Alma, señalando al fondo.

—Sólo es el cuarto de baño. ¿Queréis verlo?

— ¿Es así de tétrico?

—No, es normal.

—Entonces, lo dejamos.

— ¿Qué os parece?

—No sé. Estoy impresionada, eso sí —dijo Alma.

—Yo estoy cachonda —se rio Ágata. —Es todo tan extraño que... me gusta.

—Es lo que intento. ¿Te gustaría probar algún aparato?

—No sé. Me dan un poco de miedo.

—El miedo es bueno; activa la adrenalina. No te preocupes, no te harán daño.

—Bueno, está bien —aceptó Ágata.

— ¿Y tú, Alma?

—Estoy intrigada. Creo que me gustaría participar.

—Bien, entonces el juego ha comenzado y hay que jugar bien desde el principio. Os procuraré unas vestimentas adecuadas.

Regresaron a la habitación anterior y Henry abrió el armario. Dentro del mueble, se adivinaba una colección de lencería y vestimentas eróticas inimaginable.

—Suelo vestir a mis “víctimas”, pero, en esta ocasión, os dejaré elegir. Mientras prepararé los aparatos.

— ¿Estamos locas? —preguntó Alma cuando el hombre se marchó.

—No, solo cachondas. Estoy tan salida que me follaría a cualquiera en este momento.

—Eso es lo raro, yo también me siento así. ¿Nos habrán dado algo?

—No me importa. Tengo la mente despejada, sólo que veo las cosas con claridad. Mira, Frank debe estar follándose a ese bombón en estos momentos. No sé cómo ni por qué, pero me da en la nariz que ha venido sólo por ella. Se la comía con los ojos. Así que voy a follar con ese promotor hasta reventarle los huevos y sin que me importe nada más. Además, todo esto me pone a cien, eso no es mentira.

Alma se encogió de hombros, dándole la razón. Ella pensaba igual. Ágata rebuscó entre los vestidos y escogió uno por el color, rojo vivo. Al tirar de la percha, leyó una etiqueta: “Caperucita Roja”.

— ¡Genial! Me voy a poner éste.

Alma optó por un traje de sacerdotisa que se componía de una túnica blanca y dorada, abierta por los laterales. Un montón de bisutería completaba el disfraz. Su piel bronceada destacaba poderosamente con el blanco impoluto de su túnica. Al igual que Ágata, no utilizó ropa interior. Ágata, por su parte, se miraba en el espejo.

—Si saliera vestida así a la calle, me violarían nada más llegar a la esquina —dijo.

La falda apenas le tapaba el sexo. El vuelo surgía desde las caderas. Unas medias rojas, hasta el muslo, le tapaban las piernas. El corpiño se ajustaba a sus senos, pronunciándolos poderosamente, sin camisa alguna debajo. Una corta capa, con caperuza, completaba el traje. Se afirmó sobre sus zapatos de tacón alto y se pasó las manos por las caderas.

— ¡Estás de muerte! —la alabó Alma, metiéndole mano en el trasero, bajo la falda.

— ¡Anda que tú!

—Señoritas, ¿estáis list...? —preguntó Henry abriendo la puerta. Se quedó con la boca abierta. -- ¡Madre mía! ¡Sois perfectas!

Pasaron de nuevo a la sala de torturas y Henry le preguntó a Ágata cuál prefería.

—No sé, no los conozco.

—Te recomiendo la Doncella de Núremberg. Es perfecta para novatos.

—Está bien.

Henry abrió el pesado sarcófago de metal y las chicas pudieron observar que las terribles púas del interior habían sido cambiadas por flexibles tubos que remataban unas pequeñas ventosas.

—Espera un momento, tengo que medirte —le dijo Henry, impidiendo que se colocara la chica en el interior.

— ¿Medirme?

—Sí. Es sólo un instante.

Después de comprobar las medidas de la pelirroja, Henry ajustó una serie de controles a la espalda del aparato y la ayudó a introducirse en él. Ágata tuvo que colocar los pies en unas plataformas que aprisionaron sus tobillos con argollas acolchadas. Sus brazos estaban pegados al cuerpo, embutida dentro del sarcófago. Henry pasó otras argollas a las muñecas, dejándola inmóvil.

—Ahora, tengo que aplicarte un poco de crema. Te aflojaré un tanto el corpiño —le dijo Henry.

Las manos del hombre sudaban, quizá por la excitación, al liberarle los senos. Sacó de alguna parte un tubo de crema y la aplicó lentamente en el busto, vientre y muslos de la chica. Ágata ya resoplaba, muy caliente.

—Bueno, ahora di adiós a la luz. Feliz estancia, Ágata —dijo el hombre, cerrando la cincelada puerta.

Ágata contuvo el aliento cuando escuchó el ominoso chasquido de la cerradura. Estaba totalmente a oscuras dentro. Sintió como las ventosas se le pegaban a la piel, en diferentes lugares. Otras se posaron sobre su ropa. Estaban frías y su tacto se asemejaba a la piel humana. Por un momento, en la oscuridad, fantaseó con la idea de que se trataban de bocas masculinas que se pegaban a su cuerpo. de repente, sintió unas suaves cosquillas bajo las ventosas; unas cosquillas que aumentaban a cada segundo. Era como un masaje. Lo encontró relajante y divertido. Las cosquillas se convirtieron en un hormigueo. Quiso rascarse, pero no podía moverse. Contorsionó su cuerpo, pero lo único que consiguió fue que las ventosas se pegaran aún más. La sensación era ya agobiante.

En ese momento, sintió algo que le presionaba las nalgas, algo duro y suave a la vez. Vibraba contra sus cachetes y se contorsionaba. Se asustó un poco y se movió de nuevo, pero no consiguió retirarse de aquello. Algo reptó por sus muslos, hasta colocarse en su entrepierna abierta. También vibraba y se agitaba. Lo que fuese, goteaba entre sus piernas, algo viscoso, con la consistencia del aceite. Llamó a Henry, pero su voz retumbó en el interior del sarcófago; sonó asustada.

En el exterior, Henry miraba fijamente la Doncella, con Alma a su lado.

— ¿Qué está pasando dentro? —le preguntó ella.

—La Doncella mantiene en su interior un circuito de bajo voltaje que se aplica a través de las ventosas. Produce una sensación electrificante, a veces grata, a veces frustrante. El gel que le he puesto a tu amiga, amplifica el contacto. Varios consoladores surgen de las paredes, a la altura del sexo y de las nalgas, frotándose contra la carne y descargando un aromático aceite. Creo que Ágata tiene que estar a punto. Comprobémoslo.

Henry retiró la tallada cara de la Doncella y apareció el rostro de Ágata debajo. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta, en una expresión de goce y de miedo, al mismo tiempo. La chica los miró durante un segundo y después se abandonó de nuevo a las sensaciones.

Ágata descubrió finalmente qué la tocaba en los bajos. La presión y el movimiento de los vibradores eran constantes. Frotando sus nalgas con el que tenía atrás, consiguió que su breve falda se alzara lo suficiente y dejó que el aparato vibrara entre sus cachetes. De esa forma, teniendo el borde la falda enganchada, lanzó su pelvis hacia delante e hizo lo mismo con el

delantero. Alternó el roce entre uno y otro, volviéndose loca de placer. Los chorros calientes de aceite resbalaban por sus muslos e inundaban su pubis. Acabó creyendo que varios hombres se corrían sobre ella, sin descanso.

—Henry... Henry... sácame... no puedo... más... me corroooo... —jadeó, mirándole.

Con una sonrisa, el magnate desconectó la máquina y la ayudó a salir. Ágata jadeaba y se tuvo que apoyar en él.

—¿Qué te ha parecido?

—Creí morirme ahí dentro. Me he corrido tres veces, sin parar.

—Sí, es una máquina perfecta.

—Ahora tú. Pruébala —le dijo Ágata a su amiga.

—No, prefiero otra. Me da algo de claustrofobia.

—Te recomiendo la rueda, Alma.

La joven se dejó convencer y la ataron, de pies y manos, encima de la gran rueda central. Henry, después de comprobar las ataduras, le levantó la túnica hasta dejarla completamente remangada y cogida al cinturón dorado que portaba. De esa manera, sus piernas quedaban abiertas, mostrando su sexo.

—Perfecto, un coñito perfecto —dijo Henry, paseando fugazmente su dedo por él.

—¡Eh, no te aproveches! —dijo riendo la morena.

Henry tomó un mando con cable, muy parecido al de una grúa, que colgaba de una columna, y apretó uno de los botones. La rueda se puso en marcha, girando lentamente.

—Vaya, es como un columpio —dijo Ágata.

—Es más que eso. Fíjate bien.

De entre las abiertas piernas de Alma, surgió un dispositivo telescópico, rematado en forma de pene. Henry lo desplegó hasta rozar la vulva de la morena. Alma intentó cerrar las piernas, por reflejo, pero no pudo hacerlo debido a las ataduras.

—¿Qué es eso? —exclamó.

La rueda cambió su ritmo y se desplazó gracias a un eje oculto, volcándose para un lado o para otro. Según el movimiento, Alma se alejaba de la polla artificial o se sentaba encima. Ágata contempló, con una sonrisa, como su amiga dejaba de pedir que parasen y buscaba acoplarse con aquel miembro que la enloquecía con su roce. Henry jugaba con el control para alejarla cada vez

que creía conseguirlo. Alma suspiraba e imploraba que la dejaran hacerlo, que la dejaran acabar. Finalmente, Henry subió un poco más el miembro artificial y la chica se contorsionó como pudo para atraparlo con su vagina. Entonces, la rueda cambió su ritmo de nuevo y empezó a vibrar, haciendo que el consolador telescópico se agitase en el interior del coño de Alma, como si fuese un hombre bombeando.

—Oh, es demasiado —dijo Ágata, poniendo una de sus manos en el hombro de Henry y la otra abajo, cogiéndole el miembro. Henry siguió manejando el mando, con una sonrisa en los labios.

—Eh, veo que nos vamos animando —dijo él.

—No, animada no; yo ya estoy lanzada de nuevo —respondió Ágata. —Déjala que goce. Gocemos nosotros...

Ágata se colgó del cuello del hombre y le besó largamente en la boca. A pesar de no ser un hombre atractivo, había algo en él que la atraía; quizá fuera el poder que ostentaba o la perversión que les confesaba, lo cierto era que Ágata lo quería para ella.

—Abajo, abajo... —susurró él, poniéndole una mano en la cabeza y obligándola a arrodillarse.

Ágata quedó justamente delante de la bragueta y sus dedos la desabrocharon antes de que fuera consciente de ello. Sacó un miembro muy normal y lo enfundó con su boca. Sobre la rueda, Alma se retorció, empujando con sus caderas. El miembro artificial derramaba algo de líquido en su interior y la enloquecía. Miraba de reojo, cuando la rueda se lo permitía, lo que estaba haciendo su amiga.

—Ven, ven, sobre el potro —la instó Henry, levantándola del suelo.

—Sí, sí, dónde quieras, pero métemela, por favor... —murmuró Ágata, completamente obsesionada. El Loto Azul estaba haciendo un efecto muy poderoso en el organismo de las chicas.

Henry la colocó de bruces sobre la tabla acolchada del potro. Ágata jadeaba, impaciente. Le quitó la capa y el corpiño de un manotazo, pero le dejó la brevísima falda roja y las medias, así como los zapatos. Le ató los brazos arriba y las piernas abajo, bien abiertas. Ágata movió el culo, desesperada. Pero Henry no tenía ninguna prisa. Desactivó la rueda y ayudó a bajar a Alma de ella. La joven lo aferró por la entrepierna, ansiosa por correrse, ya que no había podido hacerlo.

—No, espera, espera. Déjame que te quite la túnica...

Lo hizo desde atrás, besándola en los hombros y nuca.

—Mírala. Contempla cuán indefensa está —le susurró al oído, señalando hacia Ágata, que no cesaba de gemir. -- ¿No te la has imaginado nunca así? ¿Qué estarías dispuesta a hacerle? ¿Qué es lo que más deseas?

Alma jadeó bajo el impacto de aquellas palabras que nublaban su mente. Se imaginó azotando a su amiga y casi se corrió, sin tocarse.

—Quiero pegarle...

—Adelante, es toda tuya. Hazlo. Toma.

Henry le entregó un pequeño látigo de corto mango, confeccionado con tela. Él mismo tomó una larga pluma de avestruz. Alma, látigo en mano, se situó al lado del potro, mirando a su amiga. Henry aprovechó el momento para tensar más las cadenas, estirando a la pelirroja hasta que gruñó. Alma dejó caer un golpe sobre las blancas nalgas que se estremecieron.

—No... no me pegues —susurró Ágata, pero Alma estaba segura de que quería que siguiera. Golpeó de nuevo, enrojeciendo uno de los glúteos.

Dejó caer otro golpe contenido sobre la espalda abierta. Henry cosquilleó con el suave plumaje el coño de Ágata.

—Así, así, al mismo tiempo —susurró el hombre.

La mezcla de dolor y caricia la volvió loca. Ágata se contorsionaba, intentando conseguir más placer para llegar al orgasmo, pero ni siquiera podía frotarse contra el acolchado.

-- Oh, Ágata —jadeó Alma, soltando el látigo y pegándose a la espalda de su amiga.

Le comió la boca con pasión, haciendo que sus dedos penetrasen el coño inundado. Frotaba su pubis desesperadamente contra las nalgas enrojecidas. Henry manipuló la tabla del potro y cambió su oblicuidad por una horizontalidad que dejó a las chicas tumbadas sobre una cama perfecta, aunque algo dura. Se dedicó a acariciar ambos coños expuestos con la larga pluma. Sin embargo, su propia libido no le dejó continuar. Se echó encima de Alma y la penetró. Aguantó justo lo suficiente como para que ella obtuviera su orgasmo. Después, en la misma posición, se la metió a Ágata y se corrió dentro de ella, nada más hacerlo. Alma, apenada por su amiga, echó a Henry a un lado y le metió la lengua en el coño, lamiendo el esperma y arrancando aullidos a la pelirroja, que acabó por correrse entre sollozos.

Frank salió al pasillo, tambaleándose. El terrible sofoco de su cuerpo le estaba matando, así que se paró, apoyó la espalda contra una pared y se desnudó totalmente. Su polla parecía un ariete dispuesto para conquistar un castillo. El glande goteaba líquido preseminal en abundancia. Nunca se había sentido así e, interiormente, estaba asustado. Su mente sólo pensaba en satisfacer su

lujuria, como una obsesión, frenando cualquier pensamiento racional. Prestó atención, pero no escuchó nada. No parecía haber nadie en las inmediaciones. Avanzó pasillo adelante hasta llegar al final, en donde desembocó en una amplia estancia vacía. Era una sala de baile, con espejo y pasamanos al fondo. Se detuvo un instante ante las fotografías de varias adolescentes vestidas con faldas de tul y mallas. Hubiera dado lo que fuese por tener a una de esas delante y follársela.

Atravesó la sala de baile corriendo. Sus pies descalzos no hicieron ruido sobre el parqué. La puerta al fondo le llevó a un nuevo salón, más pequeño, y decorado con motivos orientales. Tampoco se veía a nadie. Recorrió otros pasillos y otras habitaciones y llegó a la conclusión de que se había perdido. La mansión era muy grande y él no estaba en sus cabales. De pronto, al torcer una esquina, escuchó un ruido metálico. Sonrió ferozmente y avanzó encorvado, como un depredador. Había encontrado la cocina, la amplia y organizada cocina. Se asomó con cuidado a la puerta abierta. De espaldas a él, una doncella se afanaba con una serie de platos. Sin duda, estaba preparando la cena. Sintiendo el fuerte pulso en las sienes, Frank la contempló. No debía tener más de veintidós años y era preciosa, como todas las chicas que trabajaban en la casa. Ahora que lo pensaba, como si una inspiración le hubiese asaltado, no había visto a ningún hombre en la casa, sólo mujeres.

La chica llevaba uniforme, cofia incluida; un uniforme que le dejaba los muslos al descubierto y bastante ceñido al cuerpo. La chica era de estatura media, con un cabello castaño no muy largo y recogido en una cola de caballo. No pudo entrever bien su rostro, pero se le antojó atractivo, con unos ojos grandes y una boca sensual. Avanzó con cuidado a sus espaldas, hasta tomarla por sorpresa y aferrarla por detrás. Le puso una mano en la boca y la otra se disparó hacia los esbeltos muslos. La chica intentó gritar, pero no pudo. Se debatió entre los brazos de Frank, pero éste se había convertido en un ser primitivo, ansioso de sensaciones fáciles. Frank metió la mano bajo la amplia falda, subiendo hasta la entrepierna, y la introdujo entre las bragas. El coño era cálido y con poco vello. Para impedir que se debatiera más, Frank la apoyó contra la mesa y se echó encima, sin dejar de sobarle el pubis. Rozó la polla contra la falda, deseoso de penetrarla. No supo cuándo sucedió, pero la doncella lamió los dedos que le tapaban la boca y sus manos bajaron para acariciarle las desnudas caderas. Parecía complaciente ahora que sabía lo que quería de ella. La soltó y le levantó la falda. Rompió las bragas de un fuerte tirón y condujo su polla, sin más preámbulos, hasta la vagina, desde atrás. La chica se quejó un poco.

—¿Cómo te llamas, puta? —jadeó él.

—Eve... Eve.

—Bien, Eve, muévete, cabrona, hazme gozar...

Inclinó aún más a la chica sobre la mesa, haciendo que descansara su busto y su mejilla sobre los

canapés que estaba preparando, llenándose toda. Le alzó una rodilla con una mano y embistió rápidamente. Pero, aunque estaba muy cachondo, la droga no le dejó correrse tan fácilmente. Eve ya jadeaba, totalmente abandonada. Le sacó la polla y le dio la vuelta, cogiéndola a pulso. La llevó, de esa manera, hasta dejarla sentada sobre uno de los poyos de la enorme cocina. Ella le abrazó con sus piernas cuando se la volvió a meter. La tomó por la cola de caballo, haciendo que la cofia cayera al suelo, y la inclinó lo suficiente como para besarla profundamente en la boca. Mientras tanto, sus manos le arrancaron los botones de la oscura camisa, dejando sus redondos pechos al descubierto. Los apretó con saña, con terrible deseo. La sintió quejarse en su boca, pero no dejó de empujar. La chica se corrió con un fuerte estremecimiento e intentó apartarse, pero Frank siguió, haciendo oídos sordos a sus súplicas. Finalmente, con un rugido se corrió, sacando la polla a destiempo y acabando de rociar la entrepierna de la chica con su semen. Ella le miró con los ojos muy abiertos. Sin una palabra, Frank salió corriendo de la cocina, desnudo y con la polla totalmente tiesa y dolorida.

“¿Dónde está? ¿Dónde está esa puta? ¡Quiero follarte, Desirée! ¡Joder! ¡Vaya con la criada! No ha puesto pega ninguna. Debe de estar acostumbrada a que la traten así o... ¡Espera! ¿Y si ha recibido órdenes de Desirée para entretenerme?”

Frank no se daba cuenta de que era víctima de una aguda paranoia, producida por la droga. Siguió buscando en el piso bajo, hasta que se convenció de que allí no había nadie más. Así que buscó alguna escalera que subiera. La encontró al fondo de un pasillo secundario, seguramente utilizado por el servicio. La escalera era estrecha y de madera. Los escalones crujieron con su peso. Encontró varios trasteros al final de la escalera, ocupados con ropa de temporada y viejos muebles. Una nueva puerta, al fondo, le condujo a través de una galería cubierta con cristales. Los rayos del sol le calentaron la piel.

La galería le llevó hasta un invernadero. Supo que estaba en el piso intermedio, en un ala. El techo del invernadero se veía desde el exterior y le había llamado la atención al bajarse del coche. Si seguía adelante, pensó, se encontraría con el ala principal, donde deberían estar las habitaciones de los dueños. Se abrió camino entre las grandes plantas que se cultivaban allí. Más que un invernadero, parecía un terrario gigante. Al pasar delante de un ficus de raíces colgantes, algo atrapó su mirada. Enganchadas a una de las ramas bajas, unas braguitas celestes, de seda, se balanceaban. Las cogió con la mano y las frotó contra su rostro. Las aspiró con anhelo.

— ¡Sí! ¡Son tuyas, Desirée! Llevan tu olor; lo reconozco. Las has dejado aquí para que te encuentre, ¿verdad? —dijo en voz alta, frotando las bragas contra su erecto pene.

A toda prisa, salió del invernadero, acuciado por su necesidad. Se detuvo cuando atisbó el nuevo pasillo. Cuatro puertas permanecían cerradas. Abrió la primera. Era un dormitorio, pero no había

nadie en el interior. Rezagando, abrió la segunda y la tercera; se encontró con lo mismo. Dormitorios de invitados, elegantes y vacíos. Sin embargo, en la cuarta puerta le esperaba una sorpresa. También se trataba de un dormitorio, pero, a diferencia de los demás, no estaba vacío. Frank se quedó quieto en la puerta, contemplando al chico que yacía sobre la cama, atado y desnudo. Era joven y hermoso. Frank nunca había experimentado una atracción homosexual, pero, en ese momento, su polla parecía pensar por él. Un largo escalofrío le recorrió el cuerpo mientras paseaba su mirada por las esbeltas caderas del muchacho. Éste se debatía sobre la cama, intentando desatarse, pero no lo consiguió. Lo miró, suplicante.

—No... no me haga daño —le pidió, sabiendo que Frank no estaba allí para ayudarlo, al verle desnudo y empalmado.

—¿Qué haces tú aquí? —gruñó Frank, acercándose.

—No lo sé... Me... desperté aquí atado. Yo... iba al colegio. Por favor, no me haga daño... Seré bueno...

Frank se sentó a su lado, sobre la cama, y le pasó una mano por el pelo, apartando el largo flequillo de los inocentes ojos. Sus dedos bajaron hasta deslizarse sobre los labios. Un nuevo estremecimiento se apoderó de Frank.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó con un susurro.

—Thomas.

—Thomas... —repitió Frank, descendiendo con su mano sobre el pecho desnudo del chico.

—Thomas, necesito que me ayudes.

—Sí, sí, lo que usted diga, pero desátame...

—Lo haré, Thomas, lo haré, pero antes debes ayudarme. Me siento morir y necesito desahogarme. Eres hermoso...

La mano de Frank bajó hasta el sexo del muchacho y lo acarició. Era incitante y embriagante. El chico era de una belleza casi afeminada.

—Por favor, no... —suplicó Thomas, pero Frank ya no escuchaba.

Se subió a horcajadas sobre el pecho del muchacho y le puso la polla en la boca. Thomas se debatía, intentando apartarse de aquel órgano hinchado, pero un duro gruñido brotó de la garganta del hombre, como si fuese un animal salvaje, y decidió cooperar. Abrió la boca y se tragó el miembro. Frank gimió, pero no se dio cuenta de la pericia que el muchacho mostraba. Era evidente que no era la primera vez que hacía aquello. Culeó un poco dentro de la boca y se estirizó hacia atrás para aferrar, con una mano, el sexo de Thomas, que ya estaba empezando a

crecer. Acarició su glande y sus testículos, con urgencia.

—Te soltaré... cuando acabemos —susurró, apartando su pene de la boca que lo aspiraba. Se tumbó sobre Thomas y le besó largamente en la boca. Era como la de una chica, cálida y suave.

Restregó su sexo contra la entrepierna del muchacho, dejando rastros de líquido preseminal en su vientre. Thomas, solo atado por las muñecas, se abrió de piernas y movió sus caderas para que el roce fuera más intenso.

—Quiero probarlo... —musitó Frank, descendiendo su lengua sobre el ombligo hasta llegar a coger con los labios el pene de Thomas. Era un miembro delgado y pequeño, aromático cuando aspiró sobre él. Le gustó el sabor y la sensación cuando lo lamió. No supo parar, a pesar de saber que el chico estaba a punto de correrse cuando empezó a rotar sus caderas bajo la caricia. Dejó que eyaculara dentro de su boca y se tragó el espermatozoide, curioso por saber a qué sabía.

Su polla era ya monstruosa y latía sordamente. Los testículos le dolían debido a la intensa excitación. Sin más palabras y sin soltarle las ligaduras, Frank giró al chico sobre la cama, dejándolo de bruces y con las manos cruzadas y estiradas por la posición y las ligaduras. Escupió y embadurnó el ojetete del ano. Cogiéndole por las caderas estilizadas, se abrió paso en el ano con lentitud y firmeza. Thomas gritaba y se agitaba, pero no podía apartarse. Pronto, Frank la tuvo toda dentro y se sintió exprimido. Era el culo más estrecho que había probado en su vida. Su polla ardía al contacto con las entrañas. Bombeó suavemente pero aprisa, deseando descargar, pues todo su cuerpo se lo pedía. Al hacerlo, cayó hacia delante, todo su peso sobre la espalda del chico, y gimió con desesperación. Quedó jadeante pero no desahogado. Su polla seguía estando dura y el orgasmo había sido pasajero, ínfimo.

—Desátame...

—Ahora no, pero volveré, no lo dudes —dijo con un inusual brillo en los ojos. Quería seguir probando a ese muchacho y lo haría.

Salió al pasillo y giró a su término. Una nueva puerta al fondo, cerrando el pasillo, y otra en un lateral. Abrió la segunda, que era la que se encontraba más cerca en su camino. Lo primero que le llamó la atención, fue la cortinilla roja que cubría parte de la pared, a su izquierda. No se trataba esta vez de un dormitorio, sino de un tocador o algo así. Algunos sillones, un comodín y un armario completaban el mobiliario. Avanzó hacia la cortinilla y la apartó. Ésta cubría una ventana que no daba al exterior, sino a otra habitación. Era un falso espejo por el que se podía espiar. A través de la ventana, contempló a Desirée y jadeó al verla.

Estaba sentada en una cama con dosel, vistiendo un salto de cama casi transparente que indicaba que no llevaba nada más debajo. Delante de ella, de pie y con las manos a la espalda, en una

postura tímida, se encontraba una jovencita. Desirée le estaba diciendo algo, pero el sonido no llegaba hasta él, quizá debido al grueso cristal. Con la polla pegada contra la pared, vio como Desirée metía sus manos bajo la falda plisada de la muchacha, y las subía lentamente, poniendo al descubierto los esbeltos muslos. Sin quitarle la falda, le bajó las bragas hasta dejarlas en el suelo. Después, la obligó a arrodillarse en el suelo y se abrió de piernas, echando a un lado la transparente bata. Llevó el rostro de la joven hasta su depilado coño y la dejó que la lamiera a fondo. Desirée se retorció sobre la cama; sus manos colocadas sobre la cabeza morena de la chiquilla. De vez en cuando le tiraba de las coletas frondosas que nacían de las sienes.

Frank no lo resistió más y salió corriendo de la habitación para abrir la otra puerta, esperando encontrarse con la escena. Pero la puerta del fondo del pasillo no accedía al dormitorio, sino a unas escaleras que bajaban. Sorprendido, se quedó quieto, intentando adivinar qué ocurría. Pronto comprendió que la ventana no era tal, sino una pantalla, y que lo que estaba viendo sucedía en alguna parte de la mansión. Regresó al tocador y siguió mirando, cada vez más frenético. En aquel momento, Desirée había tumbado a la joven de bruces sobre la cama y le había levantado la falda por encima de la cintura, dejando al descubierto sus nalgas. Le abrió las piernas y fue su turno de lamerle el coño, desde detrás, repasando tanto la vagina como el esfínter. La joven tenía el rostro hundido en la ropa de la cama y sus manos, cerradas en puños, aferraban las sábanas al sentir el delicioso placer. Tras unos minutos, Desirée abrió un cajón de la cómoda que tenía a su lado y blandió un delgado consolador que lamió y humedeció. Después, lo insertó en el coño de la muchacha, que se había vuelto y yacía boca arriba. La joven se abrazó a su cuello, besándola, mientras Desirée la penetraba con el artilugio, una y otra vez.

Frank se marchó antes de empezar a golpear la pared con su pene. Bajó las escaleras pues era la única dirección que podía seguir y llegó al piso inferior. Atravesó un patio abierto, donde una cantarina fuente lanzaba chorros de agua hacia el cielo abierto. La primera puerta que abrió le condujo a una gran biblioteca y, en un extremo, otra criada, rubia, joven y hermosa, apareció ante sus ojos. Estaba subida a una pequeña escalera, quitando el polvo de los volúmenes allí guardados. Se giró cuando escuchó la puerta cerrarse y se quedó boquiabierta al contemplar al hombre desnudo que avanzaba hacia ella. Consiguió bajar de la escalera antes de que Frank la alcanzase, pero no pudo ir más lejos. Una mano de hierro la aferró por la muñeca y la obligó a encararse con su agresor.

— ¿Dónde está Desirée? —la apremió Frank.

—No.... no lo sé...

— ¡Vamos, hija de puta! ¡Dímelo!

—Debe de estar en su habitación... —dijo ella jadeando por el dolor de la presión.

— ¿Dónde está la habitación?

—En la otra ala —dijo, indicando con la mano libre detrás de ella con un gesto vago.

—En la otra ala... Demasiado lejos. No aguanto más... Ven, arrodíllate, ¡Vamos!

Frank la obligó a ponerse de rodillas, frente a su polla. Estaba ardiendo y la criada olía muy bien. Restregó su polla por la cara de la chica, sin hacer caso de sus protestas, hasta que consiguió que la tomara con la boca; una boca muy caliente y experta, se dijo. Así, allí de pie, con una mano apoyada contra una estantería, Frank regó la boca y rostro de la doncella, aliviándose lo justo para seguir su camino. Pero no quiso hacerlo solo. La tomó de nuevo por la muñeca y la obligó a mostrarle el camino. La criada le condujo a través de varias salas llenas de trofeos y colecciones diversas, hasta tomar un pequeño ascensor que los llevó a un ala trasera y desconocida para Frank.

—Es ahí —le dijo la criada, señalando una puerta en el nuevo y amplio pasillo al que habían desembocado.

Sin soltarla, Frank empujó la puerta y contempló la misma habitación y la misma cama con dosel que entrevió arriba, en la falsa ventana. Desirée estaba desnuda, recostada sobre la amplia cama, y le miraba fijamente, con una sonrisa algo torcida. A su lado, también desnuda, la joven se encontraba de rodillas y a un lado, como si fuese una esclava perfectamente educada.

— ¡Vaya! Parece que, por fin, me ha encontrado, señor Warren —dijo ella.

Frank dejó que la criada se marchase a toda prisa y entró en la habitación. Respiraba fuertemente, rabioso y excitado. No dijo nada, sino que se acercó a la cama lentamente, sin quitar los ojos de su premio.

— ¡Te voy a follar hasta reventarte, mala puta! —exclamó con voz ronca, sintiendo como su polla tiraba de él.

—Eso espero —dijo ella con una sonrisa.

Frank se lanzó sobre ella como un poseso. Babeaba literalmente por ella. Podía oler su perfume, el aroma de su coño; todo ello encendía su estimulada pasión. La atrapó por las muñecas y la obligó a abrirse de brazos. Bajo su peso, Desirée estaba indefensa o, por lo menos, eso le parecía. Ayudándose con la rodilla, le abrió las piernas y se contorneó hasta hacer coincidir su sexo con el de ella. Empujó fuertemente y la clavó allí mismo, sin más preámbulos, sin necesidad de ellos. La joven, a su lado, los miraba atentamente, sin moverse.

—Aaah... Es usted muy fuerte... —jadeó ella, empujando sus caderas hacia delante.

Frank no respondió. Gruñía como un cerdo ávido y culeaba con fuerza. Desirée levantó sus

piernas y abarcó con ellas la cintura del hombre.

—Paula, ven... —gimió Desirée, dirigiéndose a la joven. —Tócale, acaríciala...

La muchacha se movió sobre sus rodillas hasta colocarse casi a la espalda de Frank. Alargó una de sus manos y le acarició la endurecida y sudorosa espalda, bajando su mano lentamente hasta sobar las apretadas nalgas. Frank gruñó de nuevo. La mano de la joven se coló entre sus piernas y le cogió suavemente los testículos:

—Son peludos —dijo Paula, curiosa.

—Sí... sí, así sopón... —musitó Desirée, con los ojos cerrados. —Huevos de macho, preparados para descargar... Espera, te enseñaré...

Con algo de trabajo, Desirée consiguió apartarse del hombre. Le tumbó sobre la cama, boca arriba, y se inclinó sobre su ingle.

—Mira, Paula. Esto es lo que debe hacerse —dijo a la muchacha, al mismo tiempo que tomaba la polla con la boca. Paula se acercó más, dispuesta a no perderse un detalle.

La rubia lamió toda la extensión del miembro una y otra vez, deslizando su lengua por los testículos y el escroto, antes de introducirla completamente en su boca. Con una mano, obligó a Paula a inclinarse también y unirse a la lamida. La joven lo hizo con algo de renuencia, pero, pronto, estuvo disputándose el cárnico trofeo con su profesora. Frank no podía estarse quieto sobre la cama; sus caderas no cesaban de saltar y su cuerpo parecía estar poseído por un temblor continuado que impedía a las dos mujeres profundizar plenamente en la caricia bucal. Se restregaba contra sus rostros, enloquecido, sin dejar de jadear.

—Quiero correrme, quiero correrme... —susurraba, pero le era imposible por el momento.

—No puede hacerlo, señor Warren. Por cada orgasmo que consigue, su sensación disminuye a causa de la droga. Su tiempo de respuesta se alarga cada vez más. Ahora mismo, es sólo un pene embravecido a mi disposición —le dijo Desirée, apartándose un momento.

— ¡No! ¡Os voy a follar a las dos! —exclamó incorporándose.

La mano de la rubia lo clavó de nuevo en la cama. Parecía tener más fuerza que él.

—Si la toca a ella, no saldrá vivo de esta casa —dijo Desirée entre dientes y, por una vez, Frank supo que lo haría sin dudar. Algo asustado y sin poder controlar la situación, optó por dejarse hacer.

Desirée se apartó y se puso a cuatro patas. Le susurró algo a Paula que Frank no entendió, pero contempló como la joven humedecía con su lengua el trasero de la mujer, las dos apoyadas sobre sus manos. Desirée se lamía los labios y movía su trasero a cada pasada de la lengua.

—Esto es para usted, en su honor —le dijo, volviendo el rostro hacia él. —Encúleme ahora...

No tuvo que repetírselo. Frank se arrodilló a su grupa y tomó su polla con la mano, conduciéndola hasta el estrecho agujero. Paula se retiró de allí y se dejó caer, piernas abiertas, delante de Desirée que inclinó la cabeza y lamió el coñito juvenil al mismo tiempo que la sodomizaban. Durante un pequeño destello de lucidez, Frank intuyó que aquella mujer había experimentado de todo en su vida, pues su polla se movía muy bien dentro del ano.

Ágata y Paula, entre risitas, se peleaban por tocarle la polla a Henry, el cual conducía el todo terreno muy despacio. Sus pantalones estaban desabrochados y su pene, de nuevo erguido, lidiaba con las manos de las chicas. Éstas, a pesar del desenlace amoroso por el que habían pasado, estaban tan cachondas que no le dejaban un momento. Necesitaban más placer y Henry estaba dispuesto a dárselo, pero, para ello, debían volver a la mansión.

Por fin, llegaron ante las escalinatas. Los tres se bajaron y Henry se arregló los pantalones. Una doncella salió a recibirles y hacerse cargo del vehículo.

— ¿Dónde está mi esposa? —le preguntó.

—En su ala privada, señor —le respondió la criada.

—Perfecto, vamos, pequeñas. Sigamos con lo nuestro —les dijo, abarcando sus traseros con ambas manos. Ellas rieron de nuevo y caminaron junto a él hasta entrar en la casa.

Las condujo a través de un laberinto de pasillos, hasta tomar un pequeño ascensor que les dejó en un nuevo pasillo. Henry abrió una puerta y las chicas contemplaron a Frank arrodillado sobre una gran cama con dosel y sodomizando a la esposa de su anfitrión. Se llevaron las manos a la boca para contener la risa. Una desconocida joven se aferraba a la nuca de Desirée, quien le comía el coño a grandes lengüetazos, y acabó corriéndose en esos instantes.

—Vaya, vaya, parece que nuestro amigo Frank no ha perdido el tiempo —dijo Henry aproximándose. —Paula, será mejor que te vayas. Aún no ha llegado tu momento.

La joven miró a Desirée y ésta asintió con la cabeza. Se marchó corriendo, sin vestirse.

—Es una de nuestras protegidas —explicó Henry a Ágata. —Vive con nosotros.

Se arrodilló en la cama y se inclinó sobre su esposa, besándola en los labios.

— ¿Gozas, cariño?

—Sí... mucho... —articuló ella.

—Me alegro. ¿Nos permites unirnos?

Desirée asintió y, poco después, se estremeció, disfrutando de su segundo orgasmo. Mientras tanto, Ágata y Alma se estaban desnudando y saltaron, una vez sin ropas, sobre la cama, lamiendo el cuello y orejas de Frank. Henry hizo lo mismo y se unió a ellos. Tomó a las chicas de las manos y las tumbó en un extremo de la cama, boca arriba y juntas. Se arrodilló ante ellas y les abrió las piernas. Las penetró al mismo tiempo con los dedos de cada mano. Los dedos entraban y salían con fuerza, pero con delicadeza al mismo tiempo. Ágata giró el cuello hacia su amiga y se besaron, entrelazando las lenguas en el exterior. Henry se inclinó y participó de aquellas lenguas, besándose los tres con frenesí.

—Ven, quiero ver cómo te corres en la boca de la pelirroja —le dijo Desirée a Frank, apartándole.

El profesor caminó de rodillas hasta colocar sus pelotas sobre la boca de Ágata, quien levantó la mano y aferró la pringosa polla para llevársela a la boca. Henry, enardecido, le clavó su polla a Ágata, que se encontró tomada por ambos orificios. Desirée tomó el relevo de los dedos de su marido para con Alma, sin dejar de observar la escena. Finalmente, con un rugido, Frank descargó sobre el rostro de su alumna. Desirée tomó a Alma del cabello y la alzó.

—Lame esa leche. No la desperdicies, hazlo por mí —le dijo al oído.

Alma se inclinó sobre su amiga y lamió el semen con deleite. Por aquella belleza, era capaz de hacer cualquier cosa. Alma había estado fantaseando con un encuentro así durante todo el almuerzo. Desirée la había impactado de verdad. Mientras tanto, la rubia se apoderó de nuevo de la polla de Frank, quien había caído hacia atrás, el brazo sobre los ojos y el pecho martilleándole con fuerza. Protestó cuando sintió la mano que le cogía el pene.

—No puedo más... —gimió.

— ¡De eso nada, señor Warren! Debe estar dispuesto para mí, a todas horas.

El pene de Frank perdía su rigidez poco a poco; el efecto de la droga se estaba disipando. Desirée se subió a horcajadas sobre él y se introdujo el pene en el coño, apoyando sus manos sobre el pecho del hombre. Descontenta con su potencia, indicó a Alma que sacara un consolador de la mesita de noche y se lo insertara al hombre en el culo. Alma lo hizo con mucho gusto. Escogió un delgado vibrador, de tamaño corto, y lo embadurnó con una crema que también se encontraba en el mismo cajón. Henry y Ágata, sin dejar de follar, la miraban hacer. Frank protestó cuando sintió el extremo romo del consolador hurgar en la puerta de su esfínter, pero el peso de Desirée, unido al tremendo cansancio que estaba empezando a sentir, no le permitieron rebelarse más. Intentó apretar las nalgas, pero Alma empujó con fuerza, haciéndole daño. Así que no tuvo

más remedio que relajarse. El instrumento le penetró lentamente y sintió un tremendo calor en el culo. Al mismo tiempo, su polla creció dentro de la vagina de la rubia, con un vigor insospechado.

— ¿Le gusta, señor Warren? Sí, ya veo que sí —musitó Desirée, metiéndole uno de sus dedos en la boca.

Alma empujaba y sacaba el consolador, divertida por lo que estaba pasando. Aunque quería a Frank, quería hacerle sentir lo que ellas habían pasado para complacerle. Desirée saltaba cada vez con más fuerza, próxima al placer.

—Sí, sí... ya me viene... ¡Cógeme las tetas con fuerza!

Alma dejó el consolador y se irguió sobre las rodillas, abarcando los senos poderosos de la rubia desde atrás y retorciéndole los pezones. Desirée cayó hacia atrás, entre los brazos de la joven morena, y se estremeció violentamente, gozando.

—No dejes... que se cor... corra —le dijo a su marido.

Henry se salió del interior de Ágata y tomó un cordón de seda del cabezal de la cama que recogía los cortinajes del dosel. De forma experta, anudó el cordón en el tallo del pene de Frank, en la base del miembro, y apretó con fuerza, cortando la circulación. Frank aulló y se debatió, pero Henry supo retenerle, atándole también las manos a la espalda con otro cordón.

—Follároslo —dijo Desirée a las chicas mientras abrazaba a su marido. —Sin piedad.

Ágata y Alma se turnaron sobre su amante, empalándose una y otra vez. Frank aullaba, loco por derramarse, pero el cordón y el resto de droga que aún quedaba en su organismo se lo impedían. Ágata fue la primera en correrse. Cabalgando a Frank y con un brazo alrededor de los hombros de Alma, quien, al mismo tiempo, le acariciaba con un dedo el clítoris, chilló como si la hubieran herido. Se dejó caer de costado, hundiendo el rostro en las sábanas, jadeando fuertemente. Alma tomó el relevo y cabalgó con ahínco, con pasión. Detrás de ellos, Henry estaba sentado, las piernas estiradas y la espalda apoyada contra una de las balaustradas de la cama. Su esposa se sentaba sobre él, dándole la espalda y atenta a lo que las chicas hacían con Frank. El pene de su marido taladraba su coño como a ella le gustaba.

Alma se corrió largamente, cayendo sobre Frank y lamiéndole los labios, pero el hombre no respondió a la caricia, se debatía aún, sin fuerzas. Ágata y su amiga se situaron, una a cada lado, y le acariciaron la polla con manos y boca. El pene aparecía monstruosamente hinchado y violáceo por la falta de sangre. Enormes venas azules latían en su superficie.

—Desatadlo. Va a reventar —dijo Henry.

Nada más quitarle el cordón de la polla, ésta se convirtió en un surtidor. Con un aullido

estridente, Frank dejó escapar un borbotón de semen hacia el techo, alcanzando al menos el metro de altura. El dolor que sintió al recuperar el riego sanguíneo se mezcló con el placer de la eyaculación. Ágata se dejó caer sobre la polla, aspirando el semen con glotonería. Frank se desmayó.

Henry se levantó con la polla tan tiesa como si tuviera veinte años. La noche de descanso le había sentado muy bien. Ya no estaba para esos excesos. Sonrió recordando la velada. Aquellas dos chiquillas eran de muerte. Tuvieron que llevar a Frank a una habitación, desfallecido, y condujeron a las chicas a otro dormitorio. Después, él y Desirée se retiraron a sus aposentos para descansar. Ahora, le tocaba el turno a su esposa; de hecho, la idea había sido de ella. No podía negarle un capricho a Desirée; no lo merecía.

Se giró hacia ella y la contempló, dormida y desnuda. Un ángel, eso era; un ángel que había cambiado toda su vida. La besó suavemente en la mejilla y se levantó. Debía marchar a la ciudad para ocuparse de unos asuntos. Se duchó y se vistió, bajando al comedor para desayunar. Karly fue la encargada de servirle el desayuno. La observó mientras lo hacía; siempre le había gustado esa muchacha. Rubia, con ese cabello tan largo y rizado en grandes tirabuzones... Le sobó el trasero cuando se puso a su alcance, subiendo la mano muslo arriba hasta topar con las finas braguitas. Karly le sonrió y meneó el trasero, contenta de que el patrón se fijara en ella aquella mañana y más después de la juerga de anoche.

—Ven, Karly, alégame el día —susurró él.

La doncella se arrodilló entre sus piernas y le desabrochó el pantalón, sacándole el miembro ya erguido. Se lo metió en la boca y lo lamió con esmero, tal y como sabía que le gustaba. Henry, un minuto después, retiró un poco la gran silla, permitiendo que Karly se sentara en su regazo, mirando hacia la mesa y apoyando sus manos en ella. Con una mano, la doncella apartó las braguitas para que el pene alcanzara su vagina sin obstáculos. Se mordió el labio cuando notó la polla colarse en su coño. ¡El patrón follaba tan bien!

Ágata se despertó al recibir la luz directa del sol cuando una de las criadas apartó las cortinas de la ventana. Se quejó y se dio la vuelta. Se sentía algo confusa y desorientada, así como muy cansada, como si padeciera una fuerte resaca.

—Vamos, dormilonas —dijo una voz cantarina.

Abrió los ojos y contempló a Desirée en la puerta de su habitación, portando una elegante bata de seda. Dos doncellas se atareaban colocando sendas bandejas con el desayuno sobre las respectivas mesitas, pues Alma dormía a su lado y despertaba en ese momento.

—Dios, me siento fatal —balbuceó Alma.

—Es normal después de lo de ayer, pero un buen desayuno y un buen baño después os dejaran como nuevas —dijo la anfitriona. —Os espero en la piscina.

— ¡Uf! ¡Qué desmadre! —exclamó Ágata cuando se quedaron solas.

— ¡Y que lo digas! No había follado así nunca.

—La verdad es que me sentí totalmente viva, liberada —dijo Ágata, dando un buen mordisco a un croissant caliente. —Henry es un tío especial.

—Y Desirée también.

—Te gusta, ¿eh? —sonrió Ágata.

—Me enloquece, cariño. Nunca había conocido a una mujer así.

—Sí, parece de película. ¿Crees que lo hemos conseguido?

—Yo apostaría a que sí. Oye, una pregunta, ¿te gustó que te azotara?

—Bueno. Me dolió, pero me puse muy cachonda. Ese sótano es demasiado. Me gustaría repetir y hacerte gozar a ti esta vez.

—Se lo preguntaremos a Henry. No sé, me da en la nariz que volveremos más veces a esta mansión.

Acabaron de desayunar y se vistieron con unos sucintos bikinis que las doncellas habían dejado sobre la cama. Al salir del dormitorio, una criada las esperaba para conducir las hasta la piscina. Ésta se encontraba en el interior de un domo acristalado enorme. La piscina era de dimensiones olímpicas y el agua estaba a una temperatura adecuada y deliciosa. Desirée estaba en el agua y las animó a nadar. Estuvieron retozando como crías durante un rato y después se apoltronaron en las grandes tumbonas que se encontraban en el borde. Una doncella les sirvió unos zumos frescos y pastelitos.

—Ah, esto es vida —suspiró Ágata.

—Sí, es lo que me digo todos los días cuando me despierto —rio Desirée.

—Oye, Desirée, no sé si me meto en terreno privado o no, pero esta mañana estás muy diferente a ayer.

— ¿Por la mañana o por la tarde? —sonrió la aludida.

—Cuando llegamos.

—Bueno, puede que lo comprendas más tarde. Dejémonos de eso ahora y tomemos un buen baño de vapor. Vamos a la sauna —dijo levantándose.

Las chiquillas la siguieron hasta una puerta lateral y se encontraron en el interior de una vasta sauna con el suelo y paredes acolchadas. Se sentaron en un gran rellano alto, también acolchado, y Desirée manipuló los controles.

— ¿Temperatura? —les preguntó.

—No demasiada. No tengo muchas ganas de sudar esta mañana.

—Muy bien.

Desirée, sin ningún pudor, se despojó de su traje de baño, quedando totalmente desnuda. El vapor empezó a surgir lentamente.

—Vamos, quitarnos la ropa. El vapor debe penetrar en todos los poros.

Las chicas la obedecieron entre risitas. Alma no cesaba de mirar a la rubia de reojo; se la comía con la mirada.

— ¿Has sido modelo? —le preguntó.

—No, aunque no me faltaron proposiciones.

—Tienes un cuerpo perfecto y eres muy hermosa.

—Muchas gracias. Procuero cuidarme.

—Alma, límpiate la baba —bromeó Ágata.

— ¡Víbora! —la reprendió su amiga con un codazo.

—Vamos, chicas —rio Desirée.

—Es que la tienes encandilada. Alma siente una predilección por las mujeres y sobre todo después de conocerte.

—Eso es un halago. ¿Es cierto, Alma? ¿Te van más las chicas?

—Bueno, sí —confesó, alegrándose de que el vapor la ocultara parcialmente y encubriera su enrojecimiento.

—Me parece encantador. Me sucede lo mismo. Aparte de mi marido, no tengo apenas tratos con los hombres, a no ser algo loco como ayer. ¿De verdad te gusto?

—Esto... sí, mucho —confesó Alma.

—Me alegro porque vosotras me gustáis mucho también. Desde el primer momento en que os vi. ¿Y a ti, Ágata? Te gustan las chicas también, ¿no? Sé que os acostáis juntas.

—Alma me inició. Sí, no me disgusta una mujer hermosa como tú. Es más, hay ocasiones en que prefiero la suavidad de una mujer.

—Os confesaré que ayer, cuando estabais desnudas en la cama, la una sobre la otra, me enloqueció el contraste de vuestros cuerpos. Una piel tan blanca sobre otra oscura... Sois perfectas, cada una a su manera. Venid aquí, a mi lado...

Ágata se situó a su derecha y Alma a la izquierda. Desirée pasó sus brazos por los hombros de cada una y las atrajo hacia ella. Las besó en los labios dulcemente, alternando de una a otra, hasta que decidieron utilizar sus lenguas. Después, con parsimonia, cruzó sus manos delante de ella, aferrando el pecho de cada una, sopesando su firmeza y pellizcando los pezones hasta ponerlos duros. Alma le lamió la oreja y Ágata se encargó de su cuello. Desirée tomó una mano de cada una y las llevó hasta su entrepierna, al alcance cuando se abrió de muslos. Las chicas acariciaron el coño expuesto lentamente, con ardor y con dulzura. Desirée llevó sus manos atrás y se apoyó sobre ellas, retrepando un poco su cuerpo. Cerró los ojos y se lamió los labios. Aquellas chiquillas la volvían loca y no se atrevía a pensar si eso era bueno o no. No había sentido un deseo así por nadie más que por su marido.

—Aaaah... me corro... —gimió, estremeciéndose.

Una vez repuesta, les indicó que cada una se subiera a horcajadas sobre un muslo y frotaran allí sus coños, consiguiendo un placer exquisito debido a la firmeza y suavidad de las piernas de la rubia. Cada una de ellas apoyada en uno de los hombros de Desirée y con el cuello hacia atrás, restregaron sus coños húmedos una y otra vez. Desirée, de nuevo enardecida, se puso en pie.

—Ya está bien de caricias. Subamos arriba y juguemos con unos buenos consoladores... —las tres se rieron.

Las tres quedaron abrazadas y jadeantes sobre la gran cama; sus cuerpos perlados por el sudor del amor. Se acurrucaron mejor, musitando palabras afectuosas a los oídos.

—No he visto a Frank. ¿Cómo estará? —se preguntó Ágata en voz alta.

—Molido, no lo dudes. No se levantará hasta esta tarde, seguro —respondió Desirée.

—Nunca le había visto tan extenuado y eso que lo ha hecho muchas veces con nosotras dos —dijo

Alma.

—Le hice correrse ocho veces. La droga le tenía loco.

— ¿Droga? —se extrañó Ágata.

Las dos chicas se incorporaron sobre un codo, mirando a Desirée que se encontraba entre las dos.

—Creo que va siendo hora de que sepáis la verdad —dijo ésta, levantándose también. —Es la hora de almorzar. Os contaré todo mientras lo hacemos.

— ¿Qué ocurre aquí?

—Todo en su momento. Confíad en mí, por favor.

Ágata y Alma estaban muy intrigadas, pero consintieron en esperar. Las tres se sentaron en el amplio comedor y fueron servidas por dos de las doncellas. Ahora sabían que no existía personal masculino y que trabajaban seis criadas en la mansión.

— ¿Qué sabéis de Frank? —les preguntó Desirée mientras cortaba su filete.

—Es un buen profesor de arte dramático y un buen amigo.

—Nuestro amante —repuso Alma.

—Frank Warren, divorciado, 47 años, sin hijos, condenado a tres años por corrupción de menores y proxenetismo en la República de California hace nueve años. Su especialidad son las alumnas y, de vez en cuando, mujeres cándidas y solitarias. A las primeras las convence de prostituirse para él; a las segundas, les saca el dinero como un gigoló.

—Eso es imposible. Debes estar equivocada.

—No, no lo estoy. Tengo incluso la copia de su ficha policial. No sois sus primeras víctimas, pero pretendo que seáis las últimas. No hay nada de ese guion, ni inversión ni nada. Él mismo nos llamó, proponiéndonos esa comedia para que no sospecharais nada.

— ¡Eso no es cierto! ¡Frank no haría algo así! —exclamó Ágata, poniéndose en pie y derribando su copa de vino.

—No es la primera vez que hacéis una cosa así, ¿verdad?

Alma asintió, pero sin decir nada.

— ¿Cuántas veces? ¿Dos? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Más de diez? —se calló al ver los rostros circunspectos de las chicas. —Y nunca ha conseguido nada, ¿verdad? ¿Qué excusa os daba? ¿Una obra de teatro? ¿Unos inversores potenciales? ¿Algún favor personal? Frank ha estado ganando

mucho dinero a vuestra costa, sin que sospecharais nada. Se aprovechó de vuestra juventud, de vuestra candidez e inexperiencia, de vuestro amor...

—No puede ser... —musitó Ágata.

—A Henry le van las adolescentes. Es un obseso pero inofensivo. Siempre está buscando alguna jovencita por ahí. Le hablaron de vosotras en aquella fiesta y le presentaron a Frank. El hombre que lo hizo, el anfitrión, nos dijo que pagó un buen dinero por acostarse con las dos. ¿Con qué excusa os mandó allí vuestro amante?

Las chicas callaron; estaban comprendiendo finalmente.

—Henry no ha pagado nada por vosotras, sino que llegó a un acuerdo con Frank. Desde hace algún tiempo, se me insinúa constantemente, pero nunca le he respondido. Mi marido me utilizó como moneda de cambio; Desirée por Alma y Ágata. Sencillo, ¿no?

— ¿Y aceptaste? —preguntó Alma.

—Siempre lo hago; se lo debo a Henry, eso y mucho más.

— ¿Por qué nos lo cuentas ahora? —fue el turno de Ágata.

—Veréis, es una larga historia. Desde siempre, Henry se ha apasionado con las muchachas. Fue el motivo de sus dos divorcios. Sin embargo, no fue hasta que estuvo casado por segunda vez cuando quiso algo más duradero que una conquista o una putilla. Entonces, me compró.

— ¿Te compró?

—Sí, yo tenía trece años y era una esclava. Existe una organización llamada La Granja que se dedica a abastecer de niños a los pervertidos millonarios del mundo. Niños de toda clase, de cualquier edad y para cualquier cosa. Ellos mismos los entrenan y condicionan. No recuerdo gran cosa de mi infancia, pero sí sé que provengo de Sudamérica. Recuerdo a mis padres vagamente. Una noche de huida, disparos y gritos, sangre en mis manos. Por lo visto, los asesinaron. Acabé en un orfanato cuando tenía seis años y La Granja me compró. Es muy fácil comprar niños en los países tercermundistas, sobre todo si son huérfanos. Me sometieron a toda clase de vejaciones y pruebas, hasta que me acostumbré a ello. Henry me sacó de allí. No le culpo de que me comprara, ya que me crio y educó como una hija. Me dio los mejores estudios y las mejores condiciones de vida. A cambio, retozaba conmigo, pero siempre fue muy amable y considerado. Yo había sido educada para complacerle en todo. Vivía en un confortable ático y una mujer anciana me cuidaba. Acudía al colegio, tenía amigas y una vida normal, salvo que algunos días follaba con un hombre mayor. Fueron los mejores años de mi vida. Cuando Henry se divorció de su segunda esposa y dejó bien claro su deseo de vivir solo, me trajo aquí y se casó conmigo. Por entonces, tenía veinte años. Me doctoré y le aconsejé en algunos negocios. Comprendió que no era sólo un coño

divertido y hermoso, así que me dejó participar en sus negocios. Me respeta y creo que me admira. Deja en mis manos muchos asuntos importantes que no confiaría ni a sus hijos. Sin embargo, aunque sé que me quiere y yo le quiero a él, su vicio existe aún en él. No me opongo a ello y conseguí hacérselo más fácil. De ahí que nuestras doncellas sean hermosas y jóvenes. Pero, de vez en cuando, surgen chicas como vosotras o como Paula y, entonces, pierde la cabeza. Yo debo pensar por él.

— ¿Y se lo consientes todo? ¿Por qué? —le preguntó Ágata.

—Porque le quiero. Henry es feliz así y yo deseo su felicidad. Incluso compartimos algunas de sus jovencitas. Sin embargo, no culpéis a Henry de vuestro caso. No fue él quien se obsesionó con vosotras, sino yo.

— ¿Cómo? —fue el turno de Alma de sorprenderse.

—Me recordabais mucho a la joven que fui. Engañada y manipulada. Quise salvaros de ese cabrón. Además, vuestra belleza y juventud me turbó. Lo siento, quería teneros para mí.

—Dios, esto es una locura. ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ágata.

—Os aconsejo que no hagáis nada. En este momento, Henry se está ocupando de todo. ¿Queréis volver con Frank?

Las chicas negaron, dolidas. Habían abierto los ojos y no le perdonarían jamás.

—Entonces, esperad el momento.

Aquella noche, durante la cena, Henry se llevó a Frank aparte y le puso las cosas difíciles. Poseía grabaciones y testimonios de sus manejos con las menores. El trato era simple: Frank renunciaba a las chicas y a Desirée y se marchaba de la ciudad para siempre, a cambio, recibiría dos mil dólares. Si no accedía, todas las pruebas pasarían a poder de la policía. Frank no tuvo más remedio que capitular, contrito y cabizbajo, se dirigió hacia sus amantes para despedirse de ellas, pero éstas se apartaron. Se quedó asombrado cuando Ágata le escupió a la cara. Supo que todo había terminado para él. Se marchó furioso, pero con un cheque en el bolsillo.

—Mañana, mi chofer os llevará a casa —dijo Henry a las chicas. —Pero, antes, me gustaría que escucharais a Desirée. Tiene algo que proponeros.

Estaban todos sentados en la confortable sala de música, tomando café y helado. Las chicas aún estaban nerviosas por la escena ocurrida. Desirée dejó su taza sobre la mesita y las miró.

—Es bien sencillo. No quiero que os marchéis de mi lado. Henry está de acuerdo en ello. Os ofrecemos una oportunidad real para vuestras carreras. Seguiréis acudiendo a la academia y al instituto y, después, a la universidad. Henry os proporcionará un agente respetable y os presentará a algunas personas influyentes, sin necesidad de tener que acostaros con ellas. A cambio, viviréis aquí, en la mansión, disfrutando de toda su comodidad y con los gastos cubiertos.

— ¿No es lo mismo que comprarnos? No es tan diferente de lo que nos contaste —dijo Ágata.

—Es cierto, pero la vida es así. Pero, a diferencia de mi caso, podéis aceptar o no. En caso de no hacerlo, volveréis a vuestras vidas, con vuestras familias y se acabó. Yo no tuve opción, sólo la suerte de encontrar a Henry.

—Es un buen trato. No haréis más de lo que vosotras mismas deseáis —repuso Henry. —No sois mojigatas y sé que os gusta lo prohibido como a nosotros. Nada de obligaciones, nada de esclavitud. No sois las primeras protegidas que mantenemos en la mansión y ninguna de ellas está en contra de su voluntad.

—Tienen razón —dijo Alma de repente. —Es una oportunidad de oro y ya hemos comentado entre nosotras lo bien que lo hemos pasado.

—Pero, ¿qué les diremos a nuestros padres? ¿Que vivimos en una mansión imponente, follando como locos y, que, a pesar de vivir en la misma ciudad, no queremos volver a nuestras casas?

—Ya he solucionado ese aspecto —dijo Henry. —Esta misma mañana, hablé con vuestros padres. He creado una beca con mi nombre, una beca que os pertenece y que os permite entrar en una de las mejores academias de arte del país.

— ¿Has hablado con nuestros padres?

—Sí y, la verdad, se han emocionado. Están muy orgullosos de vosotras —sonrió. —Les expliqué que la beca os obliga a manteneros dentro de un ambiente académico estricto y, por eso mismo, pernoctaréis en la academia. Podéis visitarles todos los fines de semana, si queréis. Han aceptado todas las condiciones y esperan el momento de vuestro regreso para comunicároslo. Así que lo mejor será que no les defraudéis diciéndoles que ya lo sabíais.

—Entonces, ¿hay acuerdo? —preguntó Desirée, con el corazón encogido.

Las chicas se miraron una sola vez y supieron que no podían dejar pasar esa oportunidad. Además, sentían que se habían encariñado con el matrimonio; con ese hombre rudo pero tierno a la vez y con su bella esposa, misteriosa y ardiente.

—Aceptamos —dijo Ágata y Desirée se levantó de un salto para abrazarlas.

—Veréis lo bien que nos lo vamos a pasar. Tengo tantas cosas que contaros y enseñaros...

—Bueno, bueno, no nos echemos a llorar ahora, querida —dijo Henry. —Me alegro de que hayáis aceptado. No os arrepentiréis. Desde este momento, el personal está a vuestro servicio. Tiene órdenes explícitas para ello. Podéis moveros libremente por toda la finca y cuando tengáis el permiso de conducir, pondré un coche a vuestra disposición.

— ¡Que sea un coche guay! —rio Alma.

— ¡Esto hay que celebrarlo! ¡Esta noche desvirgarás a Paula, querido! —lo abrazó Desirée.

Las dos jóvenes se miraron y sonrieron. Desde ese mismo momento, sabían que sus vidas entraban en un delirio de perversiones que las enloquecía. Ya se habían olvidado del hombre que las había engañado, pero que les había dado a conocer el mundo del desenfreno más absoluto.

